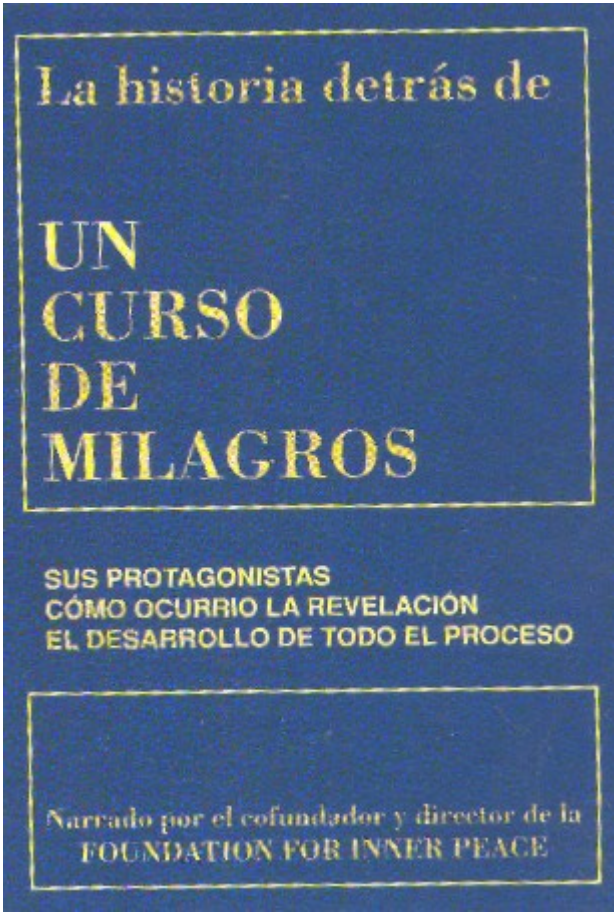
Viaje *sin Distancia*



Robert Skutch

Es ésta la tan largamente esperada obra que relata cómo vio la luz **UN CURSO DE MILAGROS,** ese valiosísimo material de autoestudio catalogado como la «Biblia del Tercer Milenio» y que alcanza ya su trigésimosegunda edición, con más de un millón de ejemplares vendidos hasta la fecha.

En Viaje sin distancia Robert Skutch, cofundador y director de la FOUNDATION FOR INNER PEACE, fundación editora del Curso, nos conduce por un viaje fascinante de más de setenta años de duración en el que nos desvela el escenario donde se produjeron los acontecimientos y los desafíos a los que se vieron enfrentados sus principales protagonistas: Helen Schucman, una respetada psicóloga que se autodeclaraba atea y que, a través de un largo proceso de inspiración (siete años), escuchó una Voz que le iba dictando su contenido; y William N. Thetford, director del departamento de Psicología en el que ella trabajaba y su principal colaborador y apoyo en tan inusitado caso de revelación.
Es éste un libro que será ávidamente leído no solo por personas ya familiarizadas con el Curso, sino por todas aquellas a quienes fascine

conocer historias extraordinarias acaecidas realmente y que estén interesadas en su propio desarrollo personal y espiritual.

Neo Person

VIAJE SIN DISTANCIA

La historia detrás de *UN CURSO DE MILAGROS:* sus protagonistas, cómo ocurrió la revelación y el desarrollo de

todo
, el proceso

Robert Skutch

El viaje hacia Dios

es meramente redespertar a la

conciencia
de lo que siempre has sido,
del lugar donde siempre estás.
Es un viaje sin distancia
hacia un destino que nunca ha cambiado.

UN CURSO DE MILAGROS

En nombre de todos aquellos que han sacado provecho de estudiar
Un curso de milagros, este libro está cariñosamente dedicado a Helen,
Ken y Judy.

Indice

Pags.
PRÓLOGO 9
CAPITULO 1 13
CAPITULO 2 23
CAPITULO 3 41
CAPITULO 4 66
CAPITULO 5 84
CAPITULO 6 90
CAPITULO 7 101
CAPITULO 8 120
CAPITULO 9 135
EPÍLOGO 141

PRÓLOGO

HACE un par de años comenté de forma espontánea a una persona que me estaba entrevistando que el conjunto de libros titulados Un curso de milagros constituyen el escrito más importante en lengua inglesa desde la traducción de la Biblia. Continué explicándola mis razonamientos diciendo que aunque el Curso trata de los mismas verdades psicológicas y espirituales que el Nuevo Testamento, las presenta de una forma que hace que sean más difíciles de evadir, porque es más específico y menos dado a interpretaciones diversas, y también porque los ejercicios psicoespirituales empleados son muy eficaces para ayudamos a eludir nuestras defensas habituales contra el descubrimiento de nosotros mismos. No esperaba que aquella impulsiva afirmación apareciera impresa, pero así ocurrió; y mirando ahora hacia atrás puedo afirmar que aunque entonces fue espontánea, sigo manteniéndola.

Mi propia introducción al Curso sucedió tras un cuarto de siglo de búsqueda. Debido a que soy físico e ingeniero eléctrico de profesión, y a que siempre me ha impresionado el poder de la ciencia, dudaba de la mayoría de los sistemas religiosos que encontraba porque parecían necesitar una dosis de saludable escepticismo científico. En 1954, a la edad de 36 años, en medio de un curso, de dos semanas que estaba realizando tuve una experiencia «definitiva», dando comienzo a partir de entonces a una búsqueda que hasta la edad de 59 años me llevó a entrar en contacto con diversas vías, desde el zen al sufismo, y desde el vedanta hasta el cristianismo místico. Asimismo viví una serie de experiencias que me resultaron totalmente asombrosas ya que mi marco conceptual no

tenía con qué comparadas. Sentí que aquellas experiencias eran válidas y que las filosofías espirituales tenían el toque de la verdad; y sin embargo faltaba algo. Además, era vagamente consciente de que si las experiencias fueran tan reales como yo sentía que eran y las filosofías fueran verdaderas, hubieran afectado mi vida más de lo que lo hacían.

En aquel momento había pasado de trabajar en el análisis de sistemas y la teoría estadística de las comunicaciones a encabezar

un pequeño grupo de investigación dentro del Instituto de Investigación de Stanford, en el que nos dedicábamos a estudiar los cambios sociales y la planificación orientada al futuro. Después de investigar el futuro durante diez años, publiqué un pequeño libro titulado Guía incompleta del futuro, cuya existencia ha sido uno de los secretos mejor guardados en la historia de las publicaciones. Para entonces yo tenía claro que los Estados Unidos, y evidentemente el mundo industrializado, había entrado en un período de transición de relevancia histórica, que implicaba cambios al nivel más fundamental. A saber: el de las premisas tácitas de base sobre la naturaleza de la vida y la realidad sobre las que descansa toda la estructura social en último término. Parecía que mientras que hace medio siglo el avance de la ciencia positiva hacía que las premisas religiosas y espirituales fueran cada vez menos plausibles, la situación actual era muy diferente. Ya en 1977, y a partir de entonces cada vez más, las investigaciones que tienen como objeto la conciencia humana, los procesos inconscientes, la intuición, la creatividad, etc... están haciendo cada vez más manifiesta la espiritualidad esencial de la existencia. Impresionado por la importancia que estaba adquiriendo esta forma de desarrollarse los acontecimientos, accedí a hacerme miembro de la junta rectora del Instituto de Ciencias Noéticas que había sido fundado unos años antes por el astronauta del Apolo 14, Edgar Mitchell, quien había llegado a las mismas conclusiones que yo a través de experiencias muy diferentes. Una de mis compañeras en la junta era Judy Skutch.

La primera vez que coincidimos estábamos esperando mesa en un restaurante y pregunté a Judy la inevitable pregunta de presentación: «¿A qué te dedicas?». Disfrutó de mi asombro cuando me dijo: «Un curso de milagros». Las dos horas siguientes me quedé hechizado escuchándole contar la historia que se relata en este libro. Estaba ansioso por leer los libros que forman la trilogía de Un curso de milagros.

Tenía mucho que aprender sobre la ambivalencia con la que nosotros, los seres humanos, nos orientamos hacia el conocimiento de nuestro ser profundo. Los ejercicios diarios del segundo volumen del libro, que afirman un nuevo sistema de creencias, parecían simples y un poco intrigantes. En aquel momento no entendía el efecto subterráneo que

estaban teniendo. El Texto, el primer volumen, parecía-difícil de entender, pero seguí con él a fuerza de voluntad (eso creía). Seis meses después me di cuenta de que a pesar de que abría el Texto cada día, no podía recordar uno solo que hubiera acabado de leer una página completa: me entraba sueño, mi mente vagaba sin propósito, o recordaba que había dejado cosas por hacer y por

tanto me levantaba para acabadas. Mi mente era muy ingeniosa a la hora de evitar lo que yo pensaba que quería, es decir, entender los contenidos del Texto.
Con el tiempo, la atención consciente le ganó la partida a las resistencias inconscientes. Mi conciencia de este hecho fue llegando poco a poco. Un día me daba cuenta de que una situación que me hubiera provocado miedo u hostilidad ya no lo hacía, y sin embargo no tenía conciencia de los profundos cambios que estaban teniendo lugar. Encontré que mi confianza en la intuición profunda, una parte sabia y compasiva de mí mismo, se había fortalecido notablemente, de nuevo sin que yo conscientemente me diera cuenta del cambio en mi inconsciente. La tensión y el dolor iban desapareciendo. Mi vida era más activa que en ningún otro período anterior, y esto estaba ocurriendo sin esfuerzo; algo que no hubiera creído posible unos años atrás. Había aspectos de mi vida que se ponían en su lugar de forma misteriosa. Lo que más me impresionaba de la transformación que sentía era la absoluta simplicidad de lo nuevo. Una parte más profunda de mí mismo, un «Maestro Interior», guiaba mi acción y apartaba los obstáculos, y la mente consciente (el ego-mente analítico y racional que antes suponía mi asidero más firme a algún tipo de seguridad) se hizo de forma natural y confortable el servidor de esa parte más profunda. Todo esto puede parecer una enorme simplificación, pero la conclusión profundamente sentida a la que llegué era que todos los problemas que encontramos en nuestra vida son ilusorios. Sólo hay un problema: nuestra resistencia a ver las cosas como realmente son, o más precisamente, a ver la totalidad tal como es.
Un curso de milagros ya ha influenciado cientos de miles de vidas. Me siento privilegiado por haber conocido a Helen Shucman, a Bill Thetford, así como a los demás actores de esta obra. No llegué a conocer bien a algunos de estos pero sí lo suficiente para haber sentido una profunda sensación de misterio no sólo acerca de la eficacia del Curso mismo, sino también respecto a la forma en que vino a la existencia y su supuesto origen. Me acuerdo especialmente de un día en que estaba hablando sobre el Curso con Helen, la cual seguía sintiéndose ambivalente al respecto y no parecía capaz de

adaptar las propuestas del Curso a su propia vida. Repentinamente pareció transformarse en otra persona, no físicamente sino a nivel de su personalidad. Durante uno o dos minutos, a lo largo de unas pocas frases, esta «otra» Helen habló del significado real del Curso con una autenticidad y profunda sabiduría que me dejaron pasmado. Entonces, como si hubiera ocurrido otro click en su interruptor interno, volvió a ser de nuevo la Helen habitual.

Helen casi nunca encarnaba el ideal del Curso, la paz interior. Encontraba muchas cosas de las que quejarse y parecía soportar en su vida una dosis de dolor mayor de lo normal. Una vez le pregunté cómo era que este notable documento del que ella era responsable había podido traer paz y sabiduría a tanta gente y sin embargo parecía inoperante para ella. Nunca olvidaré su respuesta: «Sé que el Curso es verdad, Bill» -dijo; y después de una pausa añadió: «Pero no creo en él».

Cuando se confirmó que el Curso se estaba extendiendo rápidamente, incluso a otros países, sentí claramente la necesidad de que hubiera un relato preciso sobre su origen para todos aquellos que iban a querer conocerlo. Parecía probable que circularan mitos y que Helen acabara siendo la heroína de un culto personal. Presioné para que se hiciera una relato preciso cuando aún las memorias estaban recientes, y que fuera hecho por alguien cercano a los hechos pero no demasiado. Sentí que Bob Skutch era el candidato ideal: había estado presente en el desarrollo de la última parte de los acontecimientos, conocía personalmente a todos los personajes y los tenía cerca para posibles entrevistas; de esta forma podría narrar la historia con fidelidad en lo relativo a las personas y los hechos implicados. Además, ya había escrito a nivel profesional con anterioridad. No hace falta decir que cuando se le propuso el trabajo, aceptó. Aunque nosiempre se haya sentido agradecido por mi sugerencia, ha tenido la amabilidad de invitarme a escribir este prólogo.

Agradezco este honor porque creo que algún día Un curso de milagros será apreciado de forma mucho más general, al igual que la historia de su notable génesis.

Willis W. Harman
Regent, Estado de California

Noviembre de 1983
Standford, California

CAPÍTULO 1

EL manuscrito de Un curso de milagros se terminó de escribir en 1973, pero para entender como llegó a realizarse y porqué, debemos volver a mediados de los años sesenta y familiarizamos con dos doctores en Psicología: William N. Thetford, de cuarenta y dos años, profesor de Psicología Médica en la Escuela de Médicos y Cirujanos de la Universidad de Columbia, Nueva York, y director del departamento de Psicología del Hospital Presbiteriano, y Helen Schucman, de 56 años, psicóloga del mismo departamento. Aparentemente dos personas con pocas probabilidades de estar implicadas en el nacimiento de Un curso de milagros...

En junio de 1965, Bill Thetford se sentó en su despacho muy desanimado. Acababa de llegar de una reunión de directores de departamentos convocada para discutir cómo llegar a un acuerdo sobre un asunto administrativo que había estado causando problemas al profesorado desde hacía tres meses. La reunión comenzó en un ambiente tranquilo, pero a medida que se iban expresando los distintos puntos de vista y se defendían los diferentes intereses, los nervios se fueron crispando, las voces se hicieron cada vez más altas, y lo que había comenzado como un intento de encontrar puntos de encuentro, acabó en una serie de ataques personales y amargas recriminaciones.

Para el doctor Thetford, no era la primera reunión de este tipo; de hecho, desde que era director de

departamento había tenido que tratar con colegas que constantemente estaban batallando con los mismos problemas básicos de defender sus intereses contra lo que parecían ser incursiones de la administración, de sus compañeros de otros departamentos e incluso de los asociados del suyo propio.

Sin embargo, de alguna manera en esta ocasión las tensiones de la reunión le habían cargado más que otras veces. No le importaba saber porqué, lo que le importaba era saber cómo había acabado en este trabajo cuando, en principio, nunca había querido tener nada

que ver con la universidad. ¿Cómo había llegado a esta situación?, se preguntaba....

* * *

Bill Thetford nació en Chicago. Era el menor de tres hermanos; el mayor había muerto cuando era pequeño, pero le quedaba su hermana que le llevaba dos años. Su padre trabajaba de supervisor en la sección de construcciones en la compañía telefónica de Illinois.

La familia vivía en un vecindario de clase media, en la zona sur de la ciudad. La madre de Bill asistía a la iglesia de la Ciencia Cristiana; su padre, cuando le preguntaban, respondía que él también era "científico», aunque sus visitas a la iglesia eran muy irregulares. En cuanto a Bill, su educación religiosa fue interrumpida por una tragedia familiar.

Bill tenía siete años, cuando su hermana contrajo una infección vírica, y aunque la familia solicitó los servicios de diversos médicos y curanderos de la Ciencia Cristiana, murió en dos semanas. Los padres de Bill se sintieron abrumados por el dolor; se quedaban en casa juntos cada noche, negándose a aceptar las invitaciones que les hacían sus amigos y vecinos. Renunciaron a su religión y jamás volvieron a poner los pies en una iglesia de la Ciencia Cristiana.

Aún se encontraban muy abatidos cuando Bill enfermó de una grave escarlatina, la cual le debilitó mucho y propició que acabase por contraer también fiebres reumáticas. Mientras luchaba por recobrarse sufrió un infarto, por lo que los doctores no confiaban en que sobreviviera. Sin embargo, después de varios meses de cuidados intensivos, se recuperó lo suficiente para salir del peligro inmediato, aunque tuvo que guardar cama durante los dos años siguientes. Pasaba el tiempo leyendo con voracidad, leía de todo, desde Dickens hasta Dumas o Mark Twain, y entre libro y libro su madre le enseñaba aritmética.

Bill estuvo ausente de la escuela durante tres años, antes de sentirse lo bastante fuerte para volver. Al caer

enfermo estaba en segundo grado y cuando volvió le colocaron en la clase de cuarto. Dos años más tarde acabó octavo y continuó en el Instituto, donde se graduó con honores siendo aceptada su solicitud de ingreso en la Universidad de DePaw, Indiana. En su segundo año universitario tuvo que elegir una especialidad en la que graduarse, y eligió la de Psicología aunque sin saber muy bien porqué, pues ignoraba el trabajo que desarrollaban los psicólogos. No se quedó muy convencido de su elección.

Al fin se matriculó también en el curso de estudios premédicos (sí que conocía el cometido de los médicos), y en su cuarto año solicitó la admisión en la Escuela Médica de la Universidad de Chicago, donde fue aceptado para comenzar el otoño siguiente. Al haber obtenido una prórroga del servicio militar debido a su enfermedad infantil pudo graduarse en la Universidad de DePauw en febrero de 1944. A pesar de que aún tenía dudas sobre la carrera profesional que seguiría, había algo que sí estaba muy claro: necesitaba un trabajo para mantenerse, al menos hasta que empezara a estudiar medicina en otoño.

Como había sido aceptado en la Escuela de Medicina pensé que lo mejor sería solicitar un empleo en la Universidad. Pregunté en la oficina de empleo y me remitieron al Laboratorio Metalúrgico de la Universidad. No sabía nada del tipo de trabajo que me podrían ofrecer ni si estaba cualificado para realizarlo, pero a lo largo de la entrevista que me hicieron me enteré de que en aquel centro se desarrollaba un programa secreto de investigación.

Como el país estaba en plena Segunda Guerra Mundial, existía una gran demanda de personal civil como yo en el mercado de trabajo. Así aunque fuéramos inexpertos y poco cualificados, estábamos muy solicitados y a menudo se nos ofrecían trabajos y responsabilidades que hubieran sido impensables en otras circunstancias. En mi caso, poco después de empezar a trabajar fui incluido en nómina como oficial administrativo responsable de supervisar una serie de edificios que constituían las áreas de trabajo para lo que más tarde sería la investigación atómica. Entre ellos estaba el Laboratorio de Biología, la zona del estadio de fútbol de West Stands y el nuevo edificio de Química donde el Dr. Glenn Seaborg estaba desarrollando su original investigación que más adelante le valdría el Premio Nobel. Una de mis tareas era la de supervisar' un equipo especial de hombres que trabajaban en diversas

áreas radioactivas con la intención de descontaminarlas. Se me pidió que llevara un contador Geiger desde el momento en que llegaba por la mañana hasta que me iba por la noche. Mirando hacia: atrás, una de las cosas más curiosas era que esta investigación tenía lugar debajo de un estadio de fútbol. Robert Maynard Hutchens, Presidente de la Universidad, había decidido prohibir la liga de fútbol porque interfería en la búsqueda de las grandes ideas y los

grandes libros, y como consecuencia el estadio de fútbol había sido puesto a disposición de la investigación atómica. De esta forma la primera reacción en cadena de la historia del mundo tuvo lugar allí en diciembre de 1942. El doctor Enrico Fermi que estaba al cargo de la operación, fue capaz de comenzar la reacción y, lo que es más importante, detenerla. Si no hubiera sido capaz de pararla quizá nos hubiera ahorrado a todos los horribles problemas que introdujo la Era Atómica.

Por aquel tiempo, el ambiente en nuestro departamento era de gran actividad; reinaba una sensación de urgencia absoluta y un sentido de prioridad nacional en relación con el trabajo que desarrollábamos en el programa atómico. La comunidad científica creía que los nazis estaban muy avanzados en el desarrollo de la energía atómica, por lo que competíamos contra ellos en una carrera a vida o muerte. De hecho, la sensación general era que no desarrollar la energía atómica antes que ellos podría suponer el final de la civilización occidental tal como la conocíamos.

A lo largo de este tiempo aumentó mi ambigüedad respecto a mis estudios médicos y, en otoño de 1944, decidí que el proyecto en que estaba participando era prioritario a la medicina. Informé, por tanto, a la Escuela de Médicos de que no me matricularía aquel otoño y continué en mi puesto de trabajo dentro del programa de investigación atómica.

En agosto de 1945 se lanzó sobre Hiroshima la primera bomba atómica. Creo que todos nos quedamos aterrados por la magnitud de la destrucción que produjo y yo sentí con claridad que mi participación en el proyecto había llegado a su fin. No sentía ningún deber moral de continuar y renuncié aquel mismo mes.

Pocas semanas después el doctor Carl Rogers llegó al campus universitario. Era, incluso entonces, uno de los nombres más eminentes en el campo de la Psicología, y aunque no sabía nada de él, me matriculé en el primer curso de «psicoterapia centrada en el cliente» por recomendación expresa de algunos compañeros. El

interés que despertaba el trabajo de Rogers era tremendo y debieron ser más de cien los licenciados que se inscribieron en aquel primer curso. Por alguna razón desconocida para mí tanto entonces como ahora, Rogers decidió que yo era un estudiante aventajado y no sólo me hizo instructor de su curso sino que antes de

acabar el semestre me propuso ser su ayudante en el centro terapéutico que acababa de crear. Aquello supuso para mí un gran honor y una oportunidad; yo no entendía porque me había elegido, incluso traté de decirle que no estaba capacitado, pero no hizo el menor caso y, con cierto asombro, en breve me encontré investigando y practicando la «terapia centrada en el cliente». Para mí lo más irónico era que las premisas profesionales de Rogers estaban basadas en su teoría de «la visión incondicionalmente positiva», o amor perfecto. El hecho de haber pasado de estar implicado en la aniquilación total a una práctica profesional basada en el amor perfecto me pareció, por lo menos, irónico.

Mi tesis doctoral estaba relacionada con un primer intento de algo parecido a la bioretroalimentación. Me intrigaba la posibilidad de medir las reacciones del sistema nervioso autónomo antes y después de la terapia rogeriana. Supuse que si a la gente le servía la terapia, su recuperación ante un estímulo estresante inducido experimentalmente sería más rápida. así que formé un grupo de control con personas que esperaban ser admitidas en el centro para recibir terapia y otro grupo con personas que estaban en tratamiento. De alguna manera, las mediciones que realicé revelaron una diferencia significativa entre el grupo experimental y el grupo de control en cuanto a la rapidez de recuperación frente al estrés inducido. Rogers se sintió impresionado por mi trabajo y yo me quedé bastante sorprendido de haber obtenido algún resultado significativo.

En marzo de 1944, para sorpresa mía, recibí el título de doctor en Medicina. Sin embargo, sentía que aún me faltaban muchos conocimientos no sólo en el campo de la Psicología sino en general; parecía faltarme algo pero no sabía que. Aunque había conocido personas eminentes a lo largo de mis estudios, auténticas autoridades en sus campos respectivos, nadie parecía tener conciencia de cómo estas áreas especializadas del conocimiento podían sintetizarse. Como consecuencia, cuando recibí el

doctorado no me sentía preparado para hacer nada, no sabía que hacer con aquel título.

Afortunadamente, un amigo me sugirió que me presentara a un puesto en el hospital Michel Reese de Chicago, donde había una vacante en un puesto relacionado con el estudio de los rasgos de personalidad de los enfermos esquizofrénicos y el test de Rorschach.

El estudio estaba dirigido por el doctor Samuel J. Beck, una autoridad en el test Rorschach en el país y autor de una serie de libros pioneros en relación con el test. Por una serie de razones que me parecían muy válidas, me sentía remiso a solicitar el puesto. La primera era que no había hecho ningún curso sobre el test Rorschach en toda mi vida, no sabía absolutamente nada de él; tampoco había trabajado en un departamento de Psiquiatría, y en particular, en uno en que el trabajo estuviera basado en el psicoanálisis, una filosofía totalmente contraria a la de Rogers y a mi propia formación. Sin embargo me presenté, y el doctor Beck que me entrevistó pareció estar muy contento de mi ausencia de conocimientos previos: se mostró entusiasmado con el hecho de que no supiera nada del Rorschach, de que no estuviera contaminado con otras enseñanzas. Además, se quedó muy impresionado por lo científico que sonaba el título de mi tesis doctoral en la rama de la psicología fisiológica: como él no sabía nada de esa especialidad de la psicología, la consideró muy científica; en consecuencia, yo constituía el candidato perfecto. Fui contratado por el departamento de Psiquiatría y permanecí dos años y medio en aquel hospital, durante los cuales publiqué algunos trabajos de investigación incluyendo algunos de los que fui coautor con el Dr. Beck.

Lo que sentía de manera muy clara, tanto durante mi formación universitaria como más tarde en el hospital Michael Reese, era que no quería ser profesor universitario. Había hecho conmigo mismo el voto secreto de hacer todo lo posible para evitar aceptar un puesto docente, y de hecho ya había rechazado varias propuestas. Una de las principales razones era que sentía que no tenía nada que enseñar, y quería evitar aceptar una posición en que esto fuera evidente también para los demás. También dudaba que pudiera adaptarme fácilmente a la vida universitaria.

Cuando sentí que era el momento de dejar el hospital, decidí que me sería instructivo y de ayuda en mi formación matricularme en la Escuela Psiquiátrica de Washigton, en Washigton D.C., cuya filosofía esencial era la de centrarse en las relaciones interpersonales más que en los diversos componentes psicodinámicos de la psicología freudiana. Este enfoque me atraía mucho por que había cierta cualidad en el psicoanálisis con la que no me podía identificar, aunque respetaba muchas de las percepciones de Freud y de algunos de sus seguidores.

Cuando acabé mis estudios en la Escuela de Washington, no sabía muy bien que hacer después. Me sentía atraído por la ciudad de Nueva York desde hacía mucho tiempo, y decidí ir allí y buscar trabajo. El director del Servicio de Asignación Psicológica del Servicio de Empleo del estado de Nueva York, me dijo que tenía un trabajo perfecto para mí y que no tenía sentido que pensara en ninguna otra posibilidad. Tenía en mente proponerme para la dirección del departamento de Psicología del Instituto de la Vida en Hartford, Conneticut. Acudí a una entrevista y fui contratado.

Después de un año en Hartford, recibí una llamada del doctor Harold G. Wolff, que era uno de los fundadores de la medicina psicosomática, una autoridad en el área de los desordenes nerviosos y, también por aquel tiempo, presidente del departamento de Neurología de la Escuela Médica de la Universidad de Cornwell en la ciudad de Nueva York. El doctor Wolff me ofreció el puesto de psicólogo jefe en un programa de estudios sobre ecología humana que él dirigía. Mi rechazo a implicarme en un puesto universitario había disminuido algo para entonces, y decidí considerar la posibilidad de un puesto académico. Acabé aceptando la oferta del doctor Wolff, y antes de que me diera cuenta ya era instructor, siendo promocionado un año más tarde al puesto de profesor ayudante.

Un día de otoño de 1957, mientras asistía a una conferencia anual de psicología, un viejo amigo mío se me acercó en un descanso y después de intercambiar saludos me preguntó si me interesaría ir a la Escuela de Médicos y Cirujanos de la Universidad de Columbia como director de un programa educativo en psicología clínica. Me comentó que el comité encargado no había dado aún con la persona que pudiera enfrentar el enorme desafío que suponía el puesto: a pesar de haber evaluado a muchos candidatos, todos habían sido vetados por uno u otro de los miembros del comité, y el puesto seguía

vacante. Añadió que como ninguno de los miembros del comité me conocía lo suficiente para llegar a resultarles desagradable, constituía el candidato ideal.

Le contesté a mi amigo que no me interesaba irme de Cornwell, ya que estaba fascinado con el trabajo que hacía y el ambiente era agradable. Pero él me apremió para que al menos hablara con el presidente del departamento de Psiquiatría de Columbia; la oportunidad era demasiado importante para ignorarla.

Hablé con el presidente y con otros miembros del comité y en el curso de estas conversaciones me pareció que me ofrecían una posición de gran responsabilidad. Al darme cuenta de ello, les dije que no creía posible asumir las responsabilidades del puesto siendo sólo profesor ayudante y que tendría que ser ascendido a la categoría de profesor adjunto. Al decirlo, estaba convencido de que de acuerdo a la jerarquía médica, que es muy lenta, era muy improbable que alguien como yo, que había sido instructor hacía tan sólo uno o dos años, subiera de escalafón tan rápidamente.

Sin embargo, dos meses más tarde recibí una carta del presidente del departamento de Psiquiatría diciéndome que había podido conseguir que el Decanato aprobara mi ascenso. Me sentí moralmente obligado a aceptar el puesto y fui a Columbia en febrero de 1958 como profesor adjunto de Psicología Médica en el departamento de Psiquiatría de la Escuela de Médicos y Cirujanos.

Bill Thetford esperaba el desafío que suponía su nuevo puesto con mucho entusiasmo. Sintió que podría introducir una serie de ideas innovadoras en el programa de educación predoctoral del que sería presidente, y asumió su tarea lleno de expectativas sobre lo que podría lograr en los próximos meses y años.

Sin embargo, pocos días después de comenzar su labor, Bill se dio cuenta de que su trabajo no sería tan fácil de poner en práctica como en un principio pensó. Tuvo el primer indicio de ello al darse cuenta de que todas las conversaciones con los miembros del comité no le habían preparado para asumir la amplitud y la naturaleza de sus nuevas responsabilidades. Aunque había creído que dedicaría la mayor parte de su tiempo a los cursos predoctorales, ahora descubría que el «título» que se le había asignado como «mera formalidad» cuando aceptó el puesto, el de director del departamento de Psicología del Hospital Presbiteriano, le iba a suponer mucha más dedicación de lo que le habían hecho creer. El Hospital Presbiteriano era una parte esencial del

centro médico y Bill pronto se dio cuenta de que con el título venían un montón de problemas que no habían sido tratados durante años.

Mientras intentaba hacer su asignación de prioridades, Bill fue avisado por el Decanato de que la universidad había aceptado una gran suma de dinero del Instituto Nacional de Enfermedades Neurológicas para realizar un curso de estudio cooperativo sobre las carencias sensoriales en recién nacidos y niños pequeños. Este curso

cooperativo tenía un protocolo obligatorio por el que se requerían los servicios de un psicólogo investigador experimentado que hubiera recibido formación especializada para trabajar con niños pequeños. Bill era responsable de encontrar a la persona adecuada para este puesto y, además, debía hacerlo con rapidez pues el Decanato había dejado muy claro que el proyecto había de comenzar de forma inmediata.

Al no tener experiencia en esta área, Bill visitó a un colega de un hospital cercano que era una autoridad en este materia, le describió la situación y le pidió ayuda para encontrar a una persona adecuada para el puesto. Su colega le aseguró que confiaba en poder encontrar a la persona justa y que haría que ésta se pusiera en contacto con él.

Bill se sintió agradecido de quitarse un problema de encima, pues ya los tenía en abundancia. Así, comenzó a formular planes y preparar procedimientos que ayudaran a que el curso tuviera un comienzo rodado, confiando simplemente en que su amigo encontraría a la persona adecuada para ocupar el puesto clave.

Dos semanas más tarde, sonó el teléfono de su oficina y, después de asegurarse de que hablaba con el doctor Thetford, la voz al otro lado de la línea dijo: «Mi nombre es Helen Shucman, y se me ha dicho que le diga que soy la persona que está buscando», De esta forma se conocieron Helen y Bill, quienes más tarde trabajarían juntos en la transcripción de los singulares volúmenes de Un curso de milagros.

Bill concertó una cita con Helen para verse a la mañana siguiente en el centro médico. A las diez, una mujer pequeña pero dinámica se presentó en su oficina; debía tener más de cuarenta y cinco años. Helen, que apenas medía un metro y medio, iba elegantemente vestida con una falda y una blusa bastante conservadoras, y su pelo corto, rizado y rubio estaba cuidadosamente arreglado. Sus rasgos eran más bien afilados, tenía una nariz pequeña y recta, y en general mostraba una actitud de no andarse por las ramas que Bill inmediatamente valoró de forma muy positiva y

pensó que le sería de gran ayuda en caso de que ocupara el puesto que él intentaba cubrir. .

En sólo unos minutos Bill supo que era la persona adecuada para aquel trabajo: su formación profesional parecía estar hecha a la medida del puesto que se le ofrecía y sé quedó especialmente impresionado por su rapidez mental y su habilidad intelectual. Al mismo tiempo mantenía sus reservas en ofrecerle el puesto a ella o a cualquier otra persona porque el programa de trabajo estaba todavía sin especificar en absoluto. Aún no se había tomado ninguna de-

cisión acerca de los medios de que dispondrían ni respecto al espacio físico que les sería asignado. Su sueldo tampoco estaba fijado y las responsabilidades del puesto no estaban claramente definidas. Todo ello hacía que Bill no pudiera ser muy concreto al discutir el programa con Helen, pero a pesar de todo y al hecho de que Bill no se lo presentara con mucha convicción, Helen aceptó el puesto y se dispuso para comenzar el lunes siguiente.

CAPÍTULO 2

HELEN Schucman nació en 1909 y su nombre de soltera era Helen Cohn. Creció en Nueva York, donde su padre, químico de gran éxito profesional, pudo proporcionar a su familia una vida muy acomodada. Tenían a su servicio a una cocinera y una doncella que les ayudaban en el cuidado de su enorme piso de diez habitaciones; contrataron asimismo a una institutriz que se ocupó de Relen hasta que tuvo seis años de edad.

La institutriz y Helen ocupaban un extremo del piso, donde compartían habitación, salón y aseo. En el otro extremo vivía el resto de la familia, es decir su madre, su padre y un hermano catorce años mayor que ella con el que tenía muy poco en común.

Como el resto de la familia parecía hacer su vida, Helen pasaba casi todo el tiempo antes de ir al colegio, así como su «tiempo libre» una vez empezó a asistir a clase, con su institutriz, una mujer inglesa de mediana edad a quien conocía simplemente como la «señorita Richardson»; aunque la relación entre ellas era amistosa, no tenía nada de íntima. Lo que más le gustaba a Helen de la señorita Richardson era su acento inglés.

Por la noche, la institutriz acababa oficialmente de trabajar una vez que acostaba a Helen y era libre de salir si lo deseaba, aunque la mayoría de las veces se quedaba en la sala hasta la hora de acostarse. Cuando la señorita Richardson salía, Helen se quedaba despierta hasta que hubiera vuelto, no sólo para asegurarse de no estar sola, sino también porque le fascinaba el ritual que realizaba cada noche.

Antes de acostarse, la señorita Richardson, se arrodillaba y susurraba algo para sí misma durante un rato. Desde mi primer recuerdo, siempre hacía lo mismo.

Siempre quise preguntarle que hacía, pero tardé muchos años en reunir el valor suficiente. La señorita Richardson me explicó que era católica y que cada noche antes de acostarse rezaba el rosario. Le pregunté que era un rosario y me mostró el suyo. Estaba hecho de

hermosas cuentas azules y me gustó. Pensé que estaría bien tener uno, incluso podría tener algo de mágico. Le pregunté a la señorita Richardson si podía tener uno pero me respondió que era sólo para católicos. Le sugerí que quizá mi madre me podría comprar uno, pero ella pensó que sería mejor dejar el tema a un lado. De hecho, me propuso que fuera nuestro secreto, y yo le prometí no decir nada al respecto.

También teníamos otro secreto, relacionado con el lugar al que íbamos los domingos por la mañana. En vez de ir al parque como los demás días, nos íbamos al otro extremo de la ciudad donde nadie pudiera vemos. Allí llegábamos a uno de los lugares más bellos que yo hubiera visto nunca. La señorita Richardson me dijo que era una iglesia católica, pero como yo no era católica, no podía entrar. Tenía que prometerle que no me marcharía muy lejos, y me quedaba en la entrada hasta que ella volvía a salir. Mientras esperaba podía ver las flores, las velas y las estatuas a través de las rendijas de las grandes puertas que se abrían hacia el interior de la iglesia. A veces escuchaba la música y la voz de un hombre diciendo cosas que no podía entender. Una vez me colé en una de las capillas laterales. Había una estatua de una señora muy hermosa con luz alrededor de la cabeza, y velas y flores dispuestas en un pequeño jardín a sus pies. Todo el mundo tenía rosarios como el de la señorita Richardson y decidí que de mayor sería católica para poder entrar y participar en lo que ella hacía.

Entre semana, cuando la señorita Richardson me llevaba al parque a jugar, siempre nos juntábamos con una amiga suya que también era institutriz y cuidaba a una niña de mi edad. Nosotras jugábamos mientras la señorita Richardson y su amiga se sentaban en un banco del parque y hablaban. Descubrí que la niña era católica y tenía un rosario y se sorprendió mucho cuando le dije que yo no lo tenía y que no sabía para qué servía. Me explico con condescendencia que servía para rezar a la madre de Dios. Le pregunté sobre Dios y se sorprendió

mucho de mi ignorancia, ya que no sabía casi nada de Él. Me dijo que Dios es nuestro padre, que le podíamos pedir cosas y Él nos las concedía. Esto me pareció maravilloso y me pregunté porqué nadie me había hablado antes de ello.

Le pregunté a la niña donde estaba Dios, porque había unas cuantas cosas que quería, y me dijo que todo lo que había que hacer para verle

era cerrar los ojos. Así lo hice, pero no vi nada. Ella lo entendió en seguida: yo no era católica, así que ¿qué podía esperar? Me sugirió que probase con la Virgen que era muy bondadosa y escuchaba prácticamente a todo el mundo. También me contó que llevaba un vestido azul y un velo blanco, y pensé en esa preciosa estatua que había visto en la iglesia de la señorita Richardson. Cerré los ojos de nuevo y esta vez pude ver algo más, creí ver el velo blanco. La niña me dijo que estaba muy bien para una principiante y que debía seguir intentándolo. «Después de todo -me dijo-, a menos que lo hagas irás al infierno y te quemarás durante toda la eternidad.»

Estaba tan contenta por haber visto el velo blanco que no hice caso de su comentario hasta que me acosté aquella noche. Entonces comencé a gritar. La señorita Richardson me preguntó qué pasaba y le dije que tenía miedo del infierno... que me quemaría para siempre a menos que fuera católica y tuviera un rosario. La señorita Richardson estaba muy preocupada pero no sabía que decir. Me dijo por fin que era mejor que hablara de religión con mis padres, explicándome que la gente solía tener la misma religión que sus padres y que probablemente ellos podrían contarme cosas. Pero añadió que no debería tener miedo del infierno porque ella rezaría por mí. Se lo agradecí mucho prometiéndole que no lo olvidaría y decidí preguntar a mis padres acerca de la religión de inmediato.

Me deslicé silenciosamente por el pasillo hasta el comedor donde se encontraba mi padre solo leyendo el periódico. Le observé desde la puerta un buen rato antes de entrar; él levantó la vista sorprendido.

«¿Qué pasa? -preguntó-. ¿No está la señorita Richardson contigo?» Cuando le dije que sí, respondió: «Ah, bien, tu madre no está y creo que no volverá en un buen rato», retomó el periódico y pareció pensar que la conversación había concluido. Yo me quedé por allí, no le conocía muy bien y dudaba de cómo empezar pero sabía

que tenía que averiguar cosas sobre mi religión. Por fin empecé:

— Padre, ¿tú que eres? —le pregunté.

— Creo que no te entiendo —me contestó muy perplejo —.

¿Te refieres a qué me dedico?

Pensé que quizá era eso, mi padre me dijo que era químico y cuando le pedí que me lo explicara no entendí lo que decía pero supe que no era la respuesta que esperaba. Luego le pregunté si creía en Dios y si tenía

una religión, y me dijo que no creía en Dios y no estaba particularmente interesado en la religión. Le pregunté si eso significaba que yo tampoco tenía religión, y contestó que la gente debe decidir eso por sí misma. Volví a preguntar cual habla sido la decisión de mi madre y me contestó que no estaba seguro de cual era su religión en aquel momento; estaba muy claro que no estaba particularmente interesado en el tema. A pesar de todo me quedé por allí. Por fin, cuando se dio cuenta de que realmente quería algo, dejó el periódico, me pidió que me sentara y entonces tuvimos la única conversación real que hayamos tenido nunca.

Comencé por decirle que quería ser católica a causa del infierno y me respondió que él no creía en el infierno y que no debía preocuparme; incluso afirmó que se puede ser religioso sin creer en el infierno, lo que supuso un gran alivio para mí. Dijo que él había sido judío de niño porque su padre era judío, y aunque su madre no lo era, a ella no le había importado. Le pregunté esperanzada si eso hacía que yo también fuera judía pero me contestó que debería pensármelo algo más de tiempo. Entonces le pregunté si conocía alguna plegaria judía y después de pensar durante varios minutos, me recitó una que había aprendido cuando era niño. Comenzaba así: «Señor Dios de Israel»; me pareció impresionante. Dijo algo más de la plegaria pero eso fue todo lo que pude recordar.

Le pedí que me contara algo más acerca de la religión de mi madre pero me dijo que él no podía creer en lo que ella creía y que habla dejado de intentarlo hacía mucho tiempo. Cuando le pregunté si ella decidiría hacerse judía también, mi padre soltó la mayor carcajada que yo le hubiera oído; me dijo que eso no era probable y después volvió a su periódico.

Yo volví a mi habitación y le dije a la señorita Richardson que habla hablado con mi padre y había averiguado que era judía. Ella no dijo nada. Aquella noche, mientras rezaba su rosario yo repetía «Señor Dios de Israel» una y otra vez para mí misma. Estaba contenta de ser judía, durante largo tiempo me habla faltado algo

y ahora que sabía que era judía, estaba convencida de que todo iría bien. Sin embargo, no mencioné nada a mi madre sobre el tema de la religión; de alguna forma sentía que podía no gustarle.

La señorita Richardson se fue un año después y mi madre decidió que ya no necesitaba una institutriz. Yo ya habla estado yendo a la escuela

durante un año y mi madre me dijo que ella me llevaría por las mañanas y otra señora me recogería por la tarde para llevarme al parque, aunque no se quedaría a dormir conmigo.

Por la noche me sentía sola sin la señorita Richardson. Solía tumbarme a oscuras y repetía mi oración especial, pero no me era de gran ayuda. Pensé que funcionaría mejor si la supiera entera pero no quería volver a preguntarle a mi padre: podría pensar que debería haberla memorizado la primera vez después de que le costó tanto acordarse de ella.

Entonces el Señor de Israel me falló de una forma terrible. Tenía mucho miedo de dormir sola, especialmente cuando salían mis padres, y como nunca se me ocurrió ir a hablar con mi hermano, busqué la forma de hacer que mi madre se quedara en casa. Si me daba cuenta de que se estaba preparando para salir, comenzaba a sentir un terrible dolor de estómago. La primera vez que ocurrió era de verdad y así descubrí que mi madre no salía cuando yo estaba enferma; naturalmente empecé a tener muchos dolores de estómago.

El único problema era que mi madre me llevó al médico para averiguar lo que me ocurría. Después de que el primer médico no encontrara nada, probó con otro y luego con otro más. A mí no me importaba porque así conseguía pasar tiempo con ella. Pero un día cuando me llevó a ver a otro médico por lo de mi estómago me di cuenta de que llevaba una pequeña maleta. Cuando le pregunté para que era, me dijo que me iba a llevar a un hospital donde un doctor me podría curar de mis dolores. Tuve el presentimiento de que las cosas no iban como yo quería, pero como no estaba muy segura, me callé.

Después de registramos en el hospital, Madre me dijo que pasaría la noche allí y que ella se quedaría conmigo. Esa es la parte que me gustó.

A la mañana siguiente, Madre y el doctor comenzaron a explicarme lo que me iban a hacer y tuve un ataque de pánico. Entre gritos, les dije que nunca había tenido

realmente dolores de estómago, pero evidentemente pensaban que lo decía porque tenía miedo de lo que nos pudiera ocurrir a mi apéndice y a mí.

Hicieron falta dos hombres vestidos de blanco para mantenerme tumbada en la camilla mientras me llevaban a la sala de operaciones donde otros tres hombres de blanco estaban esperando. Dos de ellos me sujetaron mientras un tercero me puso una mascarilla en la cara. Grité

«Señor Dios de Israel» a la vez que intentaba no respirar.

Cuando desperté, me hallaba de nuevo en la habitación del hospital y me sentía terriblemente. Durante unos días tuve un dolor de estómago real pero poco después me puse mejor y empecé a disfrutar. Madre se quedó conmigo todo el tiempo e incluso Padre vino a visitarme. Madre y yo hablamos de todo tipo de cosas mientras estuvimos juntas y la noche antes de irnos del hospital le pregunté por su religión. Me dijo que había probado muchas religiones desde pequeña, que ahora era teósofa pero que aún continuaba «buscando». Me sorprendió mucho que también hubiera sido judía porque los judíos no parecían gustarle mucho. Me contó que su padre era rabino en Inglaterra pero que en todo caso era de muy buena familia. También me dijo que tenía algunos parientes que no eran judíos, yeso parecía aliviarla.

Entretanto, yo había decidido no seguir siendo judía después de lo ocurrido. Probablemente no había un Señor Dios de Israel después de todo y esa era la razón por la que mi padre había dejado de creer en Èl. Nunca volví a creer en Dios aunque lo intenté denodadamente durante largo tiempo.

Helen no se inquietó por la religión ni se interesó en ella durante los siguientes cinco o seis años. Lo que parecía intrigarle mucho más eran las imágenes mentales que visualizaba a menudo, unas veces con los ojos cerrados y otras con ojos abiertos. Podían ocurrir casi en cualquier momento pero nunca interrumpían ni molestaban de forma alguna a sus demás actividades. Simplemente era como si hubiera una actividad mental constante en el fondo de su mente que podía ser traída a la superficie si elegía hacerlo. Las imágenes podían ser de cualquier cosa: una mujer con un perro, árboles bajo la lluvia, un escaparate lleno de zapatos, un pastel de cumpleaños repleto de velas... No tenían movimiento y eran en blanco y negro. Se parecían mucho a una serie de «instantáneas» no relacionadas entre sí. A veces las imágenes eran completamente nuevas para ella, escenas irreconocibles, mientras que otras veces reconocía parte de los

«cuadros» relacionándolos con cosas que había visto realmente, aunque incluso en esos casos había detalles que no recordaba haber visto originalmente.

Helen había tenido imágenes mentales de este tipo desde siempre, hasta donde le alcanzaba la memoria, y no se le ocurrió que no todo el mundo podía disfrutar de esa misma experiencia. De hecho fue a la edad de once

años, al preguntar a una amiga por sus imágenes mentales, cuando se dio cuenta de que ésta no tenía ni idea de lo que le estaba hablando. Helen pensó que su amiga estaba de broma y no fue hasta que probó con otras compañeras que aprendió que su habilidad era única. Aunque se sorprendió mucho por ello, no pareció molestarle esta revelación y siguió disfrutando las imágenes cuando aparecían.

El interés que sentía por Dios se reavivó a los doce años. Sus padres planearon pasar el verano en Europa y decidieron llevarla con ellos. El viaje transcurrió sin incidentes para Helen hasta la última visita de sus vacaciones: Lourdes.

La gruta le causó una profunda impresión así como la estatua de la Virgen y los montones de muletas y aparatos dejados allí por quienes se habían curado milagrosamente.

Desde nuestra habitación del hotel podía ver la estatua de la Virgen. Cada noche salía a mirar la figura, la roca sobre la que se levantaba y aquella agua especial que salía de un costado de la roca, el agua que curaba a la gente. Pensaba en las sillas de ruedas y en las muletas y en los miles de personas que habían venido aquí y habían creído. ¿Podrían estar todos equivocados?

Repentinamente me acordé de la señorita Richardson y de su rosario. Seguramente este era el mejor lugar del mundo para comprar un rosario y probarlo.

Cuando volví al hotel aquella noche encontré a mi padre solo en su habitación leyendo un libro. Me quedé junto a él unos momentos, y como seguía leyendo, le dije que quería comprar un rosario. Se metió la mano en el bolsillo y me dio algo de dinero sin levantar siquiera la vista del libro. Pensé en preguntarle si le importaba pero simplemente le di las gracias y salí de la habitación.

Al día siguiente por la mañana pedí a Madre que viniera conmigo para comprar el rosario; compré también una medallita de la Virgen y llevamos ambas cosas a que fueran bendecidas por un sacerdote. Nos quedamos en la gruta para asistir a misa y a la preciosa ceremonia

religiosa posterior. Era sábado, y había incluso más flores y procesiones con música que en un día normal. La gente rezaba por todas partes, todo era muy, muy hermoso. Pregunté a mi madre si había sido católica y me dijo que no, pero sentí que había comenzado a pensárselo.

Aquella noche en mi habitación, me quedé despierta con el rosario en la mano y la medalla alrededor del cuello y pensé en Dios, en la señorita

Richardson y en la Virgen. De pronto tuve una idea: este era un lugar con mucho poder y quizá si pedía un milagro para mí misma, lo conseguiría. Entonces creería en Dios y me haría católica. Salí al balcón y miré a la roca.

—Por favor, Dios —dije en voz alta—, no soy católica pero si todo esto es verdad, ¿me enviarás un milagro para que pueda creer en ti?

Ya había decidido en que consistiría el milagro. Cerraría los ojos y diría tres avemarías; si al abrirlos encontraba una estrella fugaz en el cielo, ese sería mi milagro. No esperaba realmente encontrarla pero cerré los ojos y recé las tres avemarías de todos modos. Cuando los abrí, el cielo estaba lleno de estrellas fugaces. Las miré en silencio, asombrada y entonces susurré: «Es un milagro. Dios me lo ha enviado realmente. ¡Mira! ¡mira! es un milagro».

Me quedé muy quieta hasta que las estrellas desaparecieron y el cielo se oscureció de nuevo. Y entonces me acordé: nuestro guía nos había dicho que en este momento del año había lluvias de meteoritos en esta parte del mundo y que aparecerían con mucha frecuencia. En realidad no era milagro en absoluto, nunca antes había visto una lluvia de meteoritos y por eso no la había reconocido. Entonces tuve otro pensamiento: ¿No es un milagro que pensase en pedir ver un meteorito justo cuando iba a haber una lluvia de ellos? Después de todo, no podía saber que la lluvia iba a ocurrir en aquel preciso momento, quizá era un auténtico milagro después de todo. Pero ya no pude convencerme de ello realmente, me sentía muy suspicaz con todo aquel tema, incluso me enfadé un poco.

Quizá, pensé para mí misma, el agua y las curaciones y las muletas sean todos como la lluvia de meteoritos. La gente sólo cree que son milagros, todo podría suceder simplemente así. Estaba a punto de dejar el tema zanjado en mi mente de esta forma cuando tuve otro pensamiento que me hizo sentirme muy incómoda: dije a Dios que si veía un meteorito cuando abriera los ojos, sería un milagro. Si había un Dios, podría no gustarle mi forma de

considerar su milagro. Si Él se había molestado en enviarme un milagro especial para mí, podría no gustarle mi escepticismo. Y si había un Dios, también habría un infierno para la gente que no le reconocía y apreciaba.

Por fin fui resolviendo aquella situación con diferentes argumentos aunque me quedé un poco incómoda al respecto. Me persuadí de que

si Dios se hubiera molestado en enviarme un milagro tendría el suficiente sentido para hacerme creer en él. Como no creía realmente en éste, no podía haber sido un milagro genuino. Decidí que de todos modos no tenía que tomar una decisión definitiva en aquel mismo momento y que volvería sobre ello más adelante, cuando no estuviera tan cansada.

Un año después de volver de su viaje por Europa, el hermano de Helen se casó, y la familia se trasladó a un piso más pequeño. Idabel, la sirvienta que había estado con la familia desde el nacimiento de Helen, siguió con ellos. Helen y ella eran buenas amigas desde hacía años, pero la nueva situación les ayudó a intimar más y pasaban mucho tiempo hablando de «cosas». Una de las «cosas» de las que hablaban era de religión. Idabel era baptista y dijo a Helen que aunque su iglesia creyera oficialmente en el infierno, ella sentía que Dios era muy bondadoso y preparaba las cosas para que al final todo saliera bien. Esto dio confianza a Helen que empezó a leer la Biblia cada noche con Idabel.

Un domingo, Idabel preguntó a Helen si quería acompañada a su iglesia que estaba en las afueras, bastante lejos de donde vivían. A Helen le entusiasmó la idea y cuando llegaron estaba ansiosa por que empezara la ceremonia religiosa.

La gente de la iglesia de Idabel no sólo tenía un color de piel diferente del de Helen, sino que también cantaban canciones muy diferentes de cualquier otra que ella hubiera escuchado antes. Las cantaban una y otra vez, empezando suave y poco a poco iban subiendo de tono. Cuando la gente comenzó a dar palmadas y a seguir el ritmo con los pies, Helen se dio cuenta de lo bien que se sentían, pero lo que más le impresionó fue .la deducción de que por la forma en que cantaban y se movían, obviamente tenían una relación muy amistosa con Dios.

Siempre me dirigía a Dios formalmente, con mucho respeto, y no sabía como abordar este nuevo tipo de relación con Él, pero a medida que las canciones se

hacían más emocionales, me encontré dando palmadas y cantando con todos los demás.

El pastor en su sermón habló de Dios, del cielo y de la salvación, y repetía una y otra vez que todo lo que necesitamos es fe. Después del sermón volvimos a cantar y a la hora de irnos, el pastor nos esperaba fuera para damos la mano. Al llegar mi turno me preguntó si me había gustado y cuando le respondí, me dio unas palmaditas en el hombro y me dijo que debería volver más por allí.

Como había recibido una invitación especial del pastor mismo, comencé a ir a la iglesia con Idabel tan a menudo como podía. Dentro de la iglesia rezaba y cantaba con los demás, pero fuera, cuando intentaba hablar con Dios nunca estaba segura de que hubiera alguien allí para escucharme. Me faltaba algo, y por fin un día descubrí lo que era. Idabel me llevó un domingo a un bautizo. Mi amigo el pastor dijo: «A menos que os bauticéis no podéis ser puros de corazón y si no sois puros de corazón no podéis ver a Dios». «Eso es -pensé-. Hay que bautizarse para poder ver a Dios, esto es lo que me faltaba. »

Le dije a Idabel que tenía que ser bautizada y me respondió que hablaría con el pastor cuando acabara la ceremonia. Fue muy amable, él también pensaba que debía bautizarme pero no tenía claro quién debería hacerla. Al preguntarle porqué, me dijo que cuando un pastor te bautiza espera que te unas a su congregación y él había pensado que sería mejor para mí bautizarme en otra iglesia más cerca de mi casa. No me había dado cuenta de que afiliarse a una iglesia era parte del bautizo y cuando llegué a casa me lo estuve pensando mucho. Sentí que uno debe al menos creer en Dios antes de dar un gran paso como éste de afiliarse a una iglesia. Cuando le conté todo esto a Idabel, me dijo que ella conocía a un pastor que me bautizaría sin necesidad de hacerme miembro de su iglesia, así que al domingo siguiente fuimos a ver a aquel pastor a quién Idabel llamaba un «Evangelista del Señor». Me dijo que, desde luego, me bautizaría, pero que debería preguntar antes a mis padres, sobre todo a mi padre que, al ser judío, podría no gustarle mucho la idea.

No esperaba ninguna oposición de mi madre y efectivamente le gustó mucho la idea, prometiéndome el misal que había estado pidiendo como regalo especial para la ocasión. Me preocupaba más mi padre, siempre era difícil averiguar lo que sentía respecto a las cosas. Al verle en su sillón leyendo el periódico después de la cena, me deslicé en la habitación e intenté encontrar una

buena forma de empezar. No se me ocurría nada, así que simplemente dije: «Padre, he decidido bautizarme».

Padre giró la cabeza y me miró sin bajar el periódico: «Si eso es lo que quieres hacer, hazlo» —me dijo dándolo por hecho.

—Pero, ¿no te importa? —pregunté.

— ¿A mí? ¿Por qué habría de importarme? —respondió.

Aún no estaba satisfecha:—¿Estás seguro?

Mi padre me confirmó que estaba muy seguro de que no le importaba. Supongo que me debería haber sentido contenta, había conseguido lo que quería, pero no podía entender porque me sentía tan desgraciada. Padre obviamente no tenía nada que añadir y me fui enseguida porque no quería que se diera cuenta de mis lágrimas. Al día siguiente volví y le dije al pastor que mis padres no se oponían a que me bautizara y propuso incluirme en la ceremonia bautismal programada para el domingo siguiente. Me dijo que debía rezar entretanto y le contesté que lo haría lo mejor que pudiera. «Eso es todo lo que hace falta»

—respondió.

ldabel asistió a mi bautismo como testigo y como amiga, ayudándome a preparar la túnica blanca y a ponérmela. Estaba muy contenta y me repetía que iba a ser la mejor experiencia de mi vida. Yo tenía la esperanza de que así fuera. Después de la ceremonia, fui a la oficina del pastor para recoger mi certificado de bautismo mientras ldabel recogía mi ropa mojada y la ponía en una bolsa que habíamos llevado. Cuando el pastor me pidió que deletreara mi apellido, deletreé el apellido de mi madre. Sentí el rubor en mi rostro y no podía entender lo ocurrido pero estaba demasiado avergonzada para corregir el error. Al recibir el certificado, lo guardé en mi bolso y volví junto a ldabel. Nunca se lo enseñé a nadie.

Cuando llegué a casa me sentía triste. Había sido bautizada pero nada había cambiado, aún no podía ver a Dios, nada era distinto.

Continué yendo a la iglesia con ldabel algún tiempo más, por si acaso mi bautismo no había tenido tiempo de surtir efecto. Más adelante comencé a ir con menos frecuencia hasta que lo dejé del todo. Dije a ldabel que simplemente no tenía fe y me respondió que posiblemente era una obra del diablo y prometió rezar por mí. Se lo agradecí y ya no volví
a pensar más en el bautismo.

No habiendo encontrado la fe necesaria para creer en Dios, Helen decidió que la única verdad en la que podía creer era la racional, la lógica, y por tanto decidió convertirse en una «intelectual» y comenzó a leer todo lo que se publicaba. Disponía de mucho tiempo para ello porque había engordado mucho en su preadolescencia y los muchachos de su clase no parecían estar particularmente interesados en llamarla para salir.

Al ingresar en la Universidad de Nueva York, Helen ya había perdido su exceso de peso, pero había pasado por el instituto sin apenas contactos sociales con sus compañeros, por lo que se sentía particularmente fuera de sitio en las reuniones sociales y parecía tener poco que decirse con sus conocidos a nivel académico.

Por otro lado, sus profesores encontraron en ella una estudiante excepcionalmente dotada. Era raro encontrar una estudiante que hubiera leído tanto o que pudiera discutir sobre un abanico tan amplio de temas académicos de forma tan inteligente.

En la universidad. Helen se graduó en inglés lo que agradó mucho a su madre, especialmente ante su anuncio de que se haría profesora de inglés como lo había sido ella antes de casarse. Sin embargo, su ambición real, que sólo ella conocía, era la de convertirse en escritora de renombre, más específicamente en una novelista de fama internacional.

Este parecía ser un objetivo muy peculiar para Helen, pues escribir le resultaba muy dificultoso, y además se sentía tan vulnerable respecto a lo que escribía que, aún cuando lograba poner algo sobre el papel, era muy probable que lo escondiera y se negase a enseñárselo a nadie, ni siquiera a su profesor de escritura creativa.

Entretanto continuó leyendo mucho sobre diversos temas de filosofía y literatura penetrando en los sistemas de pensamiento, en las leyes del razonamiento y en particular de la lógica. Al asunto de vivir le prestaba la menor atención posible.

En su segundo año universitario conoció a un joven, Louis Schucman, que trabajaba en la biblioteca universitaria. También él era un intelectual, y pronto comenzaron a discutir extensamente sobre libros y filosofía. Louis era tan sólo unos pocos centímetros más alto que el metro y medio de Helen y siempre se había sentido incómodo con las mujeres, por lo que estaba encantado de haber encontrado a alguien que no le hiciera sentirse incómodo. Louis y Helen comenzaron a comer juntos todos los días y en tres meses Louis le pidió que se casara con él. Era la única proposición que ella había recibido y también la única que él había hecho.

La madre de Helen, aunque algo indecisa porque Louis era judío, estaba encantada con la idea de que su hija contrajera matrimonio. Su padre, por otro lado, manifestó que apenas conocía al muchacho y por ello no podía forjar una opinión.

Para contentar a los padres de Louis, acordaron celebrar la ceremonia en una sinagoga. Helen estaba demasiado nerviosa para querer un ritual muy elaborado y pidió al rabino que hiciera una ceremonia breve.

La boda se celebró en diez minutos y al acabar Helen y Louis se fueron cada uno a su casa para seguir preparando lo exámenes finales.

En un principio, el hecho de casarse no tuvo mucho efecto en la vida de Helen. Le quedaban aún dos años de universidad y cuando Louis se graduó, a las dos semanas de la boda, se mudó a vivir con Helen y sus padres. No tenía dinero suficiente para mantener una esposa y un piso porque lo había invertido todo en una librería que había abierto en el centro de Manhattan.

Aquella situación funcionó bien para Helen; su marido estaba ocupado con el negocio de los libros, y ella lo estaba con sus estudios. Las comidas que Idabel preparaba estaban siempre a su hora y su padre jugaba al ajedrez con Louis por las noches.

Helen probablemente hubiera estado encantada de seguir así indefinidamente pero poco después de graduarse en la universidad, ella y Louis tuvieron que alquilar un pequeño apartamento propio porque su madre enfermó y el médico le prescribió que evitara los esfuerzos propios del ama de casa.

Los padres de Helen fueron a vivir a un hotel por lo que ya no necesitaban los servicios de Idabel, pero como había estado con ellos veinte años se sentían responsables de ella. Decidieron seguir contratándola para que cuidara del apartamento de Helen y ésta, que literalmente no sabía ni freír un huevo, estaba encantada de la generosidad de sus padres.

Después de la graduación, Helen intentó trabajar en la librería pero al cabo de sólo una semana se hizo evidente que el trabajo de librera era para ella particularmente desagradable, carente de alicientes y agotador. Sin embargo siguió yendo a la librería durante casi un año hasta que se vio aquejada por una grave enfermedad y el médico le dijo que debía ser operada. Se asustó tanto que comenzó a sufrir pesadillas en las que se veía sujetada por la fuerza a una mesa mientras le ponían una mascarilla en la cara.

Estuvo resistiéndose a la operación hasta que se sintió tan enferma que no pudo posponerlo más. Volvió entonces a hablar con el médico que le aseguró que era una operación sencilla y que en una semana estaría plenamente recuperada. Había llegado al punto de estar tan enferma que no podía ponerse más excusas e hizo los preparativos para ingresar en el hospital al día siguiente.

35

Aquella noche me senté sola e intenté organizarme. Sería mucho más fácil, pensé, si creyera que Dios me iba a cuidar. Había una que yo creyera en Él no hacía más probable que existiera o dejara de hacerla. En cualquier caso no me causaría ningún daño el tratar de llegar a un acuerdo razonable. Ponía la operación en manos de Dios por si acaso existía, y si todo salía bien podría incluso volver a creer en Él. No tenía nada que perder. Recé el «Padre Nuestro», puse mi operación en manos de Dios y fui al hospital al día siguiente con la medalla de la Virgen colgada alrededor del cuello.

Todo salió mal. Estuve mucho tiempo inconsciente y no pude abandonar el hospital hasta varios meses después. Una de las enfermeras que me cuidaban era una católica ferviente. Al ver mi medalla, pensó que yo también lo era; me comentó que habla rezado cada día por mí y que habla ofrecido una misa en acción de gracias cuando recuperé la conciencia. Me dijo que Dios habla sido muy bueno conmigo y que era un milagro que hubiera superado aquel trance. Yo no lo vela así, estaba muy enfadada por como habla ocurrido todo y seguí enfadada durante años: si ésta era la manera que tenia Dios de hacer que todo saliera bien, pensé, tenia un pésimo sentido del humor. La enfermera no aprobó mi actitud y me dijo, bastante secamente, que seguiría rezando por mí de todos modos. Le contesté que yo no podía detener sus rezos, pero añadí que le agradecería

que no pidiera a Dios otro milagro hasta que hubiera salido de éste. De hecho, estaba dispuesta a esperar el siguiente milagro todo el tiempo que hiciera falta y le sugerí que le dijera a Dios que no tenía prisa. Lo que realmente necesitaba era salir del hospital y sentirme mejor, y no me parecía probable que las plegarias me ayudaran a lograrlo.

Durante toda mi estancia en el hospital me encontraba ansiosa por salir, pero cuando por fin fui a casa no me sentí muy entusiasmada. Me sentía más bien abandonada por el Cielo y por la Tierra. Seguí sintiéndome enferma durante mucho tiempo y finalmente me vi forzada a reconocer que estaba mejor físicamente y declaré una moratoria sobre mi invalidez; una decisión que el médico pensaba que debla haber tomado hada mucho tiempo. Sin embargo, esta decisión me ponía en una posición difícil: la enfermedad habla supuesto unas vacaciones de mis problemas, pero éstos seguían allí y sentirme enfadada no me ayudaba a resolverlos.

36

Por fin se me ocurrió la posibilidad de que hubiera estado mirando las cosas desde un ángulo equivocado. Después de admitirlo, comencé a revisar mi vida hasta entonces y entre otras cosas volví sobre mi larga y errática búsqueda de Dios. Estaba claro que no había hecho progresos en ese tema. Admitía que la culpa podía ser mía; quizá, como decía la enfermera del hospital, no apreciaba todo lo que Dios había hecho por mí.

Recordé la dificultad que había tenido para aceptar aquel milagro anterior en mi infancia. A pesar de todo, pensé, lo único que la gente puede hacer es preparar su proyecto lo mejor posible, y yo, a mi manera, sentía que lo había hecho. No tenía sentido especular sobre cual hubiera sido el resultado de la búsqueda si la hubiera emprendido de forma diferente. Si Dios existía, lo que yo ponía en duda, Él mismo podría resolver la cuestión

de la religión; si no existía, bueno, las cosas eran simplemente así. Para mí había acabado la búsqueda.

Me di cuenta de que además de la cuestión de Dios, había otros asuntos que había pospuesto tomar en consideración. En primer lugar el asunto de mi marido; después de todo estaba casada y ya era hora de que empezase a pensar en él. Él podría ser muy amable, decidí. No era Dios, por supuesto, pero teniendo todo en cuenta, casi era mejor así. Pensé que era el tipo de persona con la que se puede desarrollar una buena relación. Naturalmente tomaría tiempo, y a veces sería muy difícil, pero reconocí que ya era hora de que empezara con ello. Sabía que éste era tan sólo uno de los pasos a dar, ya que empezaba adarme cuenta de que necesitaba encontrar una buena forma de pasar el resto de mi vida en la Tierra. Tenía claro que podría resultarme difícil porque aún sabía muy poco del mundo, y también sabía que ser «únicamente» una esposa no era la respuesta para mí, especialmente porque Idabel se encargaba de la casa y no teníamos niños que me ocuparan el tiempo. Al principio volví a hacer un intento en el negocio de los libros. Mi marido, que había pasado la mayor parte de sus años escolares haciendo novillos para ir a la biblioteca pública a leer, había reunido una excelente colección pero bajo mi punto de vista seguía más interesado en comprar y leer libros que en venderlos. A pesar de todo y a base de luchar, fuimos saliendo
adelante y el dinero no constituía un problema serio; generalmente, mi padre estaba dispuesto a ayudamos si realmente necesitábamos

algo.

Aunque el negocio de los libros era claramente el lugar adecuado para mi marido, estaba también muy claro que no lo era para mí. Iba a la librería cada vez con menos frecuencia y cuando lo hacía, generalmente

discutía con él. Parecíamos incompatibles en los negocios y empecé a sentirme atrapada en una situación crítica, sin tener una idea clara de cómo salir de ella.

Durante algún tiempo parecía como si mi búsqueda terrenal fuera a acabar igual que la celestial, y sin embargo, a pesar de mi depresión, me daba cuenta de que era muy libre de hacer lo que quisiera. Mi marido me apoyó activamente, animándome a que planificara mi carrera profesional independiente y mi padre me indicó que correría con los gastos que supusiera mi formación. Mi problema parecía ser que no podía tomar una decisión sobre lo que quería hacer. Era evidente que no iba a ser la gran novelista que de joven había visualizado. Seguí considerando una serie de caminos profesionales, principalmente en mi fantasía y sin tomar en serio la posibilidad de emprender una formación realista. De hecho, en aquellos momentos, hacía ya diez años que había dejado la universidad y me daba mucho miedo volver. La verdad es que le tenía pánico al fracaso.

Mi marido hizo gala de una paciencia excepcional a lo largo de nuestras largas y frecuentes discusiones acerca de mi posible actividad profesional, pero estaba tan indecisa que tardé diez años en tomar una decisión. Incluso después de decidirme a hacerme psicóloga, mis esfuerzos se limitaban a discutir con mí marido, solicitar programas de cursos, y hablar sobre posibilidades de formación con consejeros universitarios. Realmente no sabía de que iba la psicología, tenía sólo una vaga noción de que contendría algunas de las respuestas que yo necesitaba. Por fin me decidí a superar mis miedos e ingresar en la escuela para graduados pagando el precio de no tener una perspectiva clara sobre aquella iniciativa. Volví a estudiar decidida a sacar las mejores notas. Después de haber fracasado en la búsqueda del Cielo estaba absolutamente determinada a triunfar en la Tierra.

Aunque Helen consideraba concluida su búsqueda de Dios, el tema de

la religión seguía siendo importante en su vida. A medida que se fue implicando más en sus estudios de psicología, se fue armando de «hechos» y «herramientas» científicas que resultaron ser los argumentos que necesitaba para superar los últimos restos de superstición que le quedaban. Sentía que ahora podía encarar las cosas de forma muy realista. Estos mismos hechos fueron la base sobre la que fue cambiando, lenta y progresivamente, su sistema de creencias pasando de un agnosticismo desimplicado a un ateísmo iracundo. De hecho, incluso antes de obtener el doctorado, estaba no sólo preparada, sino ansiosa de pelearse con cualquiera que tuviera pensamientos que estuvieran, aunque sólo fuera remotamente, teñidos de ideas religiosas.

A pesar de, o quizás debido a su actitud, comenzaron a ocurrirle una serie de sucesos sorprendentes. El primero de ellos ocurrió una fría tarde de invierno cuando Louis y ella iban en metro a visitar a unos amigos. Helen detestaba el metro, y el hecho de tener que esperar al tren durante un cuarto de hora en medio del intenso frío no le hacía sentirse muy animada. Cuando por fin llegó, estaba abarrotado de gente y no había sitio donde sentarse. Una vez que consiguieron asiento, se sintió particularmente enfadada y victimizada porque Louis se sumergió en su periódico, olvidándose por completo de su «sufrimiento». Cuando miró a su alrededor, todo lo que veía era gente sucia y andrajosa; al otro lado del pasillo, un niño con una barra de caramelo en la mano pringaba la cara de su madre, dejándole la mejilla manchada de chocolate. Otro niño, unos lugares más adelante, recogía un chicle del suelo y se lo metía en la boca, mientras que al final del vagón

un grupo de ancianos medio borrachos discutían en voz alta. Helen cerró los ojos asqueada y sintiendo dolor de estómago.

Entonces ocurrió algo sorprendente.

Una luz cegadora pareció encenderse detrás de sus ojos y llenar
completamente su mente. Sin abrir los ojos le pareció ver una figura,
que supo que era ella misma, entrar en la luz. La figura parecía saber con exactitud lo que hacía; se paró y se arrodilló tocando el suelo con los codos, las muñecas y la frente en lo que parecía ser una expresión oriental de profunda adoración. Más tarde, la figura se levantó, se puso a un lado y se arrodilló de nuevo, haciendo esta vez descansar su cabeza como si la apoyase en una rodilla gigante. Pareció ser rodeada

por el perfil de un enorme brazo y desapareció. La luz se hizo aún más brillante y Helen sintió que el amor más intenso fluía a través de ella, era un sentimiento tan poderoso que se quedó boquiabierta y abrió los ojos.

Vio la luz tan sólo un segundo más en el que sintió aquella misma intensidad de amor por todos los pasajeros. Después, la luz desapareció y Helen volvió a la vieja realidad fea y sucia. El contraste le conmocionó y tardó varios minutos en recuperar la compostura. Después cogió dubitativamente la mano de Louis.

«No se como explicarlo —dijo con voz temblorosa—, es muy difícil de describir... pero, bueno.» Dudó un momento sin saber qué decir. «Bien ... he visto una gran luz y muchas olas de amor que salían de ella, y al abrir los ojos sentía amor por todos. Después desapareció todo... el sentimiento, todo. No entiendo lo que me ha pasado.»

Louis que había estado en contacto con escritos místicos durante años no pareció sorprenderse mucho.

«No te preocupes -le dijo reconfortante-. Es una experiencia mística muy común, no vuelvas a pensar en ella», y volvió a su periódico.

Helen siguió su consejo pero sin conseguirlo del todo. Aunque no
volvió a pensar en ello seriamente durante años, la experiencia permaneció en algún lugar de su mente, esperando captar su atención cuando le volviera a pasar algo parecido. Entretanto continuó con sus estudios y su ateísmo permaneció inalterable.

Helen recibió el doctorado en 1957 y fue elegida como miembro honorario por Sigma XI, la Sociedad Científica Nacional. Inmediatamente le fueron ofrecidas una serie de oportunidades sin haberlas buscado. La universidad remitió una solicitud de beca para ella basada en su tesis doctoral, y su financiación fue aprobada. El proyecto funcionó y el director del departamento le propuso un puesto de profesora. Entonces ella volvió a remitir nuevas propuestas con lo que su suerte cambió, y al ser rechazadas se encontró sin trabajo.

Helen sabía que con los excelentes contactos de que disponía, no le costaría mucho que le ofrecieran otro puesto. Sin embargo estuvo varias semanas sin hacer nada recriminándose amargamente su mala suerte y sintiéndose cada vez más miserable entre tanto. Finalmente reconoció que no estaba manteniendo una posición muy razonable y cogió el teléfono para llamar a uno de aquellos amigos que pensaba

que podrían ayudarle. Éste inmediatamente le proporcionó una lista de posibilidades prometedoras. Helen iba a intentar contactar con el primer nombre de la lista cuando su amigo volvió a llamar:

—Olvídate de la lista que te di -dijo enfáticamente-. ¿Conoces a Bill Thetford?

—Nunca he oído hablar de él —contestó Helen.

—Llámale ahora mismo —continuó su amigo—; es el director del departamento de Psicología del Hospital Presbiteriano.
Este es su número, y cuando hables con él, dile que eres la persona que estaba buscando.

Helen no tenía ningún deseo especial de trabajar en un entorno médico y lo que le habían dicho acerca del trabajo no era muy atrayente. A pesar de todo, cogió el teléfono y llamó a Bill Thetford.
A la mañana siguiente, a las diez, se presentó en el hospital para asistir a la entrevista que había concertado con Bill, y cuando entró en su despacho, la primera vez que lo vio, hizo para sí misma un comentario silencioso que no pudo comprender: «Ahí está -se dijo-. Ese es el hombre al que tengo que ayudar.

CAPÍTULO 3

EL siguiente lunes, cuando Helen llegó al hospital para comenzar a trabajar, Bill no sabía muy bien qué hacer con ella. El programa aún no tenía asignado un espacio de trabajo y él ni siquiera sabía cómo ponerlo en funcionamiento.

Logró encargar un escritorio para ella y colocarlo en una esquina dentro de un espacio libre que había junto a su oficina. Este sería el cuartel general de Helen durante los dos meses siguientes.

Si Bill no disponía de espacio adicional para Helen y el resto del personal contratado, no era porque no lo hubiera solicitado; lo había intentado por todos los medios pero simplemente no conseguía que, desde el Decanato hacia abajo, nadie tomase una decisión. Si hubiera sabido que esa forma de pasarse la pelota "unos a otros era típica de lo que iba a encontrarse en casi todos los aspectos de su trabajo en el Centro Médico, probablemente hubiera dimitido de inmediato. Sin embargo, no sabía que este tipo de comportamiento era el habitual, así que decidió abrirse camino hasta encontrar a alguien con la autoridad necesaria para aprobar al menos uno de los dos planes que había diseñado.

Una de las razones por las que Bill se encontraba con tantos problemas frustrantes era la de que era responsable ante cinco directores específicos diferentes: el presidente del departamento de Psiquiatría, el presidente del Hospital, el vicepresidente encargado de asuntos profesionales, el decano del Colegio de Médicos y Cirujanos y el presidente de la Universidad de Columbia, así como ante otros varios vicepresidentes de servicios especiales. Como resultado de esta situación era casi imposible terminar los trabajos, por no hablar de concluirlos de forma expeditiva. Sin embargo, uno de sus trabajos era precisamente el de hacer los cambios

necesarios para resolver muchos de los problemas que se habían ido multiplicando a lo largo de los años. A cada paso que daba, sin importar lo que tratara de conseguir, encontraba una enorme oposición de los profesionales médicos y del personal administrativo que siempre estaban luchando por preservar y ampliar sus propios dominios.

Además, el departamento de Psicología, una sección del de Psiquiatría, era uno de los que menos prioridad tenía en todo el hospital ya que era un departamento que despertaba muy poco interés antes de la llegada de Bill y los salarios del personal profesional de aquel departamento era menores que los de las secretarias. Aunque Bill sintió que sería importante reemplazar a diversas personas que no tenían la formación adecuada, era virtualmente imposible encontrar personal cualificado que los reemplazara con el nivel salarial que el hospital ofrecía.

Estos eran algunos de los problemas que Bill tenía cuando Helen entró en el departamento, y en poco tiempo se hizo una idea precisa de cual era situación. Pasaron dos meses antes de que al proyecto le fuera fijado un espacio de trabajo y para entonces, Helen, que aún seguía en el rincón que Billle había asignado «temporalmente» el primer día, estaba a punto de dimitir. Sin embargo, en vista de cómo se desarrollaron posteriormente los acontecimientos parece que la elección no le correspondía tomarla a ella; este era el lugar donde debía permanecer.

En un principio, incluso en el nuevo espacio, Helen encontró el trabajo horrible. La situaron en un edificio diferente al de Bill, con quien colaboraba muy estrechamente, y encima el trabajo era aburridísimo y se sentía en la peor situación de su vida. Además de lo rutinario del trabajo, Helen sintió enseguida a su alrededor una atmósfera de sospecha y ambición a la que no se había enfrentado anteriormente.

Además, Helen y Bill tenían un problema aún más serio: aunque se respetaban profundamente, cada uno de ellos provocaba lo peor del otro. Esto se hizo más evidente a medida que fueron pasando los meses y no hizo sino añadir más tensión a sus vidas respectivas. Parecía que hicieran lo que hicieran, trabajar juntos en la propuesta de una beca o decidir donde ir a comer, no había manera de llegar a alcanzar acuerdos fácilmente.

A pesar de ello, o quizás debido a ello, ambos sabían que necesitaban la ayuda y el apoyo del otro para arreglárselas con la multitud de problemas que juntos

debían enfrentar en el campo profesional. Era evidente para los dos que debían intentar hacer algo para cambiar los sentimientos de hostilidad y resentimiento que parecían estar grabados en toda la gente con la que tenían que tratar. Si no hubieran tenido la esperanza de cambiar el entorno, ambos hubieran buscado otro lugar de trabajo más pacífico. Acordaron intentar resolver juntos los problemas del departamento. En un principio dedicaron sus esfuerzos a hacer propuestas de concesión de becas para intentar atraer recursos financieros a muchas de las áreas que esta

ban bajo la responsabilidad de su departamento, pero el resultado fue descorazonador. Aunque no ponían en duda su objetivo común, parecía que Bill no podía escribir un párrafo que Helen no quisiera cambiar ni Helen podía hacer una sugerencia sin que Bill la cuestionase con determinación.

El trabajo mismo era agotador y sus actitudes conflictivas lo hacían aún más extenuante. Trabajaban por la noche y los fines de semana, y cuando no estaban juntos, discutían por teléfono. A medida que pasaba el tiempo, parecía que los avances producidos por sus esfuerzos eran muy pequeños; seguían discrepando respecto a la política a seguir y su relación personal no mejoraba.

El volumen de personal era enorme, con lo que Bill estaba sometido a una tremenda presión tan sólo para que las cosas no funcionaran peor que antes. A pesar de sus concentrados esfuerzos por trabajar en pro de un objetivo común, su relación personal reflejaba la tensión a que se hallaban sometidos. Para empezar tenían poco en común: Bill, catorce años más joven que Helen, era básicamente una persona optimista que a pesar de los formidables obstáculos que enfrentaba, mantenía la creencia subyacente de que existía una salida ante cualquier situación difícil y que con perseverancia siempre se podía hallar. Por otro lado, Helen era una persona ansiosa casi hasta el paroxismo y aunque intentaba mantener una fachada de alegría, su pesimismo subyacente y su inseguridad siempre acababan por aflorar. Además, ambos trataban sus problemas interpersonales de forma diferente: Bill tendía más a retirarse cuando percibía que una situación se volvía absorbente o forzada, mientras que Helen tendía a implicarse totalmente y como resultado acababa sintiéndose atrapada, resentida y obligada. De esta forma, a medida que su interdependencia había ido en aumento, también cada uno de ellos tenía más ira contenida hacia el otro porque ninguno de ellos cedía en su actitud y los genuinos intentos de cooperación que a veces surgían por parte de uno o de otro, eran dificultados por el rencor mutuo que sentían.

A pesar de que sus sentimientos personales fueran de este tipo, compartían una sensación de compromiso común

que impedía la renuncia de Helen e impulsaba a Bill a proteger su futuro. Cuando al proyecto original por el que Helen pudo ser contratada se le retiró la prioridad, reduciéndose su volumen, Bill asignó a Helen el único puesto vacante que estaba bajo su control directo, asegurándole de esta forma la continuidad laboral.

En 1963, el presidente del departamento designó a Bill para el comité de planificación de las investigaciones, un grupo cuya responsabilidad era la asignación del espacio en el nuevo edificio de investigación que iba a ser

construido. Este fue un honor especial para Bill, algo que no se le había ofrecido nunca con anterioridad ni se le volvería a ofrecer. Al tener por primera vez la oportunidad de crear espacio de oficinas para su propio uso, Bill planificó la creación de dos despachos y una secretaría en una remota sección del edificio, lejos de las zonas de mayor tránsito. En un principio, no supo porque había ordenado crear dos despachos pues no había razón para ello. Como diría años después: «No me daba cuenta de lo necesario que era que Helen y yo estuviéramos juntos».

En verano de 1965 se terminó de construir el nuevo edificio y estaba listo para ser ocupado. En medio de las luchas personales y profesionales, Bill se las arregló para trasladarse al nuevo edificio e hizo que Helen se trasladara al despacho contiguo al suyo. Aunque sus dificultades a nivel psicológico se mantenían, los obstáculos físicos a su trabajo en común habían sido eliminados.

Una tarde, justo antes de la reunión semanal del equipo de investigación a la que ninguno de ellos quería asistir debido a la competencia salvaje que solía aflorar en aquellas reuniones, ocurrió algo: Bill entró en el despacho de Helen, y obviamente quería decir algo que le costaba expresar. Al fin respiró profundo, se ruborizó ligeramente, y soltó su discurso. Más adelante admitió que sus palabras sonaban triviales y sentimentales y que no esperaba una respuesta favorable de Helen, pero a pesar de todo dijo lo que sentía que tenía que decir: había estado dando vueltas a las cosas y había llegado a la conclusión de que sus actitudes estaban

equivocadas. Y continuó: «Debe haber otra forma de hacer las cosas. Nuestras actitudes son tan negativas que no podemos resolver ningún problema», y concluyó diciendo que había decidido intentar mirar las cosas desde otro punto de vista.

Muy en concreto propuso intentar mostrar una actitud diferente aquel mismo día en la reunión. Él no se enfadaría, y estaba determinado a contemplar al lado constructivo de lo que la gente decía y hacía. Estaba determinado a cooperar en vez de competir y añadió que obviamente habían estado llevando una dirección equivocada y que era el momento de encontrar una nueva. Fue un discurso largo y además se expresó con una vehemencia fuera de lo común. Al acabar, esperó con cierta incomodidad la respuesta de Helen pero ésta no fue la que esperaba: se puso de pie de un salto diciendo a Bill con convicción que tenía razón y que ella también intentaría mostrar una actitud diferente.

A cierto nivel, esta unidad de propósito representaba un compromiso real sin precedentes en su relación, y pareció ser la señal de una serie de sucesos destacables que ocurrieron durante el verano de 1965.

La reunión del personal en la que Bill comenzó con su nueva estrategia empezó de forma parecida a otras docenas de reuniones similares a las que habían asistido a lo largo de los años, pero a medida que los distintos puntos de vista eran defendidos o atacados, algunos de los participantes sintieron una sutil diferencia en el ambiente general de la sala. Allí donde Bill antes se hubiera defendido, ahora simplemente escuchaba y proponía tomado en consideración. Cuando algunos miembros del personal se justificaban por no haber finalizado su trabajo, se aceptaban sus excusas con la esperanza de que en un futuro el individuo en cuestión no estuviera tan sobrecargado de trabajo. De forma sorprendente para Bill, sus respuestas parecían generar repuestas similares en los demás participantes.

Aunque no se lograran innovaciones significativas en las relaciones personales a lo largo de las primeras semanas de su búsqueda de una «forma mejor de hacer las cosas», Bill Y Helen notaron un ambiente claramente menos agresivo en las reuniones a las que asistían, y para el final del verano, la atmósfera en cuanto a relaciones personales en todo el departamento había cambiado casi completamente. Las tensiones disminuían, los antagonismos desaparecían. Muchos de los miembros del personal que no tenían la formación adecuada se fueron del departamento (de forma amistosa) y entretanto gente mucho más competente se presentaba para reemplazada de forma casi inmediata. Los esfuerzos de Bill y de Helen no siempre eran consistentes, incluso a veces no los hacían con mucha convicción, pero el compromiso de fondo permanecía inamovible y no cabe duda de que sus esfuerzos ayudaron a producir algunos resultados importantes. En el espacio de tres meses, el departamento dio señales de funcionar de forma más suave, y la moral empezó a mejorar hasta el punto que Bill se dio cuenta de que la gente se sonreía de vez en cuando.

Sin embargo sus primeros esfuerzos por mejorar su relación mutua no tuvieron éxito. Aunque intentaban ser comprensivos y compasivos, a menudo los obstáculos psicológicos que enfrentaban eran demasiado grandes para poder superarlos. Así, mientras las relaciones con los

miembros del departamento y de otros departamentos siguieron mejorando drásticamente, entre ellos mismos aún experimentaban estallidos de total antagonismo. Y aunque luego llegasen a reconocer que éste era infundado, sabían con mucha claridad que aún les quedaba mucho trabajo por hacer si habían de superar aquellas respuestas casi paulovianas a las que se habían acostumbrado.

Mientras intentaban asiduamente poner las cosas al derecho entre ellos, Helen comenzó a notar cambios en sus «imágenes mentales»,

esas imágenes que había estado viendo de vez en cuando durante toda su vida. Las «fotografías» en blanco y negro comenzaron a aparecérsele en color y en movimiento y además en secuencias significativas. Sus sueños comenzaron a tener las mismas características y a menudo continuaban con el tema comenzado antes de dormir.

Entre junio, cuando Bill y yo hicimos el compromiso de cambiar de actitud, y octubre, tres líneas más o menos claras de secuencias de fantasía y sueños alcanzaron mi atemorizada conciencia. Aunque se superponían hasta cierto punto, las describiré por separado esperando que así se comprendan más claramente. No se si eran representaciones simbólicas, como las imágenes oníricas, o si de alguna manera estaban asociadas a hechos reales.

Las observaba como si fueran películas y me sentía más como una espectadora de ellas que como partícipe, incluso cuando contemplaba una figura que sabía que era yo misma.

La primera de las tres series fue introducida por una imagen femenina desconocida, totalmente envuelta en su vestimenta, arrodillada y con la cabeza inclinada hacia adelante; llevaba las muñecas y los tobillos atados con pesadas cadenas. Junto a ella, en un trípode, había un gran brasero metálico del que salía un fuego que se elevaba por enncima de su cabeza. Parecía ser algún tipo de sacerdotisa y el fuego parecía estar conectado con algún tipo de antiguo rito religioso. Esta figura se me apareció recurrentemente, cada día durante varias semanas, aunque cada vez podía distinguir en ella algún cambio. Se le fueron cayendo las cadenas y fue levantando la cabeza. Muy lentamente se fue poniendo de pie y sólo le quedaba un trozo de cadena muy corto atado a su muñeca izquierda. El fuego refulgía con un brillo desacostumbrado a medida que se levantaba. Yo no estaba preparada para las profundas emociones que las imágenes despertaban en mí y tampoco las entendía.

Cuando la figura de la sacerdotisa levantó los ojos y me miró, me sentí muy atemorizada. Estaba segura de que su

rostro expresaría ira y sus ojos estarían llenos de desprecio hacia mí. Las primeras veces que apareció, miré hacia otro lado, rehuyéndola, pero al final decidí mirarle directamente a la cara
y al hacerla, se me llenaron los ojos de lágrimas. Su rostro era suave y estaba lleno de compasión, y sus ojos eran indescriptibles. La palabra con que mejor se la pude describir a Bill era la

de «inocente». Ella nunca vio en mi lo que yo tanto temía que encontrara, nada que la hiciera condenarme. La amaba tanto que literalmente caí de rodillas ante ella. Más adelante traté de unirme a ella cuando se hallaba junto a mí, ya fuera deslizándome a su lado o tratando de acercarla a mí, pero no lo conseguí.

Mi siguiente reacción fue aún más peculiar; repentinamente me sentí bañada por una ola de alegría tan intensa que casi no podía respirar. Pregunté en voz alta: «¿Significa esto que puedo recuperar mi función?». La respuesta, silenciosa pero muy clara fue: «¡Desde luego!». No hubiera creído posible que existiera una felicidad como la que esa respuesta provocó en mí y durante un rato repetía: «¡Es maravilloso! ¡Es maravilloso!». No parecía caber ninguna duda sobre el hecho de que había una parte de mí que me era desconocida pero que entendía con exactitud el significado de todo aquello. Era un tipo de conciencia escindida que llegaría a serme muy familiar más adelante.

Al igual que la primera, la segunda serie de imágenes me llegaba más bien como breves percepciones que como fantasías, y a veces también se me mostraban en sueños en los que aparecíamos tanto Bill como yo en distintas relaciones. La cronología real era muy confusa: situaciones aparentemente muy antiguas se mezclaban con otras casi contemporáneas. En la primera imagen de la serie, me veía en una barca remando frenéticamente pero sin llegar a ninguna parte. Mirando a mi alrededor identifiqué el lugar como Venecia y la barca era una góndola. Cerca de mí había un hombre alto y delgado, muy parecido a Bill, apoyado en un poste rayado que emergía del agua. Tenía los brazos cruzados y me miraba con seriedad burlona. Estaba segura que era Bill vestido. de gondolero pero tenía lentejuelas brillantes en el traje. No se movía ni hablaba. Poco después me di cuenta de que la góndola estaba atada al muelle con una gruesa cuerda. Era una situación estúpida; había estado

haciendo un gran esfuerzo para conseguir lo imposible. Bill no me ayudó, pero su sonrisa no era malévola.

Los siguientes sucesos de la serie, evocaban otros sentimientos diferentes. Bill apareció otra vez como torero con un traje espectacular, dorado de arriba a abajo. Tenía la ligera sensación de que había un ruedo en el fondo pero no estaba nada claro. En su siguiente aparición, era un brujo; llevaba plumas en los tobillos y en las muñecas y estaba vestido con una falda de ar-

pillera y un imponente tocado de plumas blancas y piedras brillantes. Yo vestía una simple falda tejida a mano. Ambos éramos negros y estábamos en un claro en medio de la espesa selva. Parecía haber venido a pedirle ayuda y él respondía a mi petición con un extraña danza, acompañada de fuertes gritos en una lengua que no entendía. Al principio me sentí reconfortada, pero después tuve miedo y le pedí que se detuviera. No parecía oírme en medio del ruido que hacía con sus toscos instrumentos de madera y los tambores que sonaban de fondo. Salí gateando aterrorizada, con las manos sobre las orejas en un frenético esfuerzo por no oír aquellos sonidos. No miré atrás.

El siguiente episodio en el que aparecíamos Bill y yo parecía ser una historia dentro de otra historia. Uno de los temas se extendía en diversas fases antes de llegar a su macabra conclusión. Yo era una sacerdotisa en lo que parecía ser un templo egipcio, aunque creo que podría haber sido aún más antiguo.

Había enormes piedras vagamente alineadas a los lados y detrás del edificio pero no las divisaba con claridad porque el interior estaba muy oscuro. Incluso en aquella oscuridad podía distinguir que el templo era imponente. El altar, que era el único lugar intensamente iluminado del edificio era particularmente espléndido. Estaba iluminado por una luz muy brillante cuyo foco no pude identificar. Joyas magníficas resplandecían a su alrededor, y su superficie de piedra lisa y pulida reflejaba la luz como un espejo. La gran sacerdotisa llevaba un vestido muy elaborado y tenía puesta una corona en la que faltaba la piedra central. .

En el primer episodio de la serie, yo estaba de pie ante el altar inclinada sobre Bill que yacía en el suelo casi desnudo. Tenía una punta de lanza en la mano y su filo descansaba sobre la frente de Bill, entre sus ojos. Después me fueron llegando diversas imágenes retrospectivas de cómo se había producido aquella primera escena: había habido una rebelión de esclavos y yo iba a matar a Bill, el líder de la revuelta, que se las

había ingeniado para robar el gran rubí central de la corona de la sacerdotisa.

No era un rubí ordinario porque daba a quien lo llevara puesto poderes mágicos. El ladrón había de morir para que los poderes volvieran a la sacerdotisa, cuya religión era la del poder y la esclavitud. Rebelarse contra ella era ir en busca de la muerte.

Entonces ocurrió algo inesperado. Era consciente de albergar intensos sentimientos de rabia y revancha mientras me preparaba para incrustar la punta de lanza entre los ojos de Bill. Él no parecía especialmente atemorizado, simplemente miraba y esperaba. Yo me iba tensando a medida que me preparaba para clavarle la punta de lanza. Entonces tuve un momento de duda y supe que todo había acabado para mí, Bill viviría y yo iba a morir. Cuando solté la punta de lanza mi muerte estaba asegurada. En la escena final de la serie, yo estaba sola y me hallaba en el escalón más alto de una larga escalera ante una enorme puerta cerrada con candados. Estaba fuera del templo, mi corona y mi vestido dorado habían desaparecido, vestía un amplio vestido blanco manchado por los lados y con el cuello roto. Ante mí no había más que desierto, el viento arrojaba arena en mi cara y podía ver huesos blancos esparcidos a cierta distancia por los alrededores; los míos pronto acabarían también allí. Me maldije amargamente por haber permitido que esto ocurriera, la cólera literalmente me hacía temblar. Según iba descendiendo por la escalera la sed ya mordía mi garganta y podía oler la muerte en el aire.

El efecto emocional de este episodio fue intenso y duradero. Todavía me sentía enfadada cuando desaparecieron las imágenes y a la mañana siguiente tuve un estallido de rabia al contárselo a Bill, especialmente cuando le dije lo del robo del rubí. Era como si estuviera ocurriendo de nuevo. Ante mis ojos emergió una imagen del hermoso rubí con sus destellos rojizos y por un momento la escena se convirtió en realidad para mí. Una vez más me regañé a mi misma por dejarme morir por un esclavo rebelde, por un simple ladrón. Apenas podía contener mi furia hacia Bill que, comprensiblemente, se sentía molesto. Yo también lo estaba y la intensidad de mi enfado nos sorprendió a ambos. El siguiente episodio de la serie tardó en aparecer; era como si me tuviera que recuperar un poco antes de continuar. Afortunadamente, la siguiente entrega fue distinta aunque tampoco acabó bien para mí.

Bill, un monje franciscano con hábito marrón y sandalias, leía en silencio un librito según daba vueltas al claustro de un monasterio que rodeaba a un pequeño jardín, verde y muy cuidado. En medio de él había una preciosa fuente en la que se bañaban los pájaros y a su alrededor, en cuadros sobre la hierba, crecían filas de flores de vivos colores. No estaba segura de la

época en que se desarrollaba la escena pero el monasterio parecía estar en España. Yo iba vestida de negro y caminaba despacio por el claustro hacia Bill. Tenía la cara cubierta por un velo, mantenía la mirada baja y las manos juntas como si rezase. Cuando llegué ante Bill me arrodillé como una penitente y humildemente le pedí perdón. Él no me miró. Sentí un arrebato de cólera y me levanté acusándole de ser un desalmado. No pareció oírme y simplemente continuó leyendo sin apartar los ojos del libro. Me retiré enfadada e impotente y la imagen se disolvió lentamente dejando la situación inconclusa.

La siguiente escena en orden de aparición parecía ser tan antigua que se remontaba a los orígenes del tiempo. Yo era de nuevo una sacerdotisa pero esta vez de un tipo totalmente diferente. Esta sacerdotisa se parecía mucho a la de los ojos inocentes que había visto liberándose de sus cadenas para emerger a la libertad. Se escondía del mundo en un pequeño templo de mármol blanco erigido en medio de un amplio y verde valle. No estaba segura de que su cuerpo fuera totalmente sólido; de hecho, lo que podía distinguir era la silueta de una mujer pequeña y delgada vestida de blanco, que nunca se asomaba al mundo más allá de la puerta de una pequeña habitación que contenía un altarcito de madera lisa. Sobre él ardía una pequeña llama de la que salía una columna de humo blanco. La sacerdotisa se mantenía cerca del altar sentada en un banco de madera y rezando con los ojos cerrados por aquellos que venían a solicitar su ayuda.

En alguna ocasión pude ver el valle alrededor del templo. Unas veces parecía no haber nadie allí, pero otras había una enorme columna de gente desfilando muy alegremente. La columna parecía extenderse indefinidamente en ambas direcciones y pude sentir la profunda sensación de libertad y unidad que cada uno de aquellos individuos sentía al avanzar hacia una victoria segura. No sabía cómo les ayudaba la sacerdotisa pero de alguna manera, sentía que sus plegarias suponían una contribución esencial. También estaba segura de que la

gente venía a pedirle ayuda de todas partes y, de hecho, algunos desde muy lejos. Sin embargo, no le hablaban directamente; se arrodillaban en una repisa a lo largo del muro que separaba el interior del templo del exterior y exponían sus necesidades a un hombre que parecía servir de intermediario entre la sacerdotisa y el mundo. Él se quedaba en un amplio es-

pacio cerrado que separaba a la sacerdotisa de la gente que pedía ayuda y hacía llegar sus necesidades hasta ella.

Durante algún tiempo no pude ver la cara del hombre y tardé aún más tiempo en reconocer que era Bill. Él jugaba una parte fundamental en el hecho de permitir a la sacerdotisa cumplir su función: cuando la gente le decía lo que necesitaba, él iba a la puerta de su habitación y simplemente decía que había habido una petición de ayuda; sólo decía que había un hermano pidiendo ayuda y él la solicitaba en su nombre. La sacerdotisa nunca preguntaba el nombre de nadie, ni los detalles de las peticiones. Siempre rezaba de la misma manera, sentándose en silencio junto a la llama del altar. Nunca pensó que se pudiera negar ayuda a nadie: ella siempre estaba junto a Dios y mantenía la pacífica certidumbre de su Presencia allí con ella. Estaba segura de que era yo, y simultáneamente no lo estaba tanto. Lo que sí era completamente cierto es que yo la contemplaba con mucho amor.

De nuevo, el siguiente episodio supuso un cambio dramático. Bill y yo éramos esclavos en lo que parecía ser América en el siglo XIX. Estábamos casados aunque yo sentía un profundo desprecio por él. Él era más viejo, de piel mucho más oscura y muy religioso aunque de un forma bastante ingenua. Yo no encontraba justificación a su fe infantil en Dios. También confiaba en mí de forma igualmente inocente y yo sabía que esta fe no estaba justificada. La historia era bastante borrosa pero pude hacerme con una serie de datos de lo que estaba ocurriendo. Yo era casi blanca y completamente amoral. Gustaba a los hombres blancos y comerciaba con sus favores. Había hecho un acuerdo por el que yo ganaba mi libertad a costa de Bill. No le oculté mis planes, de hecho, me gustó contárselos. Él no me culpaba ni trataba de interferir. Le di la espalda y salí bruscamente pero la tristeza de sus ojos permaneció en mi recuerdo.

La serie acababa con una nota final de realización, incluso de gloria. Me hallaba en una habitación en lo que parecía ser el piso más elevado de un edificio eclesiástico. Bill, sentado ante un gran órgano

antiguo, tocaba el Aleluya de Haendel mientras su cara resplandecía de alegría. Habíamos alcanzado nuestro objetivo; yo estaba ante un altar de madera marrón sobre el que se destacaban dos palabras, una debajo de la otra. No podía imaginar un par de palabras menos apropiadas para estar juntas. La palabra de arriba era «Elohim» y aunque entonces no

conocía su significado, más tarde aprendí que es uno de los nombres de Dios en hebreo. La otra palabra, «Evoe», la identifiqué con el grito de los adeptos griegos de Dionisos cuando celebraban sus ritos.

Mientras miraba las palabras, un rayo que venía de la parte posterior de la iglesia golpeó en el altar y borró la segunda completamente. Sólo quedó «Elohim» escrito en brillantes letras de oro. El tono del Aleluya fue en aumento, y una figura refulgente de luz que inmediatamente reconocí como Jesús salió de detrás del altar y se aproximó hacia mí. Comencé a arrodillarme ante él, pero él rodeó el altar y vino a arrodillarse a mi lado ante el altar. Bill se levantó y fue a arrodillarse al otro lado de la figura y entonces una voz con la que me iría familiarizando cada vez más, dijo con palabras silenciosas pero claras: «Ese altar está en ti». El impacto emocional de esta conclusión fue tan fuerte que rompí a llorar.

La tercera serie de imágenes, que se presentó de la misma forma que las anteriores, duró más tiempo y fue apareciendo en forma progresiva. A través de esta serie de imágenes, una figura masculina de identidad incierta surgía de vez en cuando para ayudar. Generalmente no podía reconocerlo, a veces pensaba que podía ser Bill y otras vagamente sospechaba que podía ser Jesús. Esta serie empezó de forma parecida a la anterior y de forma menos evidente que la primera. Vagando por las orillas de un lago, llegué a un bote vacío que estaba volcado hacia un lado. Estaba fuertemente sujeto por gruesas cuerdas atadas a un ancla profundamente hundida en el barro que también cubría parte del bote. Evidentemente, había sido abandonado hacía años.

Sabía que no podría soltar la barca sin ayuda pero a pesar de todo me sentí obligada a intentarlo. Tiré inútilmente de las cuerdas que eran tan pesadas que apenas si *podía levantarlas. Además, me resbalaba en el barro y me caía una y otra vez. Pedí ayuda a gritos pero no había nadie que pudiera oírme, el lugar parecía desierto. La situación era frustrante, yo me*

daba cuenta de la importancia de soltar la barca pero también era consciente de mi incapacidad para hacerlo. Entonces me llegó la respuesta: lo había estado haciendo de forma equivocada.

«Evidentemente —me dije a mí misma—, hay un potente equipo para recibir mensajes y trasmitirlos, aunque no haya sido usado durante años aún funciona y es la única manera

que tengo de conseguir ayuda». En este punto finalizó el primer episodio.

Después pasaron algunas cosas que no estaban muy claras, apareció un hombre de alguna parte y juntos arrastramos el ancla sacándola del barro, enderezamos la barca y finalmente la pudimos meter en el agua. Entonces comenzó a moverse aunque al principio el ancla aún tiraba un poco. Pasado un rato la barca fue ganando velocidad y pareció tomar una dirección definida. No sabía a donde se dirigía pero aparentemente no necesitaba saberlo, parecía que el hombre que venía conmigo lo sabía yeso era suficiente.

Después de un rato el agua comenzó a estar picada y yo empecé a tener miedo. Afortunadamente, en el siguiente episodio el hombre apareció vestido para la ocasión: llevaba un impermeable amarillo, casco y botas. Yo conducía erráticamente cuando llegó y tomó el timón.

—Ve allí y siéntate —me dijo en tono firme pero amistoso—. Viene una oleada de mal tiempo, así que yo conduciré mientras dure y luego te paso el timón.

Me senté en un banco en cubierta sintiéndome un poco incómoda.

—Quizá deberíamos llamar pidiendo ayuda -sugerí tímidamente— Creo que hay un equipo receptor y transmisor muy bueno ahí dentro. Quizá podríamos usarlo.

—Mantente alejada de él por el momento —contestó el hombre con firmeza—. No estás preparada para usarlo y sólo te causaría problemas. Cuando lo estés, yo te avisaré pero entretanto no te preocupes, lo superaremos.

Observé confiada como llevaba el barco con gran habilidad a través de un estrecho corredor y en medio de una tormenta. Enormes olas alzaban la proa y la lluvia caía sin cesar del negro cielo. Curiosamente ni siquiera me mojé. Gradualmente fuimos entrando en aguas más tranquilas y volví a encontrar el timón de nuevo en mis manos.

El hombre volvió a aparecer la siguiente vez recostado en un lado de la barca, cómodamente vestido con pantalones cortos y camisa veraniega de cuello abierto. El tiempo era cálido y soleado, el agua

suave, y resultaba fácil navegar. Estábamos de pie junto al timón charlando; me di cuenta de que él llevaba una cadena de oro alrededor del cuello de la que colgaba un símbolo dorado que no me era familiar. Pensé que podía ser una letra

hebrea y recordé algo: «Tengo uno igual —dije mirándolo— De hecho, lo llevo puesto.

—Ya lo sabía —respondió el hombre sonriendo.

—Sólo que... —añadí—, el mío va al revés.

—También lo sé —dijo él mientras seguía sonriendo —. En realidad, este también es tuyo. Me lo quedaré un tiempo más pero prometo devolvértelo cuando puedas utilizarlo.

Ambos símbolos, imágenes inversas uno del otro, se grabaron tan claramente en mi mente que más tarde pude dibujarlos en papel. Algún tiempo después me encontré con un amigo mío, erudito judío, y le pregunté si podía reconocerlos. Pareció confundido en un principio y después dijo: «Por supuesto, el símbolo del milagro de la inversión». Tuvo que explicarme su significado: «Cuando Moisés bajo de la montaña donde había hablado con Dios, llevaba unas tablas en las que estaba escrita la palabra de Dios. El milagro era que las palabras podían ser leídas correctamente en ambos sentidos, lo que obviamente hubiera sido imposible si hubieran sido palabras normales». Mi reacción ante esta información fue una mezcla curiosa. Por un lado estaba encantada e impresionada, por otro lado tenía miedo. Todavía no podía creer que los sueños y las fantasías fueran otra cosa que intentos poco realistas de realizar deseos y
por tanto pude deshacerme de mucho de lo que había visto y oído. Sin embargo, esto no me resultó tan fácil de dejar pasar

Helen relataba estas experiencias a Bill y a su marido a medida que le sucedían. A Louis, como a Helen, toda esta situación le producía mucha ansiedad por lo que simplemente dejó de contarle lo que la pasaba. Por otro lado, Bill estaba muy interesado en esta serie de imágenes, lo que no ayudaba a mitigar la ansiedad de Helen; y aunque Bill le proporcionaba mucho apoyo, ella seguía sintiéndose amenazada por aquellos fenómenos. No le gustaban ni los deseaba, y en general le hacían sentirse muy inquieta porque creía que el tipo de imágenes mentales en que estaba implicada era propio de los pacientes psiquiátricos que ella misma atendía. A medida que sus experiencias continuaron,

incluso llegó a decir a Bill que podía estar volviéndose loca y que debía someterse a un examen psiquiátrico.

—¿Por qué no lo dejas estar y permites que suceda? Tengo la sensación de que puede tener algo que ver con aquel discurso que te di sobre intentar encontrar otra forma de tratar las relaciones difíciles —añadió para reconfortada.

Aunque Bill, al igual que Helen, no tenía ningún interés ni conocimiento de nada remotamente relacionado con los fenómenos psíquicos, le pareció obvio que algo paranormal estaba ocurriendo y encontraba el material absolutamente fascinante. Por otro lado, una de las cosas que más le molestaba a Helen era la idea de que todo aquello podría tener algo que ver con lo psíquico, una idea que le aterrorizaba particularmente, aunque lo único que sabía sobre lo «psíquico» era que el conocido profesor de psicología Dr. J.B. Rhine, había hecho algunos experimentos con cartas en la Universidad Duke de Carolina del Norte.

Dada su naturaleza inquisitiva y con el fin de reunir tanta información sobre el tema como le fuera posible para comprender el fenómeno, Bill comenzó a buscar libros sobre los fenómenos psíquicos. Uno de los primeros que leyó fue la biografía de Edgar Cayce. Cayce, considerado el mayor psíquico de América, había muerto en 1945 después de haber vivido una serie de experiencias inexplicables racionalmente durante casi cuarenta años. Sus experiencias fueron transcritas a medida que ocurrían y podían ser estudiadas en la biblioteca de la Asociación para la Investigación y la Iluminación (A.R.E.) en Virginia Beach, una organización para perpetuar las intuiciones y visiones de Cayce.

Cuando Bill habló de Cayce a Helen sugiriéndole que podía interesarle leer el libro que había encontrado, ella se negó rotundamente. Rehusaba admitir que hubiera nada que comentar sobre sus experiencias aunque reconoció a Bill que había una cierta inconsistencia en su actitud. Por un lado sabía que el incidente relacionado con el «milagro de la inversión» era algo sobre lo que no tenía conocimiento intelectual consciente, y sin embargo, no quería ofrecer ninguna sugerencia sobre el modo en que aquella información le pudiera haber llegado.

Bill no se sintió descorazonado por la actitud de Helen y se fue interesando cada vez más en la literatura parapsicológica porque en algún lugar dentro de él sabía que lo que Helen estaba viviendo era extraordinariamente importante para ambos.

Cuando Bill sugirió a Helen que las imágenes que describía podrían estar relacionadas con vidas anteriores, Helen se sintió particularmente molesta:

en primer lugar no entendía cómo Bill, que nunca había creído en la reencarnación, podía seriamente hacer una sugerencia semejante. Y segundo, dada su formación «intelectual» y la gran importancia que condecía a las pruebas científicas, la mera sugerencia de ese concepto le provocaba una reacción burlona. Sin embargo, a medida que sus experiencias con imágenes continuaban, su actitud comenzó a cambiar ligeramente.

55

El siguiente episodio llegó en forma de sueño. Tal como suele ocurrir en los sueños, la barca se había convertido en un automóvil. Yo estaba cruzando un puente en medio del intenso tráfico. Quería torcer a la derecha pero estaba en el carril equivocado y el coche de mi derecha me bloqueaba el paso. Los dos estábamos atascados; teníamos coches por delante y por detrás. Estábamos rodeados por un enorme atasco de tráfico. No encontraba la forma de girar aunque sabía que el hacerla era esencial para mí. Pensé: «Si intento girar me chocaré con el coche de al lado, y si él intenta girar no me dará tiempo de seguirle antes de que los demás coches me bloqueen. Seguí intentando pensar formas de hacer el giro pero todas resultaban inadecuadas y algunas de ellas desastrosas. Entonces me vino la solución: «Lo haremos juntos —pensé, poniéndome muy contenta —. No será ningún problema».

Realicé el giro a la vez que el hombre que estaba a mi lado, fue muy fácil. «Es divertido, nunca lo había pensado antes» — me dije a mí misma según desaparecía la imagen.

La vez siguiente volví a verme en la barca aunque era consciente de haber hecho aquel giro a la derecha. La barca se movía lentamente pero con suavidad a lo largo de un pequeño canal muy recto. Había justo la brisa suficiente para impulsar a la barca en su movimiento. A ambos lados del canal se alineaban hileras de viejos y hermosos árboles y verde hierba rodeada de flores. «Me preguntó si habrá un tesoro escondido por aquí» —me dije a mí misma fantaseando—. No me sorprendería que lo hubiera.» Entonces me di cuenta de que en el fondo

de la barca había un palo largo con un gancho en el extremo. «justo lo que necesitaba» —pensé hundiendo el gancho en el agua y sumergiendo el palo cuanto pude. Algo muy pesado quedó enganchado y lo izé con dificultad: era un viejo cofre de madera carcomida con la base cubierta de algas. Conseguí subirlo a la barca y lo abrí entusiasmada.

Sufrí una amarga decepción pues esperaba hallar joyas o *monedas pero sólo había un gran libro negro. La cubierta del libro era como las cubiertas de las carpetas que se utilizan para mantener sujetos papeles* o *manuscritos. En el lomo estaba escrita con letras de oro la palabra «Aesculapius». La palabra me era familiar pero no recordaba su significado. Al buscarla, hallé que es el nombre del dios griego de la curación. A la semana siguiente volví a ver el libro un par de veces, la primera con un*

collar de perlas a su alrededor y la segunda fue en un sueño en que una cigüeña volaba sobre algunos pueblos y, al preguntarme que importancia podía tener eso, oí *una voz silenciosa que me dijo: «Mira lo que transporta la cigüeña». Miré y vi que en el pañuelo no llevaba un bebé como era de esperar, sino un libro negro; la única diferencia era que este llevaba una cruz dorada en la tapa. La voz me dijo: «Este es tu libro». Ni Bill ni yo supimos el significado del libro hasta mucho más tarde.*

Aunque la idea de la reencarnación me repugnaba especialmente, era claro que las imágenes que veía parecían relacionarse con recuerdos de mí misma en distintos momentos y lugares. Expliqué a Bill que estas escenas representaban el clásico simbolismo onírico con que cualquier psicólogo clínico está familiarizado.

Sin embargo, debo admitir que a medida que estas imágenes continuaban, mi dogmatismo respecto al tema mostraba signos, aunque muy leves, de ceder.

Observaba estas imágenes retrospectivas como una espectadora, aunque no dudaba de que las figuras me representaran a mí misma. En una de las primeras escenas vi una muchacha delgada y frágil en un opulento salón francés; la época debía ser la de mediados del siglo XVIII. La muchacha, que vestía de blanco, estaba tocando un instrumento musical parecido a un arpa en medio de una reunión de señoras y caballeros magníficamente vestidos que parecían ser los invitados a un banquete. La joven tenía como mucho dieciocho años y evidentemente estaba enferma. «Es demasiado frágil -me dije a mí misma-: no vivirá otro año más, sólo puede desaparecer. Es un error, no lo va a conseguir.» Un mayordomo espléndidamente vestido salió y cerró la puerta del salón. La muchacha desapareció, y poco después vi una vaga imagen de ella en la que era algo mayor que en la anterior y yacía en el suelo cubierto de paja en la habitación sin ventanas de una prisión. Sus brazos estaban fuertemente atados y sus pies estaban encadenados al suelo. La época debía

ser entre los siglos XII y XIII Y tuve la idea de que la muchacha era ejecutada al final.

Algunas de las imágenes siguientes me mostraron la imagen de una monja, aparentemente ubicada en distintos países y épocas. En la más clara de ellas, veía a una monja vieja, artrítica y decepcionada, desgastada por toda una vida de austeridades y emocionalmente retorcida y estéril.

Caminaba por el pasillo lateral de una iglesia inmensa y muy bella, con un sorprendente parecido a la catedral de Notre Dame en París. El pasillo estaba oscuro y la vela que llevaba la monja no le ayudaba mucho a ver. Iba pasando la mano por la pared a medida que andaba, como si buscara una puerta o, *más literalmente, una salida. No la encontró y las severas facciones de su rostro se iban tensando cada vez más. «No sabe pensé—. Lo intenta, pero no sabe.» Me sentía repelida por su expresión tan dura pero sentía simpatía por su causa perdida.*

Contrastando radicalmente con esta figura, había otra que me venía de vez en cuando y a veces aún me pasa por la cabeza. Esta es la única de las figuras que siempre se aparecía con la misma forma. Era la imagen de una niña que se parecía mucho a mí, aunque no podía tener más de dieciséis años a lo sumo. Tenía la cabeza echada hacia atrás porque se estaba riendo, y extendía los brazos en un gesto de apertura total, de bienvenida universal. Parecía estar absolutamente alegre, literalmente incapaz de sentir pena o *dolor. Se hallaba sobre un jardín de hierba verde, y en medio de su extraordinaria felicidad, sus pies descalzos apenas parecían tocar el suelo. Llevaba puesto un vestido claro y suelto que no recordaba ningún lugar ni época en particular. De hecho, no había nada en ella que sugiriera algo del pasado y tampoco parecía importarle el futuro. No creo que ella tuviera una percepción del tiempo como la mía.*

A medida que Bill siguió leyendo literatura psicológica, se fue interesando más en el material de Cayce. Algo que le impresionaba mucho y consideraba muy importante en estos relatos eran las pruebas que sugerían que las mentes se pueden comunicar entre sí por medios paranormales aún desconocidos para la ciencia. A menudo lo discutía con Helen y como ella respetaba su opinión, aunque pensaba que en este caso se había pasado mucho, finalmente le pidió un libro sobre el tema; él eligió la biografía de Cayce escrita por su hijo, Hugh Lynn. No hay duda de que Helen la encontró interesante

aunque le repelían las partes que consideraba más "tétricas»e increíbles del relato. Cuando Billle recordó que últimamente ella también había tenido experiencias bastante fuera de lo común, lo admitió. Es más, aún encontraría más difíciles de explicar todos los sucesos que le iban a ocurrir más adelante.

La nueva fase comenzó un día en que Bill y yo estábamos concentrados en un informe de investigación. Bruscamente

solté los papeles y dije con mucho apremio: «Rápido, Bill, tu amigo Alan, el que conocimos en Chicago hace unos días, .está pensando en suicidarse. Debemos enviarle un mensaje». Bill se sentó junto a mí, y yo envié un serio mensaje telepático a Alan para que lo reconsiderase. Al acabar le dije a Bill: «Seguro que no era verdad». Sin embargo, me equivoqué y resultó además que había sido muy precisa. Era difícil no sentirse impresionada, en especial porque siguieron pasando cosas sorprendentes. Bill asistió a una reunión en otra ciudad y a su vuelta le describí el lugar donde había estado con todo lujo de detalles a pesar de que yo nunca había estado allí. También pude relatarle algunas de las cosas que habían ocurrido antes de que él tuviera la oportunidad de contármelas a mí y asimismo le describí en detalle la casa del amigo donde había pasado el fin de semana, incluyendo los colores de las paredes y los muebles. Más adelante, se fue de vacaciones a un lugar lejano y yo le envié mentalmente la imagen del broche que quería que me trajera de allí. Al volver de las vacaciones me lo dio y era, sin duda, el que yo le había pedido.

Mis reacciones ante estos hechos eran una curiosa mezcla: por un lado me sentía orgullosa por la adquisición de estas habilidades tan especiales e incluso me sorprendí alguna fantasía de poder y prestigio cruzando por mi mente; al mismo tiempo pasaba. mucho tiempo intentando explicarme las imágenes porque me causaban un miedo considerable. Durante algún tiempo, la idea de tener poderes psíquicos se me hizo más atractiva y simultáneamente me aterrorizaba cada vez más, de modo que comencé a tener pesadillas aunque después no podía recordar su contenido. A medida que la lista de sucesos sorprendentes iba en aumento, no podía superar una cierto sentimiento de maldad e incluso de brujería que asociaba con ellos. El orgullo y la ansiedad se mantenían al mismo nivel y aunque ésta iba en aumento, también tenía al mismo tiempo una sensación de autoensalzamiento.

Encontrándome aún en esta fase de «magia»,

ocurrió algo que implicó una extraña mezcla de hechos y fantasía y que pareció apuntar en una dirección muy definida para el futuro. Este episodio incluyó una serie de niveles diferentes, desde alusiones muy evidentes a la magia, seguidas de imágenes religiosas muy aparentes y concluyendo con una nota de la vida real. Bl hospital quería enviamos a Bill y a mí a la clínica Mayo para estudiar sus procedi-

mientos de evaluación. La noche antes de irmos, tuve una imagen tan clara que me sentía impulsada a describirla en papel. Era la imagen de una iglesia cuyos detalles resaltaban con asombrosa nitidez. Dudé de su afiliación en un principió hasta que decidí que debía ser luterana. Parecía estar contemplándola desde arriba, desde el ángulo que se obtendría si se miraba desde un avión que volase a baja altura. La imagen estaba tan clara que dejé de lado la prudencia y le dije a Bill que estaba segura que veríamos el edificio al aterrizar en Minnesota al día siguiente. Me sentí decepcionada cuando no encontramos nada parecido. En un intento de recuperara mi autoestima, dije que estaba segura de que la iglesia se encontraba en algún lugar de la ciudad. Era ya muy tarde y estábamos cansados, pero Bill lo entendió y propuso que saliéramos a buscarla en taxi después de cenar. Seleccioné algunos nombres de iglesias del directorio telefónico pero no resultó ser ninguna de ellas. Entonces describí mi iglesia al conductor del taxi y le pregunté si conocía alguna que tuviera un parecido razonable. No parecía tenerlo claro aunque fuimos a ver algunas más a sugerencia suya. Finalmente, Bill propuso inteligentemente que nos olvidásemos de aquello porque se hacía muy tarde. Una vez en el hotel, me dijo con tono muy firme: «Tu iglesia no está aquí y estás comportándote de una forma extraña. ¿A qué viene esta desesperación por encontrarla? Vete a dormir y olvídala, ¡te veré mañana!».

Cuando nos encontramos al día siguiente, ambos teníamos los ojos rojos y estábamos muy cansados, porque a penas habíamos dormido. Fuimos cumpliendo como pudimos con nuestros numerosos compromisos y al final de la tarde volvimos al aeropuerto muy fatigados. Bill fue a ojear un quiosco de revistas mientras yo me quedé sentada con los ojos cerrados, estaba demasiado cansada para hacer nada y me estaba quedando dormida cuando...

—Aquí está tu iglesia —dijo Bill, mostrándome una fotografía de una guía turística.

—Sí, ¡esa es! —dije con mucho énfasis—. ¿Dónde está? —En ninguna parte —contestó—. Mira, léelo tu misma. Obviamente la iglesia no estaba en ninguna

parte. Había ocupado el lugar en el que se encontraba la clínica Mayo pero fue derribada para construir el hospital.

«Por eso la veía desde arriba -dije a Bill-; es porque está en el pasado. No tiene nada que ver con aviones.» Entonces sentí un escalofrío y no quise volver a hablar de ella.

Aquella noche, de camino a casa, tuvimos que hacer transbordo y estuvimos esperando durante una hora es un aeropuerto frío y casi vacío. Acurrucada contra la pared, había una mujer joven que viajaba sola. Podía sentir cómo le atravesaban oleadas de aflicción y se lo comenté a Bill que me dejó claro que no le gustaba la idea de que fuera a hablar con ella. Ambos estábamos exhaustos y el no tenía ganas de entablar relación con extraños en aquel momento. Además me dijo que quizá sólo lo estaba imaginando porque ella sólo mostraba signos externos de tener sueño. Sin embargo no podía evitar sentir un profundo sentimiento de pena que me llegaba de ella y- diciéndole a Bill que no podía evitarlo, me dirigí a hablar con ella.

Se llamaba' Charlotte y me dijo que estaba congelada por el miedo. Nunca antes había volado y me pidió que me sentara a su lado y le cogiera la mano. Fui con ella hasta Bill y le sugerí que se pusiera entre nosotros dos para que tuviera un amigo a cada lado. Bill se mostró cortés pero disgustado; había sido un
viaje difícil y hubiera preferido una vuelta a casa más tranquila. Charlotte tembló cuando despegamos, pero le cogí de la mano y se tranquilizó enseguida. Quería hablar, parecía que se había encontrado atrapada en su vida y había dejado a su marido y a sus hijos para dirigirse al único lugar del mundo que le vino a la mente: la ciudad de Nueva York. Había planificado muy poco su viaje, trayendo consigo sólo una maleta, y no tenía ni idea de dónde residiría una vez llegase a Nueva York. Sin embargo, no le preocupaba, tenía varios cientos de dólares. Era luterana y pensaba que le bastaría encontrar una iglesia de su confesión en Nueva York y allí la cuidarían. Bill y yo nos miramos, el mensaje no era difícil de entender. Me pareció oír: « Y ésta es mi verdadera iglesia... la ayuda mutua; no el edificio que viste antes».

Aunque Bill había puesto pegas a implicarse con Charlotte, más adelante tomó una actitud muy servicial. Al llegar a Nueva York llamó a un hotel para mujeres y le consiguió una habitación. La llevamos hasta allí en taxi, dejándola en la puerta

principal y le dimos nuestros teléfonos. No hubo ningún problema para contactar con ella. Bill se encontró fortuitamente con ella varias veces al día siguiente y generalmente venía a mi casa cada noche. Estuvo en Nueva York una semana y después decidió volver a casa. Reservamos su pasaje de vuelta y yo le llamé su casa al día siguiente. Había llegado bien y se alegraba de estar de vuelta, pero esperaba volver a Nueva York de visita

algún día. Todo el mundo había sido muy amable con ella y estaba contenta de descubrir que no son verdad todas las cosas malas que la gente cuenta de las ciudades grandes. Después de aquello, seguimos escribiéndonos durante años y siempre me sentía agradecida de haber/e dejado entrar en mi vida. De hecho, la experiencia con Charlotte pareció señalar el principio del final de la «magia» que me había estado ocurriendo en los últimos tres meses.

Se acercaba ya el otoño y el verano había sido agotador. Bill, que seguía interesado en Cayce, sugirió que tomásemos unos días de vacaciones y fuéramos a Virginia Beach, Virginia, para poder examinar las experiencias que tenían allí registradas. La idea no me pareció atractiva, ese tipo de cosas aún me daba miedo y deseaba que no fuesen verdad: ya era suficientemente malo lo que me estaba pasando a mí. En particular no quería que mis poderes mágicos se exacerbaran y estaba más que dispuesta a abandonar/os. Sin embargo, la idea de tomar unas vacaciones me sonaba muy bien y mi marido, sabiendo que estaba cansada, me animó a ir; era el mejor momento del año para hacer el viaje y pensó que me sentaría bien. Bill y él se habían hecho amigos y aunque pensaba que Bill estaba empezando a tener unas aficiones bastante extrañas, Louis sabía que cuidaría de mí. Partí hacia Virginia Beach con algunos recelos pero deseando poder descansar.

El viaje no resultó nada tranquilo para mí. La gente de la Asociación para la Investigación y la Iluminación, que entonces era un grupo muy reducido dedicado a poner a disposición del público el material de Cayce, eran inteligentes, sinceros y evidentemente eran gente sana. La enorme cantidad de documentación de que disponían no era algo que se pudiera pasar por alto. Yo estaba impresionada pero me sentía incómoda a pesar de que Hugh Lynn Cayce, el hijo de Edgar Cayce y director de la organización, fuera especialmente amable y hospitalario con nosotros. A medida que el interés de Bill aumentaba, también lo hacía mi

ansiedad. Aquella tarde, Bill leyó más sobre el tema y compró libros para leer en casa. Yo ojeé un volumen y lo dejé bruscamente, me sentía tan incómoda que estaba al borde del pánico. Me alegre de que acabara el viaje y ya en casa, eché una ojeada a alguno de los libros que Bill había comprado pero no pude leerlos. Para mí, parecían hacer sonar la nota mágica una vez más.

Mi propia «fase» mágica acabó de forma abrupta con un episodio de imágenes particularmente claras en las que supe que tenía que tomar una decisión irrevocable. Me vi entrando en una cueva excavada en una formación rocosa de una costa desolada y azotada por el viento. Todo lo que encontré en la cueva fue un rollo de pergamino grande y muy antiguo. Sus extremos estaban atados a unos ejes que tenían la punta de oro, y el pergamino estaba enrollado sobre ellos de forma que se encontraban en el centro del rollo y estaban fuertemente atados entre sí. Con cierta dificultad conseguí desatarlos y abrir el rollo lo suficiente para poder leer la parte central en la que estaban escritas las palabras: «DIOS ES». Entonces lo desenrollé completamente ya medida que lo hacía, una pequeñas letras iban apareciendo a ambos lados del panel central. La Voz silenciosa que ya me había hablado antes, me explicó mentalmente la situación:

—Si miras a la izquierda podrás leer el pasado —dijo la Voz—, y si miras a la derecha podrás leer el futuro.

Las letras a ambos lados del panel se hacían más claras y dudé un momento antes de volver a enrollar el pergamino lo suficiente para poder leer sólo el panel central.

—No me interesa leer sobre el pasado o *el futuro —dije con decisión— . Voy a acabar con esto.*

La Voz sonó a la vez tranquilizante y tranquilizada: «Esta vez lo has conseguido. Gracias» —-dijo.

Y la cosa pareció acabar así.

Varias veces después, Helen sintió algo parecido a aquella experiencia en el metro de algunos años atrás, aunque con mucha menor intensidad. Estas experiencias ocurrían generalmente cuando estaba rodeada de mucha gente, y sentía una breve pero intensa afinidad con todos ellos.

Una noche de verano, mi marido y yo

caminábamos por una acera abarrotada de gente. Sentí de repente una profunda sensación de cercanía emocional con todas aquellas personas, a la vez que reconocía que estamos todos en el mismo viaje y tenemos el mismo objetivo. Otra vez, Bill, Louis y yo estábamos juntos en el teatro. Sentada allí, en la oscuridad, fui consciente de una intensa luz interna que comenzaba en mi pecho e iba creciendo en intensidad y amplitud hasta que irradió a todo el teatro y a toda la gente que se encontraba allí.

Mi conciencia de la luz, que duró varios momentos, estaba acompañada por una intensa sensación de paz y felicidad. Durante un tiempo no podía creer que nadie mas se hubiera dado cuenta de ella.

Algún tiempo después ocurrió un incidente parecido en una ocasión en que Bill y yo nos desplazamos al sur de Francia para asistir a una reunión. Una noche antes de dormir, surgió en mí una intensa sensación de increíble fuerza y alegría. Una vez más partía de la zona del pecho y se extendía hacia la cabeza y los brazos. Durante unos minutos sentí que podía abarcar al mundo entero. Mas adelante, esta experiencia de felicidad tuvo su contraparte de miedo en la forma de una clarísima sensación de terror que sentí la noche antes de volver a América. Estaba cansada y me tumbé un rato antes de prepararme para ir a la cama. De la forma mas inesperada me vi atrapada por un ataque de furor asesino tan intenso que literalmente salté de la cama temblando. Estas dos experiencias eran tan opuestas entre sí que parecían representar el cielo y el infierno. Este contraste no me era del todo desconocido: la sacerdotisa «buena» cuya única función era ayudar y la «mala» con la lanza levantada para matar habían representado un contraste bastante similar.

Tan solo una vez fui yo quien pidió una experiencia que me animara porque estaba deprimida. La respuesta vino en forma de un criadero de plantas, podía ver hileras de brotes

jóvenes cuidadosamente etiquetados y muy cuidados. Junto a los brotes había un recipiente de riego. El cuadro no significaba nada para mí y lo encontré un poco irritante.

—A pesar de que es bueno —murmuré— ¿qué se puede esperar de esto?

—Mira en dónde está creciendo -dijo la Voz silenciosa que
ya en este momento no me era del todo inesperada.

—¿Pero qué significa? —pregunté indignada.

—Mira-dónde-está-creciendo —repitió la Voz de forma lenta
y muy precisa.

—Bueno, vale —respondí aún con un poco de aspereza, y miré a la imagen con más cuidado. El criadero de plantas estaba totalmente rodeado de un desierto desolado y sin vida, sólo aquella zona donde crecían las plantas era húmeda y verde.

—Ahora que han empezado a crecer, las regarás, ¿verdad? —dijo la Voz.

Me sentí casi sobrepasada y prometí intentarlo.

Hubo también algunos períodos en que sentía cambios en mi conciencia temporal. Quizá el más intenso ocurrió una noche mientras me cepillaba el pelo y no me sentía muy inspirada. Entonces vi mi vida representada por una línea dorada que se extendía infinitamente hacia adelante y hacia atrás. Había una pequeña hendidura en la línea y me di cuenta de que representaba mi vida actual. Era tan mínima que daba risa y apenas se notaba. Di una palmada de auténtico gozo.

«¿Qué importancia puede tener lo que suceda en este parpadeo del tiempo? -me pregunté asombrada-. Parece muy largo e importante cuando estamos en medio de él pero en menos de un instante es como si no hubiera sucedido nunca.» Durante varios minutos esta comprensión era patente y sentí como si me hubiera quitado un enorme peso de la mente.

CAPÍTULO 4

TODAS estas cosas ocurrieron en unos pocos meses. Un día de septiembre de 1965, Helen le dijo a Bill que se sentía a punto de hacer «algo» muy poco común. Estaba preocupada por esta sensación porque no sabía lo que podría ser ese «algo»; todo lo que sabía era que ocurría pronto. Helen había estado llevando un diario a partir de la visita a Virginia Beach, y Bill le sugirió que si apuntaba todo lo que ocurriera en conexión con aquel «algo poco común» podría tener una pista de lo que iba a ser. En un principio no le venía nada y estaba a punto de desechar esta idea cuando una tarde de octubre, mientras se encontraba sentada en su habitación, la Voz que para entonces ya le era familiar comenzó a darle instrucciones precisas.

Tuvo un ataque de pánico e inmediatamente llamó a Bill: «Sabes, esa Voz interna... ¡No me deja en paz!».

—¿Qué te dice? -preguntó Bill.

—Repite: «Esto es un curso de milagros, por favor toma notas».

¿Qué voy a hacer? — suplicó.

Con calma y dándole ánimos, Bill le dijo:—¿Por qué no tomas notas? Tómalas usando la taquigrafía que ya conoces.

—Pero, Bill-persistía Helen—, ¿qué pasará si es un galimatías sin sentido? Entonces sabré seguro que me he vuelto loca.

—Helen, escúchame —dijo ignorando su comentario—, desde nuestro viaje a Rochester he

estado leyendo cosas que no he compartido contigo porque te muestras muy antagónica a toda esta cuestión, pero ha habido mucha gente, algunos de ellos muy conocidos, que han sentido que la inspiración creativa les llegaba por vías místicas. Einstein afirmaba recibir información por esa vía Y ¡desde luego que los grandes dramaturgos y poetas místicos también!

—No soy una poeta mística —protestó—. Soy psicóloga y no creo en esto.

—Bueno, ya que no podemos hacerlo desaparecer, ¿por qué no tomas notas?; las llevas a la oficina mañana temprano antes de que llegue el personal y las revisamos juntos.

—¿Y si es un galimatías sin sentido?

—Las romperemos y nadie lo sabrá. —¿Me lo prometes, Bill?
—Prometido.
Helen colgó, fue al salón y le dijo a Louis que iba a trabajar al dormitorio y que saldría enseguida. Cerró la puerta del dormitorio, apagó la luz del techo y se sentó en una silla junto a una lámpara de pie, permitiéndose escuchar. Esto es lo que oyó aquella primera noche:

> ***Éste es un curso de milagros. Es un curso obligatorio. Sólo el momento en que decides tomarlo es voluntario. Tener libre albedrío no quiere decir que tú mismo puedas establecer el plan de estudios. Significa únicamente que puedes elegir lo que quieres aprender en cualquier momento dado. Este curso no pretende enseñar el significado del amor, pues eso está más allá de lo que se puede enseñar. Pretende, no obstante, despejar los obstáculos que impiden experimentar la presencia del amor, el cual es tu herencia natural. Lo opuesto al amor es el miedo, pero aquello que todo lo abarca no puede tener opuestos.***
>
> ***Este curso puede, por lo tanto, resumirse muy simplemente de la siguiente manera:***
> ***Nada real puede ser amenazado.***
> ***Nada irreal existe***
> ***En esto radica la paz de Dios.***

Aunque la Voz quería continuar, Helen tuvo un ataque de pánico y se negó a seguir. Cerró su cuaderno de notas y lo puso en la cartera que llevaba a la oficina cada día, después fue al salón para decirle a Louis que se iba a la cama.

A la mañana siguiente Bill llegó al hospital a las

7:30, media hora antes de lo habitual; Helen ya había llegado y se encontraba en un estado de gran agitación.

«No sé que hacer, Bill, no sé que hacer con lo que me pasa.» Bill le sugirió que le leyera lo que había anotado y se ofreció a transcribirlo a máquina diciéndole que era mejor mecanógrafo que ella. Helen logró leerlo a pesar de cierto tartamudeo muy poco habitual en ella. «Me suena bastante interesante, Helen —dijo Bill—. ¿Eso es todo?»

—No, parecía querer continuar, pero tuve miedo.

—¿Cómo te vinieron las palabras? —preguntó Bill.
—Es difícil describirlo -contestó-; realmente podría ser una
alucinación porque la voz no viene desde fuera, es todo interno. No hay sonido, y las palabras me llegan mentalmente pero con toda claridad. Se podría decir que es un dictado interno.

—¿Sabes lo que escribes? —preguntó Bill—. ¿O lo describirías como un proceso automático?

—Oh, no. No es automático en absoluto; soy perfectamente consciente de lo que hago.

—¿Por qué no intentas escribir algo más esta noche? —sugirió
Bill—. y así vemos que pasa.

—No creo que pueda —respondió Helen—. Realmente me resulta demasiado ennervante.

A pesar de sentirse reacia a continuar escribiendo, no podía eliminar la Voz. Esto se hizo patente aquella misma tarde después de una

conversación telefónica. En cuanto colgó, la Voz interna comenzó a hablar. Se levantó de un salto y se fue corriendo al despacho de Bill para contarle lo que ocurría. Este, después de asegurarle que no había nada que temer, le sugirió que lo mejor sería que simplemente tomara notas cuando oyera la Voz y que viera si actuar así le resultaba menos incómodo que seguir oponiéndose a ella.

Discutió con Bill durante casi media hora argumentando que ella no quería hacer esto, pero incluso cuando se lo contaba a Bill, en medio de sus respuestas, la Voz reaparecía suavemente. Desesperada, al fin accedió a tomar notas. «Pero sólo hasta que vea que es» -añadió.
En menos de un cuarto de hora se pudo hacer una idea de «lo que era», porque en cuanto volvió a su escritorio, la Voz comenzó a dictarle las primeras palabras del Curso de Milagros. Lo que oyó fue: «Principios de los Milagros», que comenzaba:

1. *No hay grados de dificultad en los milagros. No hay ninguno quesea más «difícil» o más «grande» que otro. Todos son iguales. Todas las expresiones de amor son*

máximas.

2 Los milagros —de por sí— no importan. Lo único que importa Es su Origen, El Cual está más allá de toda posible evaluación.

3 Los milagros ocurren naturalmente como expresiones de amor. El verdadero milagro es el amor que los inspira. En este sentido todo lo que procede del amor es un milagro.

4. *Todos los milagros significan vida, y Dios es el Dador de la vida. Su Voz te guiará muy concretamente. Se te dirá todo lo que necesites saber.*

5. *Los milagros son hábitos y deben ser involuntarios. No deben controlarse conscientemente. Los milagros seleccionados conscientemente pueden proceder de un falso asesoramiento.*

6. *Los milagros son naturales. Cuando no ocurren es que algo anda mal.*

Sonó el teléfono y se interrumpió el dictado. Helen no volvió a oír la Voz hasta que aquella noche en su casa continuó dictando exactamente donde había acabado, en el Principio n° 7 de los Milagros.

Aquella noche Helen acabó de anotar los cincuenta principios de los milagros con los que comienza el Texto. Aunque se negaba a leer lo que había escrito, estaba anonadada. No tenía ni idea de lo que era *Un curso de milagros,* y por lo que ella sabía, podía haberse limitado a aquellos cincuenta principios, pero de lo que sí estaba segura es que aquel material surgía de una Fuente muy autorizada en la que ella no creía intelectualmente.

* * *

Así empezó la transmisión real del material que Helen anotó en más de doscientos cuadernos a lo largo de un período de siete años y medio. Para Helen la situación era muy paradójica: por una lado, se sentía resentida con la Voz, ponía pegas a tomar notas, tenía muchísimo miedo del contenido y para continuar tuvo que superar sus enormes resistencias personales. Por otro lado, nunca pensó seriamente en no tomar las notas a pesar de que a menudo se sentía ofendida por aquella odiosa interferencia.

La mañana en que tomó los cincuenta principios, se encontró con Bill en la oficina una hora antes de que llegase el personal. Como sus despachos estaban alejados de la zona de mayor tránsito del edificio gracias a aquella decisión de Bill años atrás, nadie iba a preguntarles que hacían allí a aquella hora de la mañana. Sin embargo, a lo largo de los siguientes siete años y medio, cerraron la puerta del despacho de Bill cada mañana o cuando quiera que

se juntasen para revisar el material anotado por Helen el día anterior.

Aquella mañana, cuando Bill pidió a Helen que le dictara el material que había anotado el día anterior, ella apenas podía articular palabra. A mitad de la primera frase tuvo un ataque de tos que le duró cinco minutos. Más adelante, tuvo que aclararse la garganta continuamente porque parecía llenársele de flemas. Después de más de una hora, sólo había podido dictar los primeros dieciocho principios y Bill tuvo que acudir a una cita. Decidieron intentar acabar la transcripción después del trabajo.

Bill acabó de copiar los primeros cincuenta principios aquella tarde, después de mucho tartamudeo, bostezos y toses por parte de Helen. Le dio el original y se quedó una copia. A medida que fue leyendo cuidadosamente y digiriendo lo que había escrito, se dio cuenta que si aquello era verdad, entonces lo que él había creído en el pasado era falso. Se sintió asombrado y aprensivo al darse cuenta de que tomarse en serio aquel material implicaría un cambio mental de enormes proporciones, mucho mayor de lo que personalmente se sentía capaz de hacer. También se daba cuenta de que de alguna forma él había pedido «una manera mejor de hacer las cosas», y no le cabía ninguna duda de que esto era la respuesta a su petición. Nunca había visualizado lo que la respuesta pudiera ser y desde luego que no esperaba que llegase de esta manera. Se sentía apesadumbrado por las dudas y, sin embargo, también intentaba obligarse a dejarlas de lado ya que además de ser él quién pidió una respuesta, reconoció de forma inmediata la verdad de muchos de los cincuenta principios, los cuales se le hacían también vagamente familiares aunque contradijeran su sistema consciente de creencias y, en apariencia, no se parecieran a nada que él hubiera conocido en el pasado.

Aquella noche, Bill llamó a Helen y le preguntó qué opinaba de aquellos cincuenta principios. Ella respondió que no los había releído, que no tenía interés en hacerlo y que el hecho de haber accedido renuentemente a tomar las notas, no significaba que tuviera que leerlas, pensar sobre ellas, comentarlas o creerlas. Añadió que la Voz le había estado dictando aquella noche y que debían pensar en programarse

para llegar a las siete de la mañana a la oficina cada día. La mañana siguiente fue parecida a la anterior, sin embargo, en medio de las toses y la «incapacidad de ver mis notas», Helen se las arregló para dictar y Bill pudo mecanografiar todo lo anotado el día anterior. Entonces Bill le dijo que tenía que volver a leerle el material para asegurarse de que lo había copiado correctamente y aunque protestó diciendo que no

quería oírlo, reconoció la importancia de lo que él decía, así que asintió:

> ***La revelación produce una suspensión completa, aunque temporal, de la duda y el miedo. Refleja la forma original de comunicación entre Dios y Sus creaciones, la cual entraña la sensación extremadamente personal de creación que a veces se busca en las relaciones físicas. La proximidad física no puede proporcionarla. Los milagros, en cambio, son genuinamente interpersonales y conducen a un auténtico acercamiento a los demás.***

Helen se detuvo y pidió a Bill que comenzara de nuevo. Cuando le preguntó porqué, ella contestó: «No puedo oír las palabras. Veo moverse tus labios pero no puedo oír ni una palabra de lo que dices». Helen padeció este problema mientras Bill leía durante todos aquellos años, aunque finalmente él siempre se las arreglaba para revisar el material

Desde el principio, tanto a Helen como a Bill, el material que iba emergiendo les producía mucho temor, aunque Bill tuvo admitir que no había nada en los contenidos que fuera amenazador en sí mismo. Sin embargo, la amenaza a su sistema de pensamiento supuso para él un problema difícil de tratar. Además les costaba admitir tanto la terminología religiosa como el origen declarado de los dictados. Helen, atea convencida, no tenía dudas de que el material le era dado por Jesús, porque el Curso estaba dictado en primera persona, y en un momento dado declara:

> ***El Nombre de Jesucristo como tal no es más que un símbolo. Pero representa un amor que no es de este mundo. Es un símbolo que se puede usar sin riesgo para reemplazar a los innumerables nombres de todos los dioses a los que imploras. Este curso procede de él porque sus palabras llegan a ti en un lenguaje que puedes***

amar y comprender.

Después de los primeros diez días Bill llevaba escritas catorce páginas, pero cuando se encontró con Helen la mañana siguiente, ésta no tenía nuevo material que leerle. Como ninguno de ellos sabía lo que era *Un Curso de Milagros* o lo que tardaría en escribirse, Bill se preguntó si el curso ya estaría acabado. Helen dijo que no lo estaba pero que se negaba a seguir transcribiéndolo hasta que su-

piera para qué era. Bill, con mentalidad muy práctica, le respondió que la única manera que se le ocurría de que ella pudiera averiguado era preguntando a la Voz. «Si no te lo dice, obviamente no quiere que sigas.» Este pensamiento infundió esperanza a Helen y decidió preguntar aquella noche. Esta es la respuesta que recibió:

> ***La situación se deteriora hasta extremos alarmantes. Gente de todo el mundo es llamada a ayudar y están haciendo sus contribuciones individuales como parte de un plan global predeterminado. Una Parte de este Plan es la transcripción de*** **Un curso de milagros** ***y yo estay haciendo mi parte del trato, como tu cumplirás con la tuya. Utilizarás habilidades que aprendiste hace mucho y que no estás preparada para volver a usar. Sin embargo, debido a la enorme urgencia, el lento proceso evolutivo está siendo sobrepasado por lo que podríamos llamar una «aceleración celestial».***

Helen pudo sentir la urgencia subyacente en esta «explicación», aparte de lo que pudiera haber pensado sobre el contenido. Tuvo una intensa sensación de que lo que se le hacía saber era que no quedaba tiempo. Haciendo algo muy poco habitual releyó el mensaje, y al acabar, supo que a algún nivel

que no comprendía se había ofrecido voluntaria para hacer este trabajo.

Aquello le pareció tan extraño que se dispuso a tirar el cuaderno de notas a la papelera; sin embargo, le vino a la mente algo, como un recuerdo largamente olvidado en el que decía: «Desde luego que iré, Padre, ¡es para tan poco tiempo!».

Aún no estaba del todo satisfecha y una vez más intentó renunciar a su posición. «¿Por qué yo? -preguntó-. No soy religiosa, no entiendo estas cosas, ni siquiera las creo. Soy una de las peores elecciones posibles.»

La respuesta llegó muy clara: «Por el contrario eres una opción excelente, de hecho, eres la mejor».

-Pero ¿por qué? -preguntó angustiada. Y entonces, sin sombra de duda, escuchó la respuesta: «Porque lo harás».

Helen no pudo responder a eso, sabía que la Voz tenía razón; sabía que ella lo haría. Desde aquel momento el futuro de *Un curso de milagros* ya estaba en su sitio; Helen lo «transcribiría» hasta el final, aunque protestara en voz alta durante todo el proceso.

* * *

Aunque de alguna manera Helen estaba predestinada a escribir el curso, no se puede decir que fuera una partícipe que cooperase del todo voluntariamente. Una mañana, dos semanas después de que hubiera comenzado a transcribir el texto, Bill sacó la hoja de la máquina de escribir y según habían acordado, comenzó a leérsela a Helen. Cuando acabó le preguntó qué era lo que significaba para ella una frase concreta del escrito. Ella contestó que había oído la frase únicamente como palabras sueltas que debía revisar para asegurarse de que fueran precisas, pero que el significado no le interesaba. Entonces le dijo a Bill que la mejor manera de sacar adelante aquel trabajo que parecían haber emprendido juntos era que Bill revisara el material en cuanto a contenido mientras ella revisaría el estilo para asegurarse de que la sintaxis y la gramática fueran correctas, ya que eso era todo lo que le importaba.

Aunque Bill sabía lo amenazada que Helen se

sentía por todo lo que el material implicaba, también pensó que su curiosidad intelectual no le permitiría permanecer aislada de la esencia de aquel material. Asumió que en poco tiempo, su intelecto superaría los miedos y se implicaría con el contenido tanto como él. Según fue pasando el tiempo, la suposición de Bill resultó ser verdadera sólo en parte, ya que ella siguió sintiéndose extremadamente incómoda al comentar el material durante casi un año, a pesar de que conocía perfectamente el contenido.

Para ayudar a que Helen superase su aprensión en aquellos primeros tiempos, Bill sugirió que fueran a visitar a Hugh Lynn Cayce, de la Asociación para la Investigación y la Iluminación, y le mostraran el material trascrito. Helen inmediatamente se negó, indicando que sería peligroso para sus estatus profesionales el mostrar aquel material a nadie. Después de algunas semanas, Bill logró convencerla de que podría ayudarles mucho saber lo que Hugh Lynn Cayce pensaba del material ya que su trabajo le había puesto en contacto con muchas experiencias paranormales parecidas. Finalmente accedió a que Bill le mostrara lo que habían escrito con la condición de que el encuentro fuera confidencial.

Bill, en su investigación de lo paranormal, había seguido relacionado con la Asociación y no le fue difícil concertar una entrevista con Hugh Lynn, con quién había mantenido contacto telefónico desde que visitaron Virginia Beach.

El encuentro tuvo lugar en Nueva York durante una de las visitas que Hugh Lynn hacía a la ciudad y Helen llevó consigo casi todo el material que había escrito hasta aquel momento. Bill había

puesto a Hugh Lynn al comente de las circunstancias sobre el escrito de Helen, y no quedaba mucho por añadir por lo que, después de los saludos, Hugh Lynn solicitó revisar el manuscrito mientras estaban juntos. Según pasaba las páginas, Hugh Lynn se embebía cada vez más y sus comentarios indicaban que estaba impresionado.

Después de un rato, dejó el manuscrito sobre la mesa y moviendo la cabeza asombrado, exclamó: «Admirable. Está absolutamente inspirado», y continuó comentándoles que algunas partes eran similares a las porciones más espirituales de las lecturas de su padre.

Como Bill había relatado a Hugh Lynn la «incomodidad» que sentía Helen en relación a lo que le ocurría, Hugh Lynn expresó a
Helen de una manera especial que comprendía el abrumador trabajo que estaba haciendo, asegurándole que sabía lo difícil que debía resultar. «Sin embargo -dijo-, pareces haber elegido hacerlo porque evidentemente eres un alma muy evolucionada. Ojalá te pudieras ver como te veo yo.»

Aunque el encuentro con Hugh Lynn no curó a Helen de sus aprensiones, su apoyo pareció reconfortarle algo, y continuó trabajando, si no con muchas ganas, al menos con menos desgano.

* * *

La Voz dictaba a Helen casi a diario y en ocasiones varias veces al día. Los momentos en que recibía el dictado nunca suponían conflicto con su trabajo o actividades sociales, y el dictado siempre comenzaba cuando se hallaba razonablemente libre para escribir sin interferencias. Comenzó a llevar el cuaderno donde quiera que fuera «por si acaso».

Esto no significa que hiciera el trabajo sin protestar. Podía negarse a cooperar y, de hecho, al menos al principio, lo hizo muchas veces, negándose a copiar durante largos períodos de tiempo. Pronto descubrió que no se sentía en paz a menos que

*

cediera y volviera a colaborar de nuevo y, generalmente, Louis también le apremiaba a retomarlo. El, que sabía muy bien que sólo así podía eliminar su malestar, lograba convencerla de que

continuar luchando con lo inevitable tendría un efecto perjudicial en su relación.

El momento preferido por la Voz para dictar era por la noche. Helen se quejaba amargamente porque la escritura no era automática sino que siempre necesitaba de toda su cooperación y se lamentaba de que sus noches le fueran usurpadas. A menudo se iba a la cama, sin escribir en un arrebato de rebeldía, pero entonces no po-

día dormir y tenía que volver a levantarse a pesar del disgusto y escribir tal como se le había ordenado. A veces estaba tan cansada que tenía que volver a dormir después de haber escrito unos pocos párrafos. Sin embargo, entonces se sentía obligada a continuar a la mañana siguiente antes del desayuno, y quizá acabarlo mientras iba a trabajar o en algún momento del día en que estuviera libre.

Cuando comenzaba una frase nunca sabía como acabaría y las ideas venían tan deprisa que casi no le daba tiempo a escribirlas a pesar de que usaba una serie de abreviaturas y símbolos de taquigrafía aprendidos a lo largo de años de tomar notas en clase y en las sesiones terapéuticas.

La escritura era a menudo interrumpida para atender el teléfono, hablar con un paciente, supervisar a otro miembro menos experimentado del personal o atender a una de las numerosas emergencias, y después volvía a escribir sin revisar siquiera donde lo había dejado. En casa podía hablar con Louis, charlar con un amigo o sestear, sin perder en absoluto el hilo de las palabras. No importaba si se había detenido al final de un párrafo o en medio de una frase, era como si la Voz simplemente esperase a que volviera y re-comenzaba el dictado. Escribía con la misma facilidad en casa o en la oficina, en un banco del parque, en un taxi, autobús o en el metro. La presencia de otra gente no interfería y cuando llegaba el momento de escribir, las circunstancias exteriores parecían irrelevantes.

Ni Helen ni Bill tenían idea de cuánto material les sería transmitido y, después de varios meses, Helen preguntó cual sería la longitud del Texto. En respuesta se le dijo que sabría que el dictado había terminado cuando oyera el «Amén» final.

Esta respuesta resultó ser especialmente frustrante para Helen y le dijo a Bill que si ese era el tipo de cooperación que iba a recibir, simplemente prefería olvidarse de aquello. Bill no discutió, y solo le dijo que si cambiaba de opinión le avisase para que fuera al día siguiente a la oficina temprano para repasar el material tal como lo venían haciendo.

Helen fue aquella noche a su casa determinada a no escuchar la Voz. Durmió muy mal y a la mañana siguiente en el hospital estaba muy irritable. Bill no le dijo nada del Curso y se limitó a comentar temas relacionados con su trabajo en un proyecto de

investigación.

Pasaron tres días antes de que Helen reconociera que su insomnio y su malestar estaban relacionados con su negativa a escribir lo que seguía oyendo. Finalmente, a las tres de la mañana, tomó su cuaderno de notas y la Voz retomó el dictado exactamente donde lo había dejado unos días antes.

75

Este tipo de episodio siguió ocurriéndole de manera intermitente. A pesar de saber que cuando se negaba a escribir el Curso se sentía deprimida, seguía amenazando periódicamente con dejarlo. Aunque su período de retirada más largo duró casi un mes, Bill nunca consideró seriamente que no acabaría su tarea, y básicamente sabía que sus «enfados» suponían solamente un retraso.

A medida que el material del Curso siguió fluyendo, Bill siguió estudiándolo y se fue dando cuenta de que los escritos espirituales o místicos no le eran familiares ya que muchas de las referencias a las que el Curso aludía le eran desconocidas. Siempre había asociado las enseñanzas espirituales con la religión formal y no conocía la tradición mística. Concluyó, por tanto, que para poder evaluar y considerar el Curso con seriedad tendría que hacerse con amplios conocimientos sobre las religiones del mundo e incluso sobre las prácticas místicas, porque percibió con claridad que aunque el Curso no era una religión, sus cimientos eran fundamentalmente metafísicos.

Inmediatamente comenzó a leer ávidamente todos los libros a su alcance que estuvieran relacionados de una u otra manera con las disciplinas místicas, y con ellos se fue haciendo una vasta biblioteca. Intentó compartirla con Helen pero ella no quería saber nada del tema aunque se alegraba de que Bill estuviera tan interesado porque cuanto más aprendía él, más se aseguraba ella de que lo que estaban haciendo no era algo extraño sino consecuente con las enseñanzas filosóficas más profundas y con los escritos espirituales orientales y occidentales.

Unas seis semanas después de que comenzaran las sesiones en que mecanografiaban el Texto, Helen se dio cuenta de que Bill sacaba dos copias en vez de una. Cuando se lo comentó, Billle dijo que un colega suyo estaba interesado desde hacía varios meses en discutir de temas religiosos con él. En un principio no le había interesado discutir de temas filosóficos o de la búsqueda espiritual y por tanto no había tenido nada que comentar con él. «Sin embargo, ahora -dijo Bill-, siento que John debe conocer esto y que debemos compartirlo con él.»

Inmediatamente Helen se opuso a aquella idea con vehemencia señalando que lo que hacían era muy sospechoso desde el punto de vista psicológico, que la gente pensaría que estaban locos y que sus puestos de trabajo estarían en peligro si alguno de sus colegas profesionales se enterase. Bill aseguró que John estaba muy interesado en la filosofía de la religión, que nadie iba a enterarse y que comentar el material con él sería muy beneficioso para ellos dos. Al final, a pesar de sus recelos, consiguió

convencerla. Aquella mañana Bill fue a la oficina de John y le contó todo lo que había estado ocurriendo. John se sintió intrigado y deseoso de empezar a leer el material. A partir de entonces, John comenzó a ir cada mañana a las ocho a la oficina de Bill para recoger la hoja mecanografiada el día anterior; entonces Billla leía en voz alta y la comentaban durante el tiempo que tuvieran libre. John que había crecido en una familia baptista, había leído mucho sobre religión y sus aportaciones y comentarios fueron de gran ayuda para que Bill pudiera tener una visión en perspectiva del material.

Cuanto más leía y más comentaba el material con John, más cuenta se daba Bill de que el Curso estaba absolutamente inspirado y que sería una gran ayuda para mejorar y sanar relaciones conflictivas. A medida que el Curso se iba haciendo más extenso, Bill se dio cuenta de que, evidentemente, era la ayuda que había pedido, un material que le señalaba como podía encontrar «una forma mejor de vivir» en el mundo.

Obviamente el primer lugar por donde empezar a aplicarlo era con Helen. Sabía que si su relación con Helen podía hacer progresos, sus demás relaciones también podrían mejorar. Tanteó a Helen, sugiriéndole que el material podía ayudarles a mejorar su relación pero ella reaccionó con mucha determinación comenzando a reñirle por ser tan inocente y le acusó de diversas faltas y defectos que siempre había visto en él. Bill reaccionó instintivamente acusando a Helen y exponiendo sus defectos de la misma forma que lo había estado haciendo en los últimos años.

Pero entonces se acordó de la causa por la que había sacado el tema en un principio y dejó tanto de atacar como de defenderse. Al poco tiempo, Helen acordó discutir con él al menos algunos temas del escrito con el objetivo no sólo de comprenderlos intelectualmente sino de ponerlo s en práctica en la vida diaria.

No fue una tarea fácil, Helen seguía teniendo una enorme resistencia a comentar el material, y aunque Bill la apreciaba mucho, no podía pasar por alto los aspectos de su personalidad y de su comportamiento que más le irritaban. Esto no significa que la

relación no mejorara, pues hubo una mejora casi «milagrosa» en todo lo relacionado con la trascripción del curso. En aquellos momentos nunca había roces ni conflictos, sólo cooperación. Era como si se juntaran para producir algo muy sagrado... algo que no permitía que interfirieran los conflictos habituales de la personalidad. Y cuando compartían un pasaje especialmente hermoso y conmovedor, en aquellos momentos, parecía que su relación estaba realmente cicatrizada.

Esto ocurrió por primera vez cuando llegaron a lo que más tarde comprobaron que era la mitad del Texto. Una noche Helen estaba anotando lo que le dictaba la Voz cuando se dio cuenta de que no tenía ningún sentido. Se puso muy nerviosa porque pensó que al fin se había vuelto loca. Protestó a la Voz diciéndole que lo que decía no tenía ni pies ni cabeza pero ésta le respondió con mucho calma diciéndole que escribiera lo que oyese y asegurándole que por la mañana entendería las palabras perfectamente. No se sintió reconfortada pero efectivamente tomó las palabras tal como las escuchó, aunque estaba segura de que lo que escribía no tenía sentido.

Cuando se encontró con Bill por la mañana, le contó sus peores temores: ...que aunque la Voz le aseguraba lo contrario, estaba segura de que lo que le iba a leer no tenía ningún sentido.

Después de dictar lo que había escrito la noche anterior, Bill se lo leyó, y Helen escuchó con una mezcla de preocupación e inquietud. Esto es lo que Bill leyó:

> ***Perdónanos nuestras ilusiones, Padre, y ayúdanos a aceptar nuestra verdadera relación Contigo, en la que no hay ilusiones y en la que jamás puede infiltrarse ninguna. Nuestra santidad es la Tuya. ¿Qué puede haber en nosotros que necesite perdón si Tu perdón es perfecto? El sueño del olvido no es más que nuestra renuencia a recordar Tu perdón y Tu amor. No nos dejes caer en la tentación, pues la tentación del Hijo de Dios no es Tu Voluntad. Y déjanos recibir únicamente lo que Tú has dado, y aceptar sólo eso en las mentes que Tú creaste y que amas. Amén.***

Bill no pudo acabar sin que le temblara la voz. Miró a Helen y se sorprendió al ver que tenía los ojos llenos de lágrimas. Instantáneamente ambos reconocieron con claridad que lo que Helen no había querido

escribir el día anterior era la versión del Curso del «Padrenuestro», Y aunque no pronunciaron una palabra, los dos se sintieron más unidos que nunca.

* * *

La transcripción del Texto continuó durante algo más de un año y durante aquel tiempo Bill intentaba seguir los principios del libro en el trato con todas sus relaciones. A pesar de que su departamento

seguía carente de presupuesto y no encontraba un canal claro para solucionar el problema, sus relaciones personales en el hospital al igual que las relaciones del personal entre sí, mejoraron radicalmente. Había mucha más cooperación, menos competencia y en general se mantenía una atmósfera agradable que Bill, sin dudarlo, atribuía a la mejora que suponía la determinación de mirar las cosas de forma diferente, tal como el Curso le había enseñado.

Sin embargo había un área en la que seguía sin ver resultados positivos estables, el área de su relación con Helen. Hicieran lo que hicieran, trabajar en un informe de investigación, configurar una propuesta de beca o simplemente ir a comer juntos —lo que hacían todos los días laborables—, parecían incapaces o al menos muy poco dispuestos a verse de manera distinta a cómo lo habían hecho en el pasado. Podían pasar horas criticando mutuamente sus escritos, amistades o hábitos respectivos, pero paradójicamente cada uno de ellos podían ser de enorme ayuda para el otro tanto en el campo profesional como en la vida personal. Sin las propuestas de Helen en relación a los procedimientos administrativos del departamento, que Bill, aunque con reservas, acababa siempre por aceptar, éste no hubiera podido incrementar su eficiencia como lo hizo, y sin el constante apoyo profesional de Bill, Helen no hubiera podido quedarse en el hospital y desarrollar la excelente labor clínica que realizó.

Mientras Bill parecía obtener resultados positivos en sus relaciones difíciles», Helen parecía tener muchos más problemas al tratar de poner en práctica los principios, lo que sin duda se debía a su incapacidad de abandonar su resistencia básica a transcribir el Curso.

A lo largo de los siete años que duró la

transcripción, el intenso temor que Helen sentía en un principio fue cediendo, pero había una parte de su mente que simplemente no le permitía acostumbrarse a la idea de ser un canal para la Voz. Aunque había momentos que al escribir se sentía transportada, esos momentos eran muy breves y espaciados; la mayor parte del tiempo se mostraba fríamente descreída, suspicaz y temerosa.

Sin embargo, a lo largo de todo el proceso, en esta área, siempre tuvo el apoyo incondicional de Bill que la tranquilizaba en los momentos de mayor temor y le tomaba el pelo cuando se ponía muy obstinada. Además su marido siempre mostró una actitud muy colaboradora: a las pocas semanas de comenzar la escritura, Louis le preguntó en que estaba trabajando y ella, con muchos recelos, decidió decirle la verdad. Su reacción fue más que tolerante: a pesar de que los contenidos le hacían sentirse un poco incómodo, por lo que ella dejó de mostrárselos, él le animó a que se implicara, y el pro-

ceso mismo no le producía ansiedad. Obviamente, sin la ayuda de estos dos hombres, Helen no hubiera podido acabar su tarea.

En el momento en que Helen comenzó a sentirse menos incómoda con los contenidos del Texto, comenzó a cambiar algunas palabras aquí y allá que le parecían inconsistentes con los conceptos básicos del material que había estado anotando. Generalmente sentía el apremio de volver a poner las originales y acababa haciéndolo a los pocos días; si no lo hacía, el temor le seguía inquietando hasta que por fin las cambiaba. Además, pronto se dio cuenta de que las palabras originales no estaban tomadas al azar sino que estaban elegidas con mucho cuidado. A veces, lo que en principio le parecía inconsistente, acababa siendo explicado y las palabras que en principio parecían confusas era necesarias para una explicación subsiguiente. Otras veces, ideas expresadas con palabras muy concretas volvían a ser expresadas más adelante en contextos que ella no había tomado en consideración y, por tanto, si los cambios que ella queria introducir hubieran prevalecido, hubieran disminuido la consistencia de los pensamientos en vez de aumentarla.

Un día, unos dos años después de que comenzara a transcribir el Curso, Helen se dio cuenta de que mucho del material que estaba tomando entonces era poético. Echó una ojeada a las últimas páginas escritas y le dijo a Bill que una buena parte del material más reciente estaba escrito en verso libre, yámbico pentamétrico, al estilo de Shakespeare. «¿Cuanto crees que está escrito así de lo que ya has tomado? —preguntó Bill—. Me encanta la poesía.»

Bill sacó las aproximadamente quinientas páginas que tenía mecanografiadas y comenzó a ojearlas, y para su sorpresa, muchas de las partes revisadas estaban escritas con esa misma métrica poética. No podía creer que llevara tantos meses oyendo, leyendo y escribiendo el material sin haberlo notado y aquella noche comenzó a releerlo desde el principio. La primera parte estaba escrita en prosa y se preguntó dónde habría tenido lugar el cambio. Pasaba las páginas revisando brevemente y siguiendo adelante hasta que le pareció encontrar el lugar en que el Texto se deslizaba hacia lo forma de verso libre, unas páginas antes. A medida que releyó las palabras, el nuevo ritmo de los pasajes parecía hacer el material aún más bello

e inspirado. Llamó por teléfono a Helen, le contó su descubrimiento y le leyó una muestra:

> ***Permanezcamos muy quedos por un instante y olvidémonos de todas las cosas que jamás hayamos aprendido, de todos los pensamientos que hayamos abrigado y de todas las ideas preconcebidas que tengamos acerca de lo que las***

cosas significan y de cuál es su propósito. Olvidémonos de nuestras propias ideas acerca del propósito del mundo, pues no lo sabemos. Dejemos que toda imagen que tengamos acerca nuestras mentes y desaparezca.

Helen parecía estar profundamente complacida y satisfecha y después de un breve silencio dijo simplemente: «¿No es maravilloso?, Bill. ¿No es maravilloso?».

En septiembre de 1968, después de tres años y novecientas cuarenta y cuatro páginas transcritas desde el comienzo del dictado, Helen oyó y transcribió lo siguiente:

Mi mano se extiende en gozosa bienvenida a todo hermano que quiera unirse a mí para ir más allá de la tentación, y mirar con firme determinación hacia la luz que brilla con perfecta constancia más allá de ella. Dame los míos, pues te pertenecen a Ti. ¿ Y podrías Tú dejar de hacer lo que es Tu Voluntad? Te doy las gracias por lo que mis hermanos son. Y según cada uno de ellos elija unirse a mí, el himno de gratitud que se extiende desde la tierra hasta el Cielo se convertirá, de unas cuantas notas sueltas, en un coro todo-abarcador, que brota de un mundo redimido del infierno y que te da las gracias a Ti.

Y ahora decimos «Amén». Pues Cristo ha venido a morar al lugar que, en el sosiego de la eternidad, Tú estableciste para Él desde antes de los orígenes del tiempo. La jornada llega a su fin, y acaba donde comenzó. No queda ni rastro de ella. Ya no se le otorga fe a ninguna ilusión, ni queda una sola mota de oscuridad que pudiese ocultarle a nadie la faz de Cristo. Tu Voluntad se hace, total

y perfectamente, y toda la creación Te reconoce y sabe que Tú eres la única Fuente que tiene. La Luz, clara como Tú, irradia desde todo lo que vive y se mueve en Ti. Pues hemos llegado allí donde todos somos uno, y finalmente estamos en casa, donde Tú quieres que estemos.

Helen dejó el cuaderno, cogió el teléfono de su habitación para llamar a Bill, y con una sensación de solemnidad y profunda calma dijo: «Bill, *Un Curso de Milagros* está acabado».

Helen, por supuesto no tenía ni idea de que estaba equivocada porque ni ella ni Bill tenían idea de lo que el Curso era realmente. Bill, que había estado leyendo ávidamente todo lo relacionado con el misticismo y la metafísica sabía que estaban en posesión de un documento espiritual muy relacionado con la enseñanza no dualista del Vedanta de la religión hindú, y que la evidente profundidad del Curso era paralela a la profundidad del Vedanta. Se dio cuenta de que las enseñanzas espirituales en ambos tenían parecidos sorprendentes y que la diferencia principal es que el Curso expone las verdades eternas de la Filosofía Perenne en términos cristianos, con una aplicación psicológica que parece estar especialmente dirigida al público contemporáneo.

Sabía también que las novecientas cincuenta páginas que tenía escritas eran la respuesta a la pregunta que había formulado hacía casi tres años sobre una manera mejor de vivir en el universo y aunque le resultaba muy difícil explicarse lo ocurrido, tenía una clara sensación de que aquello había ocurrido porque dos personas se habían unido en un compromiso consciente para lograr un objetivo común. Y en esa unión sin juicios había sucedido algo milagroso.

El Curso le resultó enormemente práctico. Sus relaciones profesionales habían cambiado y se habían hecho más pacíficas e incluso las relaciones personales en las que tenía dificultades se habían hecho más satisfactorias. Únicamente la relación con Helen le seguía resultando decepcionante porque pensaba que deseaba una relación pacífica con ella que de momento no había conseguido.

Al día siguiente de que Helen llamara a Bill para decirle que el Curso había acabado, se encontraron en su oficina antes de comer. Bill abrió el armario donde tenía el material y puso sobre la mesa las seis carpetas que contenían el manuscrito.

—Deberíamos ponerlo en otras carpetas más resistentes —dijo; buscaré algo a la hora de comer.

Cuando volvió traía consigo unas cubiertas negras del tipo que utilizan los estudiantes de doctorado

para transportar sus tesis.

—Estas han sido las únicas que he encontrado que fueran lo suficientemente grandes para que quepa el material —dijo a Helen. A medida que iba encuadernando las páginas preguntó: «¿Qué hacemos ahora?».

—¿Hacer? ¿A qué te refieres? No vamos a hacer nada. ¿No estarás pensando en enseñarlo a nadie, verdad? —preguntó Helen con aprensión.

—No estoy pensando en nada Helen, pero tampoco creo que hayamos pasado tres años haciendo esto para guardado en el archivador.

—Por lo que a mí respecta ahí está muy bien respondió —

Porqué no preguntas lo que debemos hacer? — sugirió Bill.

La Voz era una autoridad por la que Helen sentía ahora mucho respeto, y le dijo a Bill que aceptaba su sugerencia y se lo preguntaria en casa aquella noche. Entretanto, sin embargo, quería asegurarse de que Bill estuviese de acuerdo en no enseñar el material a nadie.

Evidentemente él estaba de acuerdo porque, al igual que Helen, sentía que sus carreras profesionales se verían amenazadas si se divulgase la verdadera historia del Curso.

A la mañana siguiente, se encontraron en la oficina y Helen dijo que la Voz había sido muy clara cuando le preguntó: no debían hacer nada de momento. Ella se sintió muy aliviada.

Bill dedicó su tiempo libre durante el mes siguiente a leer y releer el material. Le impresionaba particularmente la coherencia del trabajo, resaltando 'el hecho de que no podía encontrar un sólo párrafo o idea que estuviera en desarmonía en todo el Texto. Sin embargo se sentía confuso con el hecho de que el manuscrito, tal como estaba mecanografiado, tenía más de doscientas cincuenta mil palabras sin una sola división en capítulos o subcapítulos, y sintió que el material presentado de esta forma tan compacta a pesar de ser tan inspirado atraería a muy pocos lectores.

Pensó que quizás el propósito real del Curso fuera simplemente el de ofrecérselo a ellos dos para que lo usaran. Sin embargo, no llegaba a estar muy convencido de ello porque sentía que la Voz no podía haber dado tanto conocimiento en beneficio únicamente de dos personas que tenían problemas en sus relaciones; no tenía sentido que fuera así. Finalmente reconoció que como había pedido una forma mejor de hacer las cosas y le había sido dada, simplemente la utilizaría y no se preocuparía de hacer nada más con ella.

CAPÍTULO 5

DESDE septiembre de 1968, cuando Helen «acabó» de escribir el Curso, hasta la primavera siguiente, Bill y ella estuvieron muy ocupados en el hospital con algunos nuevos proyectos. Un día a primeros de mayo Helen comentó en la comida: «Sabes, Bill, me sentí muy aliviada cuando acabé el Texto, pero por extraño que parezca, echo de menos mi función». Durante los días siguientes se fue sintiendo cada vez más inquieta; «No sé lo que es -dijo distraídamente, pero creo que va a haber algo como un libro de ejercicios.»

Dos semanas más tarde la Voz volvió y entonces se enteraron de que el Texto que Helen había recibido no era la totalidad del Curso como habían pensado hasta entonces, sino que iba a haber un Libro de Ejercicios para los estudiantes que formaría parte integral de *Un curso de milagros.* A Helen no le gustó: no podía saber si este Libro de Ejercicios sería dos veces más largo que el Texto y si el dictado continuaría otros cinco años o más.

Cuando la Voz comenzó a dictar, sus miedos se disiparon rápidamente porque los primeros párrafos que Helen escribió les señalaron con precisión qué era lo que podían esperar:

Para que los ejercicios de este libro de ejercicios tengan sentido

para ti, es necesario, como marco de referencia, disponer de una base teórica como la que provee el texto. Es la práctica de los ejercicios, no obstante, lo que te permitirá alcanzar el objetivo del curso. Una mente sin entrenar no puede lograr nada. El propósito de este libro de ejercicios es entrenar a tu mente a pensar según las líneas expuestas en el texto. Los ejercicios son muy sencillos. No requieren mucho tiempo, y no importa dónde se hagan. No requieren ninguna preparación. El período de entrenamiento dura un año. Las lecciones van numeradas de la* 1 *a la* 365. *No intentes hacer más de una serie de ejercicios por día.

Helen se resistió mucho menos a escribir los ejercicios que el Texto. Quizá se debiera a que ya estaba acostumbrada a la Voz o a lo que decían las instrucciones dadas en la introducción al Libro de Ejercicios. Justo antes de empezar la primera lección, escribió:

> ***Recuerda solamente esto: no tienes que creer en las ideas, no tienes que aceptarlas y ni siquiera tienes que recibir/as con agrado. Puede que hasta te opongas vehementemente a algunas de ellas. Nada de eso importa, ni disminuye su eficacia. Pero no hagas excepciones al aplicar las ideas expuestas en el libro de ejercicios. Sean cuales sean tus reacciones hacia ellas, úsalas. No se requiere nada más.***

El hecho de que el Curso diera permiso específico para no creer en las lecciones si así se deseaba fue un gran alivio para Helen: ya no tenía que enfrentarse a los conflictos ideológicos que el contenido del Texto la producía. Además, sus resistencias disminuyeron debido a que se dio cuenta de que poniendo en práctica los principios del Curso, las relaciones dentro del hospital eran mucho menos tensas; como era muy pragmática, no podía discutir contra las ideas básicas de algo que parecía estar dando tan buen resultado...

Las primeras lecciones dictadas eran muy compactas, lo cual también tuvo un efecto muy positivo en la actitud de Helen, ya que sabía que solamente iban a ser trescientas sesenta y cinco y podía ver, por cómo estaban estructuradas las primeras, que su transcripción no supondría tanto trabajo como el Texto. Más tarde las lecciones se alargaron, pero para cuando Helen se dio cuenta, estaba tan absorbida con su desarrollo que casi dejó de quejarse totalmente por la intrusión de la Voz en su vida.

El dictado del Libro de Ejercicios tardó en completarse veintiún meses. Durante aquel tiempo continuaron proliferando actitudes más amistosas y menos competitivas por parte de sus asociados profesionales, siguiendo la tendencia iniciada cuando

Bill empezó a aplicar los principios del Curso. Para Bill, esto era algo a destacar en cualquier caso, pero lo que le parecía milagroso era que aquellos sentimientos seguían vigentes incluso en medio de enormes presiones o etapas de frustración personal que parecían ser inherentes al hecho de trabajar dentro de la estructura organizativa del hospital.

Cuando la Voz llegó a la lección 365, en febrero de 1971, Helen ofreció una oración silenciosa en acción de gracias porque una vez

más creyó concluido el trabajo. Incluso el epílogo que siguió a la última lección le indicaba que su trabajo de *escriba* había concluido, en tanto que comenzaba así:

> ***Este curso es un comienzo, no un final. Ya no se asignarán más lecciones espedficas, pues ya no son necesarias.***

y acababa con estas palabras:

> ***A Él le encomendamos nuestros pasos y decimos "Amén». Continuaremos recorriendo Su camino en paz, confiándole todas las cosas. Y esperaremos Sus respuestas llenos de confianza, cuando le preguntemos cuál es la Voluntad de Dios en todo lo que hagamos. Él ama al Hijo de Dios tal como nosotros queremos amarlo. Y nos enseña cómo contemplarlo a través de Sus ojos y a amarlo tal como Él lo ama. No caminas solo. Los ángeles de Dios revolotean a tu alrededor, muy cerca de ti. Su Amor te rodea, y de esto puedes estar seguro: yo nunca te dejaré desamparado.***

Al acabar el Libro de Ejercicios, Bill observó que su claridad y organización eran aún más impresionantes que las del Texto, dado que las lecciones, que llevaban a niveles cada vez más elevados de conciencia, eran tan acertadas psicológicamente que sólo un maestro psicólogo las podía haber creado.

A pesar de la conciencia profesional que tenían de la cualidad trascendente del material y de la efectividad de sus conceptos, ni Helen ni Bill tenían idea de que hacer con el Curso, aparte de leerlo, estudiarlo e intentar practicarlo. Sentían que en algún momento debería ser compartido pero no sabían ni cuándo ni cómo. Sin embargo, tampoco se preocupaban por ello porque siguiendo el Curso habían aprendido que su guía interna les llevaría en el momento justo a tomar la decisión correcta en

relación con el destino de aquel material.

Entretanto, el Curso estaba marcando una gran diferencia en sus vidas. Ahora les resultaba más difícil volver a las viejas pautas de trabajo o de relación con los demás. Si lo hacían, comenzaban a sentir una sensación de incomodidad y en aquellos momentos su frustración era tan grande que las interacciones que antes les resultaban conflictivas ahora les causaban incluso más tensión.

En verano de 1971, Bill le dijo a Helen que su sensación respecto a «hacer algo» para hacer el material más legible, era ahora mucho más intensa, y le preguntó si quería repasar el Texto con él y pedir ayuda para estructurarlo de forma que resultara más legible. Helen accedió a preguntar y obtuvo una respuesta clara en sentido afirmativo.

De esta forma comenzó un proyecto que les ocupó casi tanto tiempo como la transcripción del material original. Cualquier rato libre del que dispusieran y casi todos los sábados por la tarde, Helen y Bill lo dedicaron a leer el Texto con lentitud, sintiendo y preguntando dónde deberían ser ubicadas las pausas naturales. Así, a lo largo de catorce meses, el Texto se dividió en treinta y un capítulos y doscientos cincuenta y cinco subcapítulos.

En abril de 1972, mientras estaba trabajando todavía con los subcapítulos, Helen llegó al despacho de Bill y casi con resignación le dijo que la Voz había vuelto a dictarla la noche anterior pues tenía que transcribir un Manual para el Maestro. No tenía ni idea de que sería aquello, pero para entonces ya había aprendido que con un poco de paciencia lo averiguaría enseguida.

A la mañana siguiente, al llegar a la oficina, Helen le dijo a Bill: «Bien, parece que *Un curso de milagros* no está todavía acabado». Cuando este le preguntó qué quería decir, abrió uno de sus cuadernos y le leyó parte de lo escrito la noche anterior:

> ***En el pensamiento del mundo, los papeles de maestro y estudiante están, de hecho, invertidos. Esta inversión es típica. Parece como si el maestro y el alumno estuviesen separados y como si aquél le diese algo a éste, en vez de a sí mismo. Es más, se considera que enseñar es una actividad especial, a la que uno dedica una parte relativamente pequeña de su tiempo. El curso subraya, por otra parte, el hecho de que enseñar es aprender, y de que, por consiguiente, no existe ninguna***

diferencia entre el maestro y el alumno. Subraya, asimismo, que enseñar es un proceso continuo, que ocurre en todo momento del día y que continúa igualmente en los pensamientos que se tienen durante las horas de sueño.

Volvió entonces unas páginas atrás hasta encontrar la página que quería leerle específicamente:

Este es un manual para los maestros de Dios, quienes no son perfectos, pues, de lo contrario, no estarían aquí. Su misión, no obstante, es alcanzar la perfección aquí, y, por lo tanto, la enseñan una y otra vez, de muchísimas maneras, hasta que la aprenden. y después ya no se les ve más, si bien sus pensamientos siguen siendo una fuente de fortaleza y de verdad para siempre. ¿Quiénes son? ¿Cómo son escogidos? ¿A qué se dedican? ¿Cómo pueden alcanzar su propia salvación y la salvación del mundo? El propósito de este manual es contestar estas preguntas.

Helen cerró el cuaderno y sin emoción en la voz le dijo a Bill: «Creo que los encabezamientos pueden esperar».

Aunque Bill no tenía muchas ganas de seguir mecanografiando durante meses o años el material que Helen anotara, en su interior se alegró enormemente de la reacción que ella había tenido ante la situación. Dada su relativa calma supo que había tenido lugar un verdadero cambio de actitud: no mostraba señales de pánico como antes, y aunque no estaba entusiasmada con retomar su labor de *escriba, sus* temores ya no se manifestaban como antes. Bill sintió que esto en sí mismo era ya un milagro y se dio cuenta de que si este cambio en la actitud de Helen se debía a que había trabajado con las lecciones del Curso, el tiempo que necesitaran para completar la tarea de transcripción no sólo iba a merecer la pena sino que supondría un privilegio.

El Manual para el Maestro acabó teniendo setenta y siete páginas mecanografiadas, y en septiembre de 1972 Helen transcribió lo siguiente:

Este manual no pretende responder a todas las preguntas que tanto maestro como alumno puedan plantear. De hecho, solamente aborda algunas de las más obvias, a modo 'de breve resumen de algunos

de los conceptos principales expuestos en el texto y en el libro de ejercicios. No es, sin embargo, un sustituto de ninguno de ellos, sino meramente un suplemento. Aunque su título es manual para el maestro, no hay que olvidar que el tiempo es lo único que separa al maestro del alumno, de manera que la dife-

rencia entre ellos es, por definici6n, temporal. **Es** ***posible que a algunos alumnos les sea más útil leer primero el manual. A otros les puede resultar mejor empezar con el libro de ejercicios. Y todavía habrá otros que quizá necesiten empezar en el nivel más abstracto que ofrece el texto.***

Aquella noche anotó más cosas y por la mañana en el despacho se las leyó a Bill. El Manual concluía así:

Y ahora, bendito seas en todo lo que hagas.
Dios te pide ayuda para salvar el mundo.
Maestro de Dios, Él te ofrece Su gratitud
y el mundo entero queda en silencio ante la gracia
del Padre que traes contigo. Tú eres el
Hijo que Él ama, y te es dado ser el medio a través del cual
Su Voz se oye por todo el mundo,
para poner {in a todo lo temporal,
para acabar con la visi6n de todo lo visible
y para des-hacer todas las cosas cambiantes.
A través de ti se anuncia un mundo que,
aunque no se ve ni se oye, está realmente ahí.
Santo eres, y en tu luz el mundo refleja tu santidad,
pues no estás solo y sin amigos. Doy gracias por ti
y me uno a tus esfuerzos en Nombre de Dios,
sabiendo que también lo son en mi nombre y en el nombre de todos aquellos
que junto conmigo se dirigen hacia Dios.

AMÉN

Cuando terminó, una vez más ambos sintieron que *Un curso de milagros* había acabado. En esta ocasión estuvieron en lo cierto.

CAPÍTULO 6

ENTRE septiembre de 1972, en que acabó la transcripción del libro, y marzo siguiente Bill mostró el material tan sólo a cuatro personas: Hugh Lynn Cayce; un sacerdote católico llamado padre Michael que era alumno de uno de los cursos de graduado impartidos por él; y dos amigos íntimos.

Cada una de estas personas tuvo una reacción positiva pero muy diferente ante el Curso. Sus dos amigos encontraron el material interesante a nivel intelectual, pero no deseaban trabajar con las lecciones. Por su parte, Hugh Lynn sintió que el trabajo era «tremendamente importante» y que sus contenidos le indicaban que tenía el potencial de cambiar a «miles de personas». Mientras que el sacerdote, que tenía una cierta preparación en el estudio de las religiones y el misticismo, encontró que el Curso estaba en completa armonía con las grandes enseñanzas místicas de Oriente y sintió que las lecciones estaban concebidas con brillantez.

Bill tuvo problemas para convencer a Helen de que le permitiera enseñar el Curso a cada uno de ellos, y como no tenía ganas de seguir manteniendo discusiones de este tipo, decidió no mostrárselo a más personas. El Curso volvió al archivador y allí se quedó guardado para lo que el futuro le deparase.

En septiembre, cuando el Curso se completó, Bill leyó

en una revista especializada un artículo titulado «Misticismo y esquizofrenia», escrito por un médico y psicólogo llamado Kenneth Wapnik. Bill pensó que el artículo le resultaría fascinante al padre Michael y se lo hizo llegar sin darle más importancia. Este, sin embargo, pensó mucho sobre las ideas del artículo y sobre su autor.

* * *

Kenneth Wapnick tenía treinta años y hacía cuatro que se había doctorado en psicología. Nació y se crió en la fe judía, pero a mediados de 1972 tuvo una profunda experiencia mística que le llevó a «saber» que tenía que hacerse católico. Se bautizó oficialmente en

octubre de aquel año y el sacerdote que le bautizó tenía en tan alta estima a este nuevo converso que comentó a su amigo el padre Michael, con quien estaba asistiendo a un curso por aquel tiempo, «lo bello que había sido el bautizo de un psicólogo llamado doctor Wapnick».

El padre Michael reconoció el nombre inmediatamente y le dijo a su amigo que le gustaría mucho conocer al doctor Wapnick. El sacerdote expresó que le gustaría mucho presentarlos pero que el doctor Wapnick estaba planeando irse a Israel y no sabía cómo tendría programado el tiempo que le quedaba; en cualquier caso, le daría su teléfono e intentaría que pudieran ponerse en contacto.

Unos días después Ken llamó a Michael y acordaron una fecha para verse. De forma inmediata sintieron una afinidad mutua y pronto se hicieron amigos. A lo largo de sus debates sobre psicología y misticismo, el padre Michael pensó que a Ken le gustaría conocer a dos amigos suyos psicólogos y pocas noches antes de que saliera para Israel le presentó a Helen y a Bill.

El encuentro ocurrió en el apartamento de Bill después de cenar. La conversación giraba predominantemente en torno a temas profesionales y teorías, pero en un momento dado, Bill mencionó el material que Helen había trascrito y preguntó a Ken si le gustaría echarle un vistazo. Cuando Ken vio el volumen del manuscrito, señaló educadamente que sólo tenía unos días antes de irse y que no le quedaba tiempo para ojearlo de la forma que le gustaría.

Sin embargo, al llegar a Israel se encontró pensando con mucha frecuencia sobre el manuscrito que Billle había mencionado. No sabía porqué pensaba tanto en él, pero lo seguía teniendo en mente y decidió que cuando volviera a Estados Unidos, debería localizar a Bill y examinar en detalle su contenido.

Ken Wapnick pasó más de cinco meses en Israel, de los cuales tres y medio permaneció en un monasterio trapense, y cinco semanas en otro monasterio que estaba en la cima de una montaña en la baja Galilea. Este último había sido creado para desarrollar una comunidad en la que musulmanes, cristianos y judíos vivieran y rezaran juntos. La misa y las oraciones comunitarias se celebraban en hebreo y

Ken se sentía bien en aquel lugar. Pensó que podía ser su punto de destino. Sin embargo, en marzo de 1973 se sintió guiado a volver a Estados Unidos. La guía únicamente le dijo que debía volver, pero él pensó que había tres razones para ello: mejorar las relaciones con su familia, renovar las relaciones con sus amigos y ver el manuscrito que Billle había mencionado unos días antes de irse de Nueva York y que había permanecido en su mente a lo largo de toda su estancia en Israel.

Al volver a Nueva York, no sabía cuanto tiempo se quedaría en los Estados Unidos. Sentía que era un viaje de visita y que volvería a
Israel, quizá para vivir en aquel monasterio por un período de tiempo indefinido. El padre Michael le recogió en el aeropuerto y una de las primeras cosas que Ken le dijo era que quería ver a Bill Thetford y aquel manuscrito que le había mostrado. Cinco días después, Bill le pasó el manuscrito de 1500 páginas y Ken descubrió que se llamaba *Un curso de milagros.* Durante los dos meses y medio siguientes, Ken apenas hizo otra cosa que leer el manuscrito. A lo largo de aquel periodo fue sintiendo cada vez más claramente que su vida espiritual estaba de alguna manera conectada con ese material y que no iba a volver a Israel para quedarse ni para residir una larga temporada.

Cuando acabó de leer el Curso completo, tenía claros los pasos a dar en su vida: viajaría a Israel para zanjar algunos temas que habían quedado inconclusos y después volvería a Nueva York para trabajar junto a Helen y Bill en el Curso. También sintió que era importante que Helen y Bill visitaran Israel y les sugirió que lo hicieran mientras él estaba allí para así poder mostrarles lo que él consideraba los lugares más significativos.

Tanto Helen como Bill tenían vacaciones, y como ambos tenían deseos de visitar Tierra Santa pensaron que la invitación de Ken de hacer de guía, daría al viaje una dimensión añadida que de otra manera no hubieran podido disfrutar.

La tercera semana de agosto de 1973, un mes después de que Ken hubiera vuelto a Israel, y a pesar

de las aprensiones de Helen en relación al legendario calor estival israelí, Bill, Helen y Louis embarcaron en un avión rumbo a Tel Aviv.

Helen, a pesar de quejarse continuamente del «calor insoportable», participó plenamente en los planes que les propuso Ken, resultándole especialmente conmovedora la visita a Qumran, el lugar donde se descubrieron los manuscritos del Mar Muerto.

Al acercarse al lugar donde fueron hallados los manuscritos, Helen se detuvo visiblemente conmovida. Se quedó mirando a la apertura de la cueva y repentinamente rompió a llorar. Aunque Louis y Bill intentaron consolarla, no pudo articular palabra durante cinco minutos, y cuando por fin retomó la compostura, hablaba tan bajo que los demás tenían que esforzarse mucho para oírla.

«Esta es la cueva -dijo con voz temblorosa-. Esta es la cueva donde vi el pergamino que decía DIOS ES.» Nadie dijo una palabra; no había nada que decir.

Un rato después, impregnados del ambiente histórico que rodea al Mar Muerto, Helen comenzó a decirse a sí misma: «Sabes, le pasa algo al nivel del agua. Está muy bajo y antes solía estar mucho más

alta». Bill, que no tomaba a la ligera ningún pensamiento de Helen, abrió una guía que había comprado a su llegada a Israel y comenzó a ojearla. «Muy interesante, Helen —comentó—. Aquí dice que en los tiempos de los esenios, el nivel del agua del Mar Muerto era mucho más alto.» Todos se quedaron en silencio y por fin Helen, muy emocionada, dijo: «Este es el lugar más sagrado de la Tierra».

Después de un rato continuaron moviéndose por allí y unos minutos más tarde, en la misma zona, Helen volvió a detenerse de repente frente a otras ruinas. Miró al frente, hacia una suave depresión en el terreno y fijó la vista en una antigua tumba. «Esto me resulta muy familiar, quiero ir allí y echar un vistazo» —dijo. Antes de que pudiera dar más de dos pasos, la Voz que ya se le había hecho muy familiar le dijo de repente: «Deja que los muertos entierren a los muertos». Helen se detuvo sabiendo muy bien a que se refería.

Las experiencias vividas por Helen en Israel, a pesar de su intensidad emocional, a la larga no tuvieron efecto en su actitud hacia Dios, la reencarnación o cualquier otra cuestión espiritual. No podía negar el impacto de tales experiencias pero sus creencias e ideas respecto a Dios siguieron siendo tan ambiguas como siempre.

Helen, Louis, Bill y Ken volvieron juntos a Nueva York a primeros de septiembre. Ken se sentía instintivamente atraído hacia el centro médico aunque Billle hubiera dicho que veía muy difícil que tuviera trabajo para él. Pensó que como tenía algo de dinero ahorrado e iba a vivir en un hotel católico muy barato de Manhattan oeste, sus acciones en el futuro inmediato no se verían condicionadas por el hecho de no tener un empleo remunerado, y el tirón del manuscrito era tan grande que sabía que se dedicaría a él sin importarle los obstáculos que aparecieran en su camino.

A mediados de ese mismo mes, Ken comenzó a ir al centro médico cada día aunque no tenía un trabajo oficial. Pasaba el día leyendo y releyendo cuidadosamente cada sección del manuscrito y discutiendo con Helen lo que pensaba que había que hacer para asegurarse de que el material fuera totalmente claro. Fue una labor que sólo se pudo realizar a través de una dedicación total y mucho

amor. Pasaron más de mil horas determinando la puntuación precisa y lo que debía ir en mayúsculas. Asimismo, Ken dedicó mucho tiempo a revisar y pulir las particiones de las secciones y los encabezamientos que Helen y Bill habían insertado el año anterior. Aunque Helen y Bill hicieron un primer trabajo de dividir el manuscrito en secciones, ninguno de ellos estaba completamente satisfecho con el resultado, con lo que Ken asumió la tarea de conseguir la colaboración de Helen para asegurarse de que los encabezamientos estuvieran en armonía con la pureza de contenidos del Curso. Si no lle-

gaban a un acuerdo, Ken y Helen preguntaban a su guía interna y las repuestas recibidas por cada uno de ellos siempre coincidían.

Cuando Ken llevaba tres meses trabajando con Helen, el padre Michaelle envió dos sacerdotes para ponerse en tratamiento terapéutico con él. A pesar de no hacer ningún esfuerzo por aumentar sus ingresos, a partir de ese momento Ken comenzó una pequeña consulta psicológica privada que iría desarrollando únicamente en base a referencias de amigos, y hacia otoño de 1974 dedicaba los viernes a los clientes que le habían ido surgiendo. Por aquel tiempo, Bill también le encontró un trabajo de psicólogo a tiempo parcial en su departamento, justo en el momento más oportuno, pues ya empezaba a quedarse sin dinero y a preguntarse qué hacer al respecto.

A medida que se acercaba la Navidad de 1974, Ken sintió una intensa presión interna para completar el trabajo de editar el Texto. No sabía porqué sentía aquella urgencia y tampoco le resultaba fácil la situación, ya que cuanto más presionaba a Helen para que trabajara con él, más parecía ella resistirse. A pesar de todo, él sabía que debía continuar el trabajo y acabado y, en consecuencia, pasaron fines de semana, noches y cualquier otro momento en que Helen estuviera disponible para cooperar completando aquel trabajo monumental del que se había hecho responsable.

A finales de enero el trabajo estaba acabado a entera satisfacción de ambos y el manuscrito que en un principio habían sido 500.000 palabras de dictado sin pausas, ahora era un Curso de autoestudio, fácil de leer y con un estilo coherente. Helen, Bill y Ken tuvieron una sensación de alivio sentida de forma diferente por cada uno según su personalidad y actitud. Helen se sintió por fin libre; Bill sabía que habían dado lo mejor de ellos mismos, y Ken se sentía muy agradecido por haber podido participar en un trabajo de gran significado espiritual.

Por aquel tiempo, Bill comentó a Helen que había estado preguntándose cómo podrían llegar las enseñanzas del Curso relativas a la curación a quienes practicaban la medicina tradicional. Comentó que había estado leyendo artículos de distintos temas que él sentía relacionados con la cuestión y entre ellos había una intrigante información sobre un

invento ruso llamado fotografía Kirlian. Explicó a Helen que este proceso era una forma de fotografía a alto voltaje que parecía indiear el campo de fuerza alrededor de la materia. Bill se preguntaba si ese aparato podía ser una forma fiable de demostrar, a través de la tecnología, la existencia de energías no físicas, haciendo de esta manera el asunto más aceptable a los colectivos profesionales.

Helen dijo que no sabía nada del tema pero que le preguntaría a su guía interna. Dos días más tarde llevó a Bill información

que había anotado y que parecía ser la respuesta a aquella pregunta.

«No tiene nada que ver con la luz --dijo-; es sonido», y leyó a Bill el principio de una transmisión muy técnica que les sorprendió por su naturaleza científica. El dictado describía un aparato que cuando fuera construido podría medir la curación en un cuerpo. Las *Notas sobre el sonido* parecían incompletas y poco claras pero se completaban con imágenes que Helen tenía del aparato mismo y de las que podía hacer una descripción con palabras.

Ni Helen ni Bill comprendían el aspecto técnico de la información y decidieron dejarla de lado hasta que algún ingeniero entrase en contacto con ellos'. Entretanto continuaron sus tareas profesionales sin hacer muchos progresos en su relación interpersonal.

Por aquel tiempo, se encontraba un día Bill trabajando en su despacho cuando sonó el teléfono. La voz al otro extremo del hilo telefónico se identificó como un amigo de uno de sus colegas de trabajo. Según dijo, llamaba porque él y algunos socios estaban preparando una conferencia sobre la fotografía Kirlian y se preguntaba si el auditorio del hospital en que Bill trabajaba podría ser alquilado. Bill le dijo que no era posible alquilarlo a gente sin relación con el hospital, y el hombre le preguntó si le podía sugerir otro lugar para la conferencia. Bill le habló del primer lugar que le vino en mente, que era la Academia de Medicina, situada entre la Quinta Avenida y la calle 104. El hombre pensó que era una idea muy buena, le agradeció la información y colgó.

Bill no volvió a pensar en la llamada hasta que recibió una invitación para la primera Conferencia Internacional sobre la Fotografía Kirlian que se iba a celebrar el sábado dentro de tres semanas. El hombre con quien había hablado le enviaba una nota de agradecimiento escrita sobre la invitación impresa: «Gracias; venga por favor». A causa de las *Notas sobre el Sonido,* Bill tuvo una intensa sensación de que debería asistir; consultó a Helen y a Ken qué les parecía y juntos decidieron preguntar a la guía interna. La respuesta fue muy clara: Helen no debería ir pero Bill sí.

El sábado de la conferencia hacía una mañana de primavera muy hermosa y Bill se dirigió a la Academia de Medicina protestando un poco por tener que pasar el día en un edificio cerrado.

«¿Por qué hago esto?» -refunfuñaba, mientras caminaba a pie por la Quinta Avenida. Finalmente lo racionalizó diciéndose que

---

En los años siguientes el material ha sido mostrado a distintos científicos eminentes, pero ninguno de ellos ha podido dar la información necesaria para poder construir el aparato.

quizá tendría ocasión de conocer a uno de los oradores, Douglas Dean. Bill había oído hablar de este profesor universitario de ingeniería y sus investigaciones sobre la curación paranormal, y pensó que quizá podría arrojar algo de luz sobre el ingenio curativo que Helen veía en sus imágenes.

Cuando llegó a la academia se presentó al coordinador de la conferencia con quien había hablado por teléfono en un principio sobre la posibilidad de alquilar el auditorio del hospital.

—¿Puedo hacer algo por usted? -le preguntó el coordinador.

—Sí— le respondió Bill-. Me gustaría conocer a Douglas Dean.

Fueron presentados de inmediato y comenzaron a hablar de fenómenos paranormales. Como el programa de la conferencia estaba a punto de comenzar, pensaron que les gustaría quedar un día para comer y continuar con la conversación, así que decidieron encontrarse diez días después en la oficina de Bill.

La conferencia comenzó, y después de los saludos de bienvenida, la encargada de hacer la charla de introducción fue Judith Skutch, una mujer de cuarenta y cuatro años, profesora de parapsicología. No era la primera vez que Bill veía a Judith; habían coincidido el año anterior en una conferencia sobre parapsicología, de la que Judith fue presidenta, que se había celebrado en el ayuntamiento. A medida que Judy empezó a hablar, Bill pensó: «Realmente debería tener un encuentro con ella algún día, pero no hoy».

Helen en Nueva York, 1917

Helen a los 18 años

Helen y Louis Schucman en la época de su matrimonio

Helen con Judy Skutch, 1976

Helen con Ken Wapnick, 1977

Helen con Jerry Jampolsky 1976

CAPÍTULO 7

JUDY Skutch se había criado en un vecindario de clase media en Brooklyn, Nueva York, pero su pasado no se podía calificar de «ordinario» .

A la edad de siete años, cuando estaba en tercer grado, el consejo educativo de las escuelas de su área diseñó un programa de educación para niños superdotados y Judy fue seleccionada para participar en él. El programa estaba basado en la idea de que la educación auto dirigida facilitaría el aprendizaje y promocionaría la creatividad. A pesar de su edad, a los participantes se les ofreció la posibilidad de elegir clases de lengua extranjera, matemáticas y ciencias, así como de lectura rápida y mecanografía. También se promocionaban los proyectos grupales y se examinaban a fondo los trabajos de investigación.

El programa era interesante, aunque para Judy supuso tener que ir en autobús cada día a una escuela pública lejos de su barrio durante los siguientes cinco años. Además, a pesar de que tenía que realizar otro largo viaje interurbano, sus padres insistieron en que asistiera a la escuela hebrea cuatro tardes por semana, así como a la escuela dominical. Su padre, una abogado llamado Samuel Rothstein, era líder de una organización judía a nivel mundial que concedía gran importancia a su tradición y quiso asegurarse de que sus hijos estuvieran versados en el significado del judaísmo.

Judy tuvo poco tiempo y oportunidades de llevar una vida social normal en su preadolescencia porque, aparte de tener pocos compañeros de su escuela en la vecindad y de sus largos desplazamientos, recibía clases de música entre semana e iba a la sinagoga los sábados por la mañana. Como consecuencia de todo ello, sus compañeros fueron los libros.

Al acabar la escuela primaria, el programa para estudiantes superdotados se continuó en el instituto de su área. Las líneas maestras del programa fijaban que los estudiantes del grupo especial estuvieran separados de los demás, por lo que aunque ya no tenía que hacer el largo viaje de ida y vuelta a la escuela cada día, seguía sin

estar en contacto con gente de su edad que viviera cerca de su casa. El programa de aprendizaje especial le resultó, a pesar de todo, muy interesante. Apenas hacían nada del trabajo típico que normalmente se hace en las aulas. En su clase de ética, por ejemplo, organizaban visitas a los tribunales de justicia, después de los cuales, en vez de hacer exámenes, editaban un periódico sobre lo que habían visto en los distintos juicios a los que habían asistido.

Tampoco se podía decir que su vida familiar fuera la típica. Creció en una atmósfera muy familiar y su casa siempre parecía estar llena de parientes, sobre todo a finales de los años treinta y principios de los cuarenta cuando tantos judíos huían de Europa. Los parientes de países ocupados por los nazis que habían conseguido escapar al holocausto hicieron de la casa de los Rothstein su «hogar de acogida» .

Dada la necesidad de espacio para dormir, pidieron a Judy que compartiera habitación con su abuela materna. La compañía de esta sabia mujer, Anna Solomon, resultó ser una intensa experiencia emocional para Judy porque llegó a intimar más con ella que con cualquier otra persona de su familia. Su abuela era una mujer muy independiente que había enviudado cuando tenía casi cincuenta años y, por aquel entonces, se proveía el sustento trabajando en una guardería infantil de su propiedad.

Además de todos los parientes, Judy estuvo en contacto con una serie de líderes políticos y religiosos que visitaban la casa de los Rothstein para hablar con su padre de temas relacionados con el judaísmo a nivel mundial. El hecho de cenar en la misma mesa con Eleanor Roosvelt u otras figuras de renombre dio a Judy un «saber estar» en las relaciones sociales que se iría manifestando más a medida que madurara.

La mayor parte de sus pensamientos íntimos eran compartidos con su abuela pero había uno, basado en algo que le había ocurrido en su pubertad, que no compartía con nadie.

A la edad de trece años tuve una experiencia mística espontánea que me afectó tan profundamente que la incorporé a la esencia misma de mi conciencia. Sin llegar a

entender su significado, porque el intelecto no podía enfrentarse a aquel poder, de una u otra forma sabía que lo ocurrido era Verdad.

El incidente sucedió cuando tuve que ser sometida a una operación dental. No tenía ni idea de cómo sería aquel proceso, no sabía que me iban a administrar un anestésico, y me sorprendió encontrarme atada a un sillón entre dos auxiliares: uno

para administrarme el gas y el otro para observar la marcha de la operación a medida que el cirujano la realizaba. Cuando me pusieron la máscara en la cara, comencé a luchar con la sensación de pérdida de conciencia y en un instante sentí un miedo tremendo de «perderme a mí misma» . El dolor emocional era muy intenso y la sensación física que sentía era de enorme presión, como si tiraran de mí dentro de mi cabeza. Era como si estuviera perdida en la conciencia a lo largo de una línea de puntos negros. De forma inexplicable, sabía que tenía que progresar hacia arriba y cuando la línea de puntos negros me rodeó convirtiéndose en un triángulo, supe que mi conciencia debía llegar hasta su vértice. Para mí aquello fue la muerte. La lucha interna era inmensa pero no podía continuar y finalmente, después de una agudísima y cortante sensación de dolor, me sentí catapultada a través de la barrera del sufrimiento a la paz total.

No había percepción, sólo un sentimiento de luz absoluta y preciosa. Yo no era un cuerpo, veía sin ojos y tenía conciencia de una realidad total que transciende los sentidos. Me envolvía una sobrecogedora sensación de bienestar y en un lugar al que podemos llamar «conocimiento»; yo era una con el Universo, con todas las almas y con Dios. En este estado de conocimiento, la paz, la alegría y la realización estaban más allá de todo lo que se pueda imaginar.

Recuerdo vívidamente el sentimiento de «por fin estoy en casa» , y cuando esto ocurrió, escuché una voz dentro de mí y a mi alrededor que me repetía: «Ahora conoces, ahora conoces, ahora conoces». No sabía lo que conocía pero parecía conocerlo Todo.

Al despertar de la anestesia intenté contarle a mi madre esta maravillosa e incomprensible conciencia de lo que la vida es realmente. Me escuchó sonriente y me dijo que se alegraba de que hubiera tenido un sueño tan bonito. Reconocí que me sería imposible traducir o *explicar con palabras aquello que sentía que era el conocimiento.*

Al no poder hablar sobre la experiencia ni tener la ayuda necesaria que me indicase la literatura que

pudiera validarla, reprimí aquel incidente hasta que casi dejó de formar parte de mi conciencia. De hecho, lo reprimí tan totalmente que durante mis años universitarios no me interesé por hacer cursos que hubieran ampliado mi comprensión de la experiencia. Sin embargo, en algún lugar de mi conciencia, nunca perdí el senti-

miento de que nuestro verdadero hogar está en el reino del conocimiento total y no en el reino de la forma.

Cuando Judy acabó sus estudios universitarios se matriculó en la Escuela de Filosofía de la Universidad de Columbia para realizar un *master* en Literatura Inglesa. En menos de un año, hizo lo que tanto ella misma como sus padres esperaban que hiciera: se casó. Los siguientes tres años estuvo trabajando en un editorial donde realizaba los comentarios de presentación para las cubiertas de los libros. Este trabajo no era lo que había imaginado cuando estudiaba periodismo y en el séptimo mes de su embarazo lo dejó sin pensado dos veces.

Su primer hijo, Jonathan, nació en 1955 y su hija Tamara llegó en 1959. Sus experiencias con Tamara cuando comenzó a hablar fueron las que dieron un giro a su subconsciente haciéndole recordar con claridad aquella experiencia que le había ocurrido en el dentista quince años atrás...

Casi desde el momento en que empezó a hablar, me di cuenta de que Tammy parecía estar en sintonía con el mundo a su alrededor de una forma que estaba más allá de los cinco sentidos. Tuve las primeras indicaciones de esto en el increíble contacto telepático que existía entre ella y yo. A menudo cuando yo estaba pensando en algo, ella, ya desde que pudo articular palabra, respondía a mi pensamiento.

Un día, cuando tenía tres años, yo me estaba preguntando qué hacer de comida para Jonathan, que pronto volvería de la escuela. Pensé que quizá le gustaría tomar atún. Tammy, que estaba a mi lado, respondió como si *yo hubiera expresado el pensamiento con palabras, diciéndome que a ella no le gustaba el atún y que preferiría que hiciera otra cosa. Cuando le pregunté sorprendida porque había dicho aquello, me respondió: «Has dicho que estabas pensando en hacer atún, ¿no?».*

En aquel momento me di cuenta de que oía de forma diferente.

A lo largo de la infancia de Tammy, este tipo de

cosas ocurrían cada vez con mayor frecuencia, e incluirían una gran variedad de experiencias desde comunicación telepática a sueños precognitivos y manifestaciones de clarividencia. Muchas veces se despertaba con informaciones para mí, e insistía en que no venían de un sueño sino de un real. *Usaba la palabra «real» como sustantivo porque decía que podía distinguir entre lo que*

parecía fantasía y lo que sabía que estaba ocurriendo. En realidad, los sucesos que describía no habían sucedido todavía pero estaban a punto, tal como aprendimos al poco tiempo.

Hubo una ocasión, por ejemplo, justo antes de su séptimo cumpleaños, en que vino a mi cama por la mañana temprano, cuando aún estaba oscuro. Lloraba desconsolada y entre lágrimas me dijo que su fiesta de cumpleaños iba a ser un desastre. Me dijo que había tenido uno de sus reales *y que dos de sus compañeras, que no eran amigas suyas, habían desbaratado la fiesta tirando comida y comportándose de tal forma que hubo que llamar a sus padres para que vinieran a recogerlas antes de tiempo. Para empeorar las cosas, las niñas habían recuperado los regalos que la traían antes de irse.*

Cuando indiqué a Tammy que aquellas niñas no estaba invitadas a su fiesta y que no tenía de que preocuparse, reconoció que era verdad, pero insistió en que el sueño era un real. *Sin embargo, cuantos más detalles recordaba, más se daba cuenta de que no tenía nada que ver con su fiesta. Las decoraciones de su fiesta eran mejicanas, mientras que las del* real *estaban tomadas de la tira cómica «Peanuts». También se fijó en que la fiesta de su* real *se celebraba en un piso decorado de forma muy distinta al nuestro. Sabiendo esto, se sintió mejor y pudo volver a la cama.*

Tammy tuvo una fiesta de cumpleaños muy alegre y no volvió a pensar en su real *hasta dos semanas después cuando estaba en la fiesta de cumpleaños de una amiga en cuya casa no había estado antes. La dejé en la puerta del edificio donde estaba el apartamento y quedamos en que pasaría a recogerla en aquel mismo lugar a las cinco de la tarde. Sin embargo, a las cuatro llamó y con gran determinación me dijo que tenía que subir a recogerla al mismo piso cuando terminara la fiesta. No tenía muchas ganas de hacerlo pero entendí que era importante para Tammy que lo hiciera.*

Cuando llegué, Tammy, muy emocionada, me recibió con la noticia de que todo había ocurrido tal como ella lo había experimentado anteriormente en su real' *las decoraciones de «Peanuts», las dos niñas que tuvieron que ser enviadas a casa antes de tiempo por su mal comportamiento, incluso el hecho de que antes de irse*

habían recuperado sus regalos.

Hubo muchos ejemplos de sueños precognitivos similares a este a medida que Tammy fue creciendo, e igualmente hubo docenas de casos de telepatía y clarividencia.

A medida que estos incidentes se hacían menos sorprendentes para mí, me fui dando cuenta de que mi hija usaba sus habilidades de forma natural y constructiva y que se sentía muy cómoda con este tipo de percepciones.

En consecuencia, yo misma me sentía relajada y cómoda con tales capacidades y sabía que no había nada que temer. De hecho todas las manifestaciones de la personalidad de Tammy como consecuencia de su alto nivel de sintonía eran muy positivas, y me parecía que todos los rasgos paranormales de su personalidad eran tan solo una extensión de su naturaleza abierta.

Esto se me hizo aún más claro debido al hecho de que si alguien pedía a Tammy que hiciera una transmisión telepática, no quería ni intentarlo y educada mente se negaba. Me dijo que no quería usar sus habilidades a menos que hubiera una buena razón para ello y pensaba que actuar para el público no lo era. Sin embargo, cuando era necesario enviar un mensaje debido a una emergencia, se ofrecía a hacerlo y además solía tener éxito en su intento.

Esto quedó demostrado de forma muy hermosa cuando un tío mío de Nueva York se puso repentinamente enfermo y mi madre, que iba camino del teatro, tuvo que ser informada. Tammy, que entonces tenía doce años, se dio cuenta de lo importante que era para mí localizar a mi madre y me preguntó si quería que le enviara un mensaje. Evidentemente, yo le dije que sí y se fue de la habitación por unos minutos. Cuando volvió dijo con mucha seguridad: «La abuela lo ha recibido».

Le pregunté cómo lo sabía y me describió el procedimiento diciendo que había ido a su habitación, se había puesto delante del espejo y se había mirado intencionalmente a sí misma hasta que había «desaparecido» . Entonces repitió tres veces: «Abuela, llama a casa», y cuando sintió un «click» en la parte posterior de su cabeza supo que su abuela había recibido el mensaje.

Resultó que, efectivamente, mi madre lo «recibió» aunque no tenía ni idea de que era algo «enviado». Mi padre se detuvo un momento en su oficina para recoger el correo, y mi madre, a los pocos momentos

de que Tammy enviara el mensaje, dijo que había tenido la sensación de llamarme. Este era un comportamiento atípico, y mi padre, que no quería llegar tarde a la actuación, intentó convencerla de que no perdiera tiempo.

Sin embargo ella sentía una inmensa fuerza que le impulsaba a llamar y fue una bendición que as{ lo hiciera porque necesitábamos urgentemente que llevara a su hermano al hospital.

Incidentes de este tipo fueron la piedra de toque para darme cuenta de que Tammy daba muestras de no tener dificultad para extender su conciencia más allá de los parámetros de su cuerpo. Esto le permitía mucha más conexión con la gente de lo que yo había creído posible en un principio.

En 1966, *el doctor Irving Rubin, un buen amigo mío que había conocido a Tammy toda su vida, me dio un libro. «Toma -me dijo-. Creo que lo encontrarás interesante y puede que te ayude a entender algunas de las experiencias de Tammy.» Era un libro de Jess Stearn titulado* El profeta durmiente. La historia de Edgar Cayce, el mayor psíquico de América.

Llevé el libro a casa y se lo enseñé a mi marido Bob, el padre adoptivo de Tammy, y tanto él como yo comenzamos a interesamos por toda la información escrita con las habilidades paranormales de este hombre. A su vez esto hizo que comenzáramos un programa autodirigido de lecturas relacionadas con los fenómenos psíquicos. Bob se sentía particularmente intrigado por las lecturas relacionadas con la curación paranormal. Sin embargo, pronto se hizo evidente que tentamos que ser extremadamente selectivos para elegir información que fuera fidedigna. Por tanto decidí investigar aquel campo a través de los estudios académicos.

Durante algunos años hice cursos en la Nueva Escuela para la Investigación Social y recibí enseñanzas de los principales investigadores en ese campo. Mi enorme interés me llevó a asistir a los cursos abiertos al público que ofrecían la Sociedad Americana de Investigación Física y la Asociación para la Investigación y la Iluminación.

Pronto me hice amiga de los investigadores pioneros, como el doctor Stanley Kipner y el doctor Montague Ullman, del Laboratorio de Sueños Maimónides de Brooklyn, Nueva York; el doctor Ian Stevenson, un conocido investigador de la reencar-

nación en la Escuela de Medicina de Virginia; el doctor Lawrence LeShan, un psicólogo cuyo extenso estudio de investigación dio como resultado un método único de enseñar la sanación psíquica; y en general la mayor parte de las figuras conocidas a nivel nacional que eran líideres en este campo. Al ir

implicándome en sus esfuerzos, finalmente me di cuenta en 1971 *de que el mejor uso que podía hacer de mis energías era dedicar/as a apoyar las investigaciones parapsicológicas. Cuanto más observaba el desarrollo de mi hija y más aprendía sobre las investigaciones paranormales, más claro veía que tenía que dedicarme totalmente a un único objetivo: aprender cuanto fuera posible sobre el potencial del ser humano. Con este propósito, Bob y yo creamos una organización no lucrativa a la que pusimos el nombre de Fundación para la Investigación Parasensorial.*

Para Judy Skutch, la dirección de la Fundación para la Investigación Parasensorial resultó ser un trabajo al que dedicaba hasta dieciocho horas diarias, pues Judy y Bob eran sus dos únicos miembros y él trabajaba toda la jornada como asesor de inversiones.

Judy se dedicaba a hablar con muchas personas que buscaban financiación para sus proyectos, sopesaba su importancia y pedía consejo a sus amigos, profesionales en esos temas, a la vez que ayudaba a contactar entre sí a la gente con objetivos comunes.

Los fondos que la Fundación ofrecía en forma de becas eran muy modestos, y las primeras investigaciones fueron gestionadas a través del Laboratorio de Sueños del Hospital Maimónides, que experimentaba con los estados alterados de conciencia. Las personas que trabajaba en el Laboratorio se hicieron buenos amigos de Judy y Bob, y cuando pensaban que un proyecto merecía la pena, Judy intentaba encontrar el dinero para financiado. No eran proyectos muy amplios sino más bien intentos de ayudar a poner en marcha las investigaciones más meritorias con un poco de dinero inicial. Más tarde, si el trabajo prometía, había otras grandes organizaciones que podían sentirse inclinadas a continuar con la financiación.

Durante este tiempo, Bob comenzó a trabajar con la sanación paranormal y además se sentía interesado por el proceso conocido como «escritura automática». En el curso de su inmersión en este tema se sintió

impulsado a experimentado por sí mismo y durante una temporada estuvo escribiendo material cada noche en estado meditativo. Todas las páginas de guía interna que escribió resultaron ser de gran valor en su trabajo de curación y también constituyeron un apoyo fiable que le ayudaba a tomar aquellas decisiones que parecían necesitar algo más que la lógica.

La Fundación trabajaba principalmente con la curación paranormal y la escritura automática, y como tanto Judy como Bob sen-

tían que debían ayudar a atraer la atención del público hacia estos temas, patrocinó una serie de conferencias públicas a partir de 1973.

En junio de 1973, Judy y Bob organizaron una de estas conferencias en el Centro Lincoln de Nueva York a la que asistieron más de mil personas. El tema de la conferencia era «Sanación psíquica: mito dentro de la ciencia», y estaba centrado en el trabajo de gente como Larry LeShan y Stanley Krippner, los sanadores OIga Wonal y Edgar Jackson, así como de la hermana Justa Smith cuyo trabajo pionero investigaba el efecto de la curación psíquica en la estabilidad de las enzimas.

Debido a las presiones de Stanley Krippner, la Fundación patrocinó también las dos primeras «Conferencias occidentales sobre acupuntura, fotografía Kirlian y el aura humana». Estas eran las primeras conferencias que trataban de estos asuntos y fueron lo suficientemente significativas para que se publicaran sus debates.

Además, Judy hacía el seguimiento de los numerosos proyectos de investigación que la Fundación ayudaba a financiar, incluido el innovador trabajo sobre visión remota realizado en el Instituto de Investigación de Standford con el psíquico israelí Uri Geller. Este proyecto, cuyos resultados se publicaron en la prestigiosa revista británica *Nature,* junto a una miniconferencia sobre los fenómenos psíquicos a la que asistieron dieciséis físicos de renombre mundial, fueron muy importantes para conseguir que a nivel mundial se reconociera la importancia de investigar el funcionamiento
psíquico. De hecho, la conferencia misma llevó a publicar un libro: *Los documentos Geller,* de Charles Panoti.

Judy continuó asumiendo responsabilidades: se hizo miembro fundadora de la Sociedad de Ciencias Noéticas junto al ex-astronáuta Edgar Mitchell, y también profesora de la Escuela para la Educación Continua de la Universidad de Nueva York donde daba clases de Parapsicología Experimental y Nuevas Dimensiones en la Sanación. Paralelamente aceptaba invitaciones para participar en programas de radio y televisión en los que hablaba de su trabajo, y por si fuera poco, comenzó su tesis doctoral en el Instituto de

Psicología Humanista en California.

Su vida externa comenzó a parecer una compañía teatral de derviches girando. La revista *Nuevas Realidades,* en la biografía que acompañaba a una entrevista hecha a Judy, describía su vida de esta forma:

La mejor manera de resumir la vida de Judy Skutch en los años setenta es *ver como transcurre un día típico en el salón del amplio piso que tienen los Skutch en Nueva York. En una habitación* se *muestra una película a un grupo interesado en la biorretroalimentación, en la siguiente hay un grupo practicando meditación y en una tercera hay una reunión de investigadores médicos.*

Skutch misma parece estar en todas partes a la vez y también hace juegos de manos con tres teléfonos que conectan a tres personas entre sí en el campo de la conciencia. En cualquier momento uno se puede encontrar con Edgar Mitchell, Swami Muktananda o *Uri Geller, por no hablar de un amplio surtido de psíquicos, místicos y psíquicos* o *simplemente amigos de amigos. A quien venga por primera vez le parece un milagro que una mujer tan pequeña pueda mantener todo esto en funcionamiento a la vez y además servir la cena, preparada por ella, a todos los reunidos.*

.

La capacidad de Judy para tapar su vacío existencial y la ausencia de realización que sentía por aquel tiempo, en 1975, era igualmente milagrosa. Superficialmente, su vida era todo lo que ella hubiera deseado: su trabajo era desafiante y divertido, toda su familia compartía sus intereses, y sus consejos y servicios eran buscados por gente de todo el país. Pero le faltaba algo vital y esto le producía un profundo dolor.

Mi situación comenzaba a causarme dolor físico: contraje una grave úlcera péptica. Sabía muy bien el efecto que las emociones pueden tener en el bienestar físico pero ese conocimiento no hacía que cambiaran los síntomas. De hecho, el conocimiento de que me estaba haciendo aquello a mí misma me hizo sentirme aún más frustrada. Buscaba una y otra vez

las respuestas que me ayudasen a salir de la prisión que yo misma había construido, pero no encontraba ayuda alguna. Todo lo que sabía era que a pesar de todos los aspectos que tenía el trabajo que estaba realizando, no había ni un sólo proyecto que no me dejara con la sensación de que daba una respuesta incompleta, de que faltaba algo. Respetaba y apoyaba el enfoque científico y

lo creía totalmente necesario pero no estábamos tocando ninguno de los aspectos espirituales, aunque supiéramos en todos los proyectos, en especial con los relacionados con la curación, que tratábamos con principios espirituales una y otra vez.

En aquel momento comencé a tener sueños que fueron la continuación de mi primera experiencia mística. Esta vez parecía haber en ellos un mensaje que me dejaba con una sensación de amor universal omniabarcante, cercana al éxtasis, aunque este sentimiento era efímero y no podía mantenerlo.

El contraste que había entre los sentimientos que experimentaba en sueños y los que tenía cuando estaba despierta y activa era, como poco, desgarrador. Aunque mi marido y mis hijos no se quejaban nunca, sabía que mi estado mental nos hacía sufrir a todos.

Me sentía deprimida y quería cancelar el compromiso adquirido dos meses atrás de dar el discurso introductorio en la conferencia sobre fotografía Kirlian que tendría lugar en la academia médica de Nueva York. Ahora que había llegado la hora, tenía unas ganas desesperadas de no hacer aquella presentación y sin embargo sabía que no podía evitarlo de ninguna manera. Aquel día, me arrastré a mi misma hasta el lugar en que se celebraba la conferencia e hice un discurso de veinticinco minutos sobre la sanación y la importancia de atraer métodos de curación no tradicionales hacia la práctica médica habitual.

Después de la conferencia fui directamente a casa y me metí en la cama. Me sentía más hundida que nunca. Lo tenía todo... un marido amoroso, dos hijos preciosos y con talento, un trabajo creativo que me ponía en contacto con la gente más interesante... y sin embargo sentía un gran vacío dentro, como si *me estuviera partiendo en pedazos. Entonces, en medio de una aguda crisis emotiva, rompí a llorar y sin saber muy bien cómo* o *de dónde vinieron las palabras solté un grito dolorido: «Que alguno de los de ahí arriba me ayude, por favor». Las palabras me sorprendieron porque nunca antes las había utilizado ni había tenido pensamientos parecidos.*

Dos días después, hacia las nueve de la mañana,

sonó el teléfono. Una amiga mía de Detroit estaba en Nueva York y me dijo que era importante que nos viéramos, proponiéndome que nos encontráramos a la hora de comer en un restaurante del centro de la ciudad. Cuando llegué me estaba esperando y le acompañaba un hombre de unos cuarenta y cinco años. Me lo

presentó como su profesor de metafísica y me dijo que tenía un talento especial como numerólogo. Como yo no sabía nada de numerología y no era algo que me interesase mucho, escuché sólo a medias las historias que mi amiga relataba sobre sus sorprendentes capacidades de predicción y cómo le había ayudado a encontrar una forma más pacífica de mirar la vida. Después de comer, cuando nos íbamos, mi amiga me dio la tarjeta de aquel hombre e insistía en que me hiciera la carta numerológica. El hombre me miró directamente y dijo: «Tengo muchas ganas de hacerte la carta, para ti será un regalo».

La conversación me dejó confundida pero como creía que en la vida no hay encuentros fortuitos, sentí que tenía que ceder a los deseos de mi amiga. Racionalizándolo me dije a mí misma: «Los numerólogos, como los que leen las cartas del Tarot o *quienes leen el futuro, son personas muy sensibles que tan sólo utilizan un tipo de herramientas como puntos focales para decirme algo acerca de mí misma que me ayude a resolver mi problema». En mi estado de angustia, valía la pena probar cualquier cosa.*

A la mañana siguiente le llamé y concerté una cita con él para la tarde. La carta numerológica que me había preparado estaba basada en mi nombre y fecha de nacimiento que yo le había facilitado el día anterior y describía con precisión algunos de los sucesos más importantes transcurridos en mi vida. Me dijo que pronto conocería a una mujer mayor que yo que sería mi maestra para el resto de mi vida, y que en el espacio de un año iba a publicar uno de los documentos espirituales conocidos más importantes para la Humanidad. Cuando le dije que no estaba por escribir nada, él respondió: «No he dicho que vayas a escribirlo, he dicho que vas a publicarlo». Le dije que era ridículo porque no estaba en el negocio editorial. El sonrió cálidamente y simplemente dijo: « Ya lo verás».

A la mañana siguiente me despertó una llamada de mi amigo Douglas Dean, el presidente de la conferencia en la que había dado la charla unos días atrás. Douglas me dijo que tenía dos razones para llamarme: la primera era saber si me encontraba

mejor y la segunda era que le habían presentado a un profesor de la Escuela Médica de la Universidad de Columbia en la conferencia y éste le había invitado a comer el martes siguiente en la universidad para poder comentar algunos temas de interés mutuo. «¿Te gustaría venir?» -me preguntó.

Aunque no me sentía bien, él insistió en que le acompañara. Le dije que iría porque aunque el profesor de Columbia no había especificado el tema del que quería hablar, había estado mucho tiempo esperando ansiosamente la oportunidad de hablar con un representante del mundo de la medicina ortodoxa sobre el enfoque holístico en la curación. Esta parecía ser la oportunidad perfecta de exponer nuestras ideas a un profesional conectado con una de las instituciones médicas más prestigiosas del país. Le dije a Douglas que ya había quedado para comer el martes, pero que si *el profesor podía cambiar la cita al miércoles estaría encantada de unirme a ellos. Después de colgar empecé a pensar en qué material podría llevar para intrigar al profesor lo suficiente de manera que nos ayudase a forjar algún tipo de conexión entre los profesionales médicos y los individuos con capacidades curativas.*

El 29 *de mayo de* 1975, *Douglas y yo fuimos al centro médico en la parte alta de Broadway, en Manhattan, donde nos encontramos con el profesor doctor William Thetford. Me sentía un poco aprensiva ante el encuentro porque no sabía que tipo de hombre iba a encontrar, dado que Douglas sólo había hablado unos minutos con él en la conferencia y no tenía ningún tipo de pista sobre sus intereses específicos. Douglas me aseguró que pronto lo averiguaríamos ya que el doctor Thetford le había dicho que nos esperaría en su despacho e iríamos a comer directamente.*

Una vez aparcado el coche, según nos acercábamos al edificio del centro médico en medio del flujo de peatones, le dije a Douglas: «Mira, ahí está, nos está esperando en las escaleras», y le señalé un hombre delgado y alto. Douglas estaba asombrado: «Sí, ese es el doctor Thetford. Pero Judy, ¿cómo lo has sabido? ¡Nunca le habías visto antes!».

No pude contestar a Douglas racionalmente porque ni siquiera me había detenido a pensarlo antes de hablar. Sin embargo, después de decirlo tuve la sensación de que ya conocía a aquel hombre.

Después de las presentaciones, el doctor Thetford nos dijo que había bajado a recibimos para que no nos perdiéramos en el laberinto de pasillos y salas que

constituían el complejo conocido como centro médico. Entonces nos llevó a la cafetería de profesores. En el recibidor nos presentó a una de sus colegas, la doctora Helen Schucman, una mujer pequeña, ligera y de

mediana edad; no podía pesar más de cuarenta y cinco kilos y era la compañera de trabajo del doctor Thetford. Entramos los cuatro en el restaurante y después de que ambos profesores nos pidieran que les llamáramos por sus nombres de pila, Bill nos llevó a una mesa apartada.

Después de hablar de algunas trivialidades, saqué el tema de la salud holística que es el que yo quería discutir con ellos, pero no pareció interesarle a ninguno de los dos. Tanto Bill como Helen siguieron hablando de la investigación en general y cuanto más hablaban, más me preguntaba qué hacía yo allí. La conversación continuó y comencé a sentir que había algo en la mente de Helen que no nos revelaba, aunque no podía imaginarme que era. Todo lo que sabía era que no tenía nada que ver con los diseños investigativos de los que hablaba. Estábamos ya tomando el postre cuando me escuché a mí misma diciendo algo increíble; me volví hacia Helen y lo que salió de mi boca fue: «Oyes un voz interna, ¿verdad?».

Antes de que pudiera pedir perdón por aquel arranque sobre el que no había tenido control, me di cuenta de que Helen se había puesto pálida; con mirada tensa y voz suave me dijo: «¿Qué has dicho?».

Bill interrumpió echando su silla hacia atrás y diciendo: «¿Por qué no vamos todos a mi despacho? Creo que estaremos mucho más cómodos allí».

No sabía si repetir o *no lo que le había dicho a Helen, pero inmediatamente me di cuenta de que no tenía que preocuparme de ello porque al salir del restaurante me percaté de que Bill quería caminar a solas con Helen, y que Douglas y yo debíamos seguirlos. Fueron hablando entre ellos hasta que llegamos al despacho donde nos presentaron a su socio, el doctor Kenneth Wapnick. Entonces Bill cerró la puerta con pestillo y preguntó en voz baja: «¿Podéis mantener en secreto todo lo que aquí se diga?».*

Tanto Douglas como yo se lo aseguramos aunque no sabíamos cual sería el contenido de aquel secreto.

Bill y Helen pasaron las dos horas siguientes contándonos la historia de los últimos diez años. Los hechos que describieron no me parecían extraños y ellos tampoco me parecían desconocidos. De forma

inexplicable me sentía reunida con viejos amigos míos y lo que decían me parecía muy natural, como si fuera la continuación de los sucesos con los que ya había estado conectada.

Toda la escena estaba bellamente orquestada; allí estaba yo, sentada en un prestigioso centro médico con personas muy creíbles en sus profesiones científicas, pero en vez de discutir sobre prácticas de salud holística, lo que hacía era contener la respiración esperando ver el documento metafísico que habían trascrito en secreto. Les pregunté si podía leer aquel material.

Bill abrió su archivador y tomando siete grandes carpetas del tipo que usan los estudiantes de doctorado para sus disertaciones, las puso sobre el escritorio. «Aquí está -dijo-. Mil quinientas páginas, Un curso de milagros.»

Me sentí electrificada. Cogí la primera carpeta que contenía el Texto y a medida que la abría mis ojos se dirigieron a la introducción:

> ***Éste es un curso de milagros. Es un curso obligatorio. Sólo el momento en que decides tomarlo es voluntario.***

Cuando acabé de leer el primer pasaje suspiré profundamente aliviada, como si oyera a mi voz interna proclamar: «Este es el mapa de vuelta a casa». Y supe de forma absoluta que esta era la respuesta a mi petición de ayuda.

Helen y Bill tenían programada su asistencia a una reunión del personal aquella tarde y tuvieron que acabar su reunión con Judy y Douglas antes de lo que hubieran deseado. Antes de irse, Judy quiso saber a que se había referido Bill cuando dijo que lo que contara era confidencial.

-¿Significa que no queréis que enseñe el Curso a ninguno de mis amigos? -preguntó.

- No -dijo Bill-. Estamos seguros de que el Curso no se ha hecho para ser mantenido en secreto. Simplemente no queremos que nuestros nombres aparezcan conectados con él de ninguna forma.

-Ya ves querida -dijo Helen-, sería muy difícil intentar explicar a nuestros colegas cómo ha ocurrido todo esto. Bill y yo... Judy interrumpió: —Desde luego, lo entiendo.

—Sin embargo, es aún más importante -añadió Bill-

que este material se presente por sí mismo. No *necesita* que ninguna personalidad se relacione con él. Ya hay demasiados cultos a la personalidad y este Curso no debe ser la base de otro más. Helen y yo no sentimos que podamos representado porque no lo demostramos

adecuadamente. Como verás, Judy, el material es un Curso de autoestudio, y Helen y yo sólo somos dos estudiantes más.

Cuando Judy llegó a su casa, nada más abrir la puerta llamó a Bob y le dijo: «Mira lo que tengo». Siguió contándole toda la historia del Curso, tal como se la habían contado a ella aquella tarde. Bob escuchó interesado; para él la prueba del Curso estaría en el contenido y no en la forma. Él mismo había estado practicando la escritura automática en los últimos tres años y no había nada anormal en que alguien fuera utilizado como canal para registrar información de cualquier tipo. En lo relativo al contenido, de momento no sentía deseo especial de lanzarse sobre sus mil quinientas páginas.

Judy comenzó a leer el Texto inmediatamente después de cenar y según iba avanzando, sentía dentro de sí un profundo agradecimiento porque sabía que su vida iba a cambiar de una forma que superaba sus esperanzas más descabelladas. La terminología cristiana del Curso no le supuso ninguna gran dificultad porque según Bill le había explicado, él creía que el Curso la usaba porque el cristianismo predomina en Occidente y a la mayoría de la gente le sería más fácil identificarse con ella. Le comentó también que una parte del lenguaje cristiano tradicional había sido reinterpretado en el Curso. «Por ejemplo -le dijo-, la palabra 'expiación' en el Curso tiene un significado diferente que en el cristianismo tradicional. En el Curso significa la corrección de la percepción equivocada de que estamos separados de Dios.» «El *Espíritu Santo* -añadió- se define como la Voz de Dios dentro de cada uno de nosotros. Es nuestra guía y conexión con el Creador»

Eran las cinco de la mañana cuando Judy dejó el escrito y se dispuso a dormir; había estado leyendo ocho horas sin parar y aunque sabía que no era la forma adecuada de leer el Curso si realmente se quería estudiar, se sintió obligada a ver la impresión que le producían diversos fragmentos de los tres volúmenes. Sin querer explicárselo intelectualmente, estaba segura de que el Curso iba a ser la base de su forma de vivir para el resto de sus días.

Antes de quedarse dormida, algunas frases del Curso se repetían en su cabeza; se sentía abrumada

por la verdad y la intuición que expresaba el material. Le había impactado de forma especial una frase que había leído y memorizado en el capítulo *Curación y Totalidad:* «La mente sin culpa no puede sufrir. Cuando está sana, la mente cura al cuerpo porque ella ha sido curada». Cuando leyó aquello enseguida pensó que su úlcera pronto pertenecería al pasado, y justo antes de sumirse en el sueño tuvo la certeza de ello.

A la mañana siguiente Judy llamó por teléfono a Helen para contarle lo enormemente hermoso y significativo que era aquel material y le preguntó si ella y Bill se detendrían un momento de camino a sus casas porque había un montón de preguntas que quería hacerles acerca del Curso. Helen dijo que le gustaría pasarse y que si Bill estaba libre, seguro que la acompañaría.

Así comenzó una serie de reuniones casi diarias que Judy mantuvo con Helen y Bill, Y también con Ken quien para entonces era tan importante para la gestión del Curso como Bill o Helen.

En el transcurso de sus sucesivas reuniones a lo largo de los tres años siguientes se desarrolló entre ellos un sentimiento de profundo amor, conexión y compromiso mutuo.

Diez días después de recibir el Curso de Helen y Bill, Judy tenía programado ir a California para asistir a una reunión relacionada con su trabajo en la Fundación y visitar a su supervisora doctoral, la doctora Eleanor Criswell. Preguntó a Bill y a Helen si podía llevarse el material y mostrarlo a algunos amigos que sabía que estarían interesados.

—California está a cinco mil kilómetros y nadie nos conoce allí — comentó Bill con desenfado.

Las siete carpetas con las mil quinientas páginas pesaban casi diez kilos y aunque Judy no las había sacado de su apartamento desde que las recibió, ya tenía idea de lo pesadas y voluminosas que resultaban de mover. Cuando se preparó para ir al aeropuerto, la única forma de transportarlas que encontró fue en un carro de la compra, pero incluso antes de encajarlas allí supo que tendría que hacer algo para que en el futuro fueran más transportables.

En el avión tuvo seis horas de tranquilidad para pensar en el Curso y darse cuenta de que había muchos amigos suyos que iban a querer copias una vez que les hablara de él. No sabía como iba a poder satisfacer sus peticiones pero se acordó del primer principio de los milagros en el Texto: «No hay un orden de dificultad en los milagros», y concluyó que aquellos que tuvieran que tenerlas las conseguirían de alguna manera. .

Una de las primeras personas a quienes mostró el Curso fue a James Bolen, editor del la revista Psychic, una publicación de alta calidad, quizá la más

respetada en su área. La revista se interesaba por una amplia variedad de temas y los artículos más destacados incluían entrevistas con personalidades como el doctor J.B.Rhine o Richard Bach, autor de *Juan Salvador Gaviota.*

Naturalmente Jim Bolen estaba interesado en saber de qué forma había sido recibido el material por la «escriba» pero cuando

Judy le habló de los contenidos del Curso y le mostró alguna de las secciones específicas, él reconoció que tenía entre las manos el manuscrito más especial que hubiera visto nunca y sintió el deseo de involucrarse en él personalmente. Surgió entonces el problema de *cómo* podría trabajar con el Curso si Judy tenía sólo una copia, con lo que Jim decidió hacer fotocopias. Debido a sus conexiones con editores, pudo tenerlo hecho en veinticuatro horas y por sólo «cuarenta y ocho dólares».

Obviamente esta no sería una solución muy práctica en el fu*turo.* El material presentado de ésta forma era demasiado pesado y Judy *no* podía seguir prestándolo por veinticuatro horas a todo el que lo quisiera. A pesar de ello se fueron desarrollando formas de hacerlo. La copia de Jim comenzó a ser reproducida, y las copias fueron copiadas a su vez. En poco tiempo hubo más de cien personas en el área de San Francisco que estaban en posesión de *Un curso de milagros.*

Poco después de llegar a San Francisco, Judy mostró el Curso a Eleanor Criswell, su supervisora doctoral del Instituto de Psicología Humanista, quien no tardó en reconocer la importancia del material. «Muchísima gente va a querer esto -dijo-. Vas a tener que hacerlo más manejable antes o después, y cuanto antes mejor.»

—Está claro, Eleanor, pero ¿cómo lo hago? Costaría mucho dinero publicar este libro.

—Depende de cómo lo hagas. Yo tengo una pequeña editorial llamada «editorial de la persona libre» y estoy familiarizada con la reproducción y encuadernación de documentos. Podemos hacer fotocopias reducidas de las hojas mecanografiadas que tienes, encuadernarlas con cubiertas de papel y por el momento servirían perfectamente a tus propósitos.

—¿Todo esto se podría condensar en un volumen? –preguntó Judy sin creérselo mucho.

—No, probablemente necesitarías tres o cuatro volúmenes, y la letra acabaría siendo bastante pequeña, pero sería legible.

—¿Por cuánto lo podrías hacer? —preguntó Judy.

Eleanor dijo que no lo sabía seguro pero que en cantidades de cien unidades el costo estaría entre treinta y cuarenta dólares la unidad.

—Eso significa que tendríamos que venderlos a cuarenta y cinco dólares porque querré regalar algunos a la gente que no pueda pagarlos.

Eleanor le dijo que incluso al precio de cincuenta dólares, era mejor publicarlo así que pagar el mismo dinero por diez kilos inmanejables de fotocopias.

Judy pensó en consultar la idea con Helen y Bill, Y cuando llamó, la respuesta de Bill fue muy previsible: «Hagamos lo que el Curso nos dice que debemos hacer... preguntemos».

Los tres se sentaron en silencio aquella tarde y pidieron una respuesta. Cada uno de ellos obtuvo la misma respuesta afirmativa y, además, se les aconsejó que obtuvieran los derechos de autor para adecuarse a las prácticas editoriales.

De esta forma se puso en marcha la impresión de la «primera edición» de *Un curso de milagros.*

Antes de colgar Judy añadió que en el área de San Francisco había tanto entusiasmo por el Curso y tantas preguntas que no se sentía capaz de responder, que pensó que sería de gran ayuda que Helen, Bill y Ken pudieran trasladarse allí durante un par de semanas. Bill y Helen decidieron que estaría bien hablar de manera informal sobre el Curso a unas pocas personas a cinco mil kilómetros del hospital y cómo iban a tomar vacaciones, les encajó muy bien en sus planes.

Judy comentó a algunos amigos que Helen y Bill iban a ir al área de la bahía de San Francisco durante unos días y que estaban dispuestos a hablar sobre el Curso a un número reducido de gente. En una semana se constató que había mucha gente interesada en asistir a aquella reunión y una vez fijada la fecha de su celebración, hubo más de cien personas que confirmaron su asistencia. Para poder dar cabida a todos, Judy alquiló una sala de conferencias en el hotel donde Helen se alojaría.

Desde el principio de aquella primera reunión, se vio que la gente que había fotocopiado el Curso se planteaba las preguntas y el trabajo de forma muy seria. Las preguntas y respuestas se prolongaron hasta más allá de medianoche, y sin embargo Helen no mostraba signos de fatiga o incomodidad. Cuando se iba, comentó a Judy: «El interés de esta gente me llega mucho más hondo de lo que hubiera imaginado».

Al final de su estancia, que se prolongó cuatro semanas, se habían reunido con más de quinientas personas y Judy pudo ver claramente la satisfacción que sentían Helen y Bill al ver cómo el Curso afectaba a las vidas de la gente, compensándoles más que de sobra por la ansiedad que sentían por proteger su vida privada.

CAPÍTULO 8

LOS primeros cien juegos de *Un curso de milagros* le fueron servidos a Judy siete semanas después. Cada uno estaba formado por cuatro volúmenes: dos incluían el Texto completo, y los otros recogían independientemente el Libro de Ejercicios y el Manual para el Maestro. Sus dimensiones eran las de un libro de bolsillo (doce centímetros de ancho por veinte de alto), pero el tamaño de letra era un treinta por ciento menor que en el material original y se hacía difícil de leer. Sin embargo, de esta forma, al menos era fácil de transportar con lo que en una semana se distribuyeron ochenta de los cien lotes en el área de San Francisco, y los restantes viajaron a Nueva York con Judy.

En vista de que esta veintena se distribuyó en cuatro días, Judy envió un SOS a Eleanor para imprimir otro centenar, pero antes de que le fueran servidos ya tenía casi cien nuevas peticiones.

Por aquel entonces, Judy compartió con Helen, Bill y Ken en una de sus reuniones que tenía problemas para entender parte de la terminología del Curso, por lo que le gustaría que hubiera un glosario de términos.

Bill le dijo que ya lo había comentado varias veces con Ken y Helen, pero sin resultado. «¿No podrías pedir ayuda a la Voz para clarificar algunos términos?» -preguntó Judy a Helen.

Esta respondió que por supuesto que podía preguntar, lo cual no significaba que obtuviera respuesta, añadiendo: "Si la respuesta es igual de larga que el resto del material, no estoy segura de querer oída».

Aquella noche Helen se sentó en silencio en su casa y pidió ayuda. La Voz volvió, y lo que oyó fue el

principio de la "Clarificación de Términos», que acabaría incluyendo once de los mismos frecuentemente usados en el Curso. Esta breve sección, posteriormente añadida al Manual para el Maestro, se transcribió en menos de nueve semanas.

De cualquier forma, aquellas semanas no fueron nada tranquilas para Helen. Debido a una serie de reuniones de trabajo a las

que debía asistir y al trabajo subsiguiente producido por ellas, su entorno profesional le resultó especialmente tenso. Una tarde que se encontraba muy fatigada, se sentó en su despacho con Bill y Ken y comenzó a leerles el nuevo material que había anotado. Repentinamente, se detuvo y comenzó a quejarse de lo mucho que el Curso interfería en su vida y de la pérdida de tiempo que le suponía.

—¿Realmente no crees que es una pérdida de tiempo, verdad?

—le preguntó Ken.

—Desde luego que sí.

—Pero ya sabes lo hermoso y significativo que es el material.

—¿Para quién? -refunfuñó.

—Para quien quiera leerlo.

—Bueno, pues yo ya no quiero escribirlo -contestó-, ni tampoco leerlo.

Ken lo intentó de nuevo: «Bien, en ese caso ya no hay razón para que lleves tu cuaderno de taquigrafía contigo. ¿Porqué no lo tiras a la basura?», y diciendo esto se acercó, tomó el cuaderno y con la habilidad de un jugador profesional, lo encestó en la papelera. «Bueno —comentó según se erguía —esto simplificará mucho tu vida», y sin esperar respuesta salió de la oficina seguido rápidamente por Bill.

A la mañana siguiente, a las seis y cuarto sonó el teléfono en casa de Ken, justo en el momento en que estaba dando comienzo a una sesión de terapia con uno de sus pacientes. Cogió el teléfono; era Helen que estaba aterrorizada:

—Ken, no puedo encontrar mi cuaderno. Lo he buscado por todas partes.

—Tiene que estar en algún lugar, Helen, mira en los papeles que
te llevaste a casa anoche.

—Los he revisado ya tres veces -explicó nerviosa-. ¿Dónde podrá estar?

—Helen, ahora tengo un cliente -respondió Ken-. Por qué no...

—¡Oh, Dios! -exclamaron a la vez.

—¡La papelera! -recordó Ken, quedándose boquiabierto. —Olvidé sacarlo, me puse al teléfono y ...¿Qué vamos a hacer? —Llama a Bill—le aconsejó-. Quizá pueda avisar al encargado de la limpieza.

Helen colgó y de inmediato llamó a Bill a su casa y le contó lo
sucedido.

Billle tranquilizó: «No te preocupes, Helen; llamaré al celador y
le diré que retenga la basura hasta que llegue yo».

—¿Cómo pude hacer una cosa así? —se preguntaba Helen después de colgar.

Bill llamó al hospital inmediatamente e intentó hablar con el celador pero no tuvo suerte. Todo lo que sabía era que la basura se recogía antes de medianoche y era llevada al incinerador del hospital para ser quemada a las seis de la mañana.

Bill colgó el teléfono, se puso la ropa y salió corriendo a coger un taxi. La carrera hasta el hospital le pareció interminable a pesar de que llegó en menos de veinte minutos.

Aunque no pudo localizar al celador del edificio, encontró a un ayudante que le confirmó que el encargado normalmente incineraba la basura a las seis de la mañana aunque aquel día aún no le había visto. Bill le contó al ayudante la importancia del asunto y éste le llevó al lugar en que almacenaban la basura antes de quemarla. Abrieron la puerta y Bill suspiró aliviado cuando vio la habitación repleta de bolsas llenas de basura. Debía de haber unas cuarenta y como todas eran parecidas, era imposible decidir por dónde comenzar la búsqueda. A Bill no le agradaba mucho la idea de registrar toda aquella basura que incluía todo tipo de sobras y excrementos de los animales de los laboratorios pero sabía que tenía que hacerlo. Silenciosamente pidió ayuda y cogió dos bolsas. El asistente tomó una y le dio la vuelta. Bill revolvió entre los desperdicios pero no vio el cuaderno. Ayudó al asistente a rellenarla de nuevo y abrió la segunda bolsa. El asistente la vació e inmediatamente Bill localizó el cuaderno y dio gracias en silencio por el milagro.

Cuando se estaban limpiando, el hombre que generalmente incineraba la basura entró apresuradamente: «Lo siento, llego tarde —dijo—. No me encontraba bien».

Este episodio tuvo un impacto vital en Helen al convencerla del verdadero compromiso que tenía con el Curso. No podía negar la sensación de pérdida que sintió al pensar que el cuaderno había sido destruido.

Poco después de que pidiera los terceros cien lotes de libros en edición de bolsillo, Judy recibió una llamada de una amiga que tenía una pequeña editorial y quería hablar con ella sobre la posibilidad de publicar Un *curso de milagros* comercialmente. Judy sabía que no podía tomar ninguna decisión sin

contar con Bill, Helen y Ken. Evidentemente, esto significaba que cuando había alguna propuesta sólo tomaban decisiones después de que cada uno de ellos hubiera pedido ayuda a su guía interna, o como dice el Curso, al «Espíritu Santo».

En la reunión siguiente, los cuatro se sentaron en silencio y pidieron ayuda. Lo que los cuatro escucharon fue que la amiga de Judy no debía editarlo.

Siguieron este procedimiento media docena de veces a lo largo de los siguientes meses, porque a medida que más gente se enteraba de la existencia del Curso y lo pedía, los editores comenzaban a mostrarse interesados. Judy sabía que el material tenía que ser publicado de forma adecuada, pero no tenía idea de cómo hacerlo.

El número de gente que llamaba a la Fundación para hablar con Judy acerca del Curso siguió aumentando. Muchas eran personas a las que ya conocía, pero también había muchos desconocidos que habían oído hablar de los libros por un «amigo». Otra gente a la que no había visto en años llamaba para preguntar cómo podría conseguir los libros que había visto en la casa de «un amigo de un amigo». Lo más desconcertante era que el número de llamadas no guardaba ninguna proporción con el de los libros que habían sido distribuidos. «Las fotocopiadoras deben estar haciendo horas extras» -solía comentar Judy a Bob. Llamaba todo tipo de gente: psicólogos, educadores, pastores, gente del mundo de los negocios, estudiantes universitarios, católicos, protestantes, judíos, negros, blancos, y orientales; la universalidad en la demanda del libro parecía ser total.

En febrero de 1976, una vez más se agotaron los libros. La tercera partida de cien lotes se distribuyó entre una lista de espera de gente que los había reservado antes de que Judy los recibiera. Pero cuando cada uno del círculo preguntó si se debían imprimir otra tanda igual, la respuesta fue «No»; no lo entendían porque la demanda iba en aumento en vez de disminuir y no había otra forma de satisfacerla que no fuera imprimiendo más libros.

«Quizá la gente que viene a vernos hoy serán los indicados»

—suspiró Judy. Aquel grupo les fue presentado a través de John White, un viejo amigo de Judy que era un respetado autor y editor. A medida que el grupo expresaba sus actitudes, intereses y creencias, a todo el mundo le pareció obvio que eran personas muy espirituales que podrían cuidar de la andadura del Curso de manera responsable y digna. Los cuatro tenían una sensación muy positiva y estaban entusiasmados con la idea de que gente tan adecuada les hubiera sido enviada para ayudarles a hacer el Curso asequible de la forma «menos comercial» posible.

Agradecieron a John que hubiera traído a sus socios y Judy le dijo que volvería a contactar con él una vez que hubieran preguntado a su guía sobre aquel asunto.

Después de que el grupo de hubiera ido, los cuatro se sentaron en silencio y preguntaron si esas eran las personas que debían publicar el Curso.

trabajado en publicidad antes de trabajar en su empleo actual, conocía a una serie de gente a la que llamar para pedir consejo.

A la mañana siguiente temprano, sonó el teléfono y Bob lo cogió. La operadora le dijo que había una llamada personal para Judy desde México. Cuando Bob preguntó quién llamaba, la voz al otro lado de la línea telefónica se identificó como Reed Erikson. Bob recordó que era el fundador de la Fundación Educativa Erikson, en la que trabajaba Zelda, una amiga de Judy. ZeIda Suplee, había presentado Eric a Judy una noche hacía tres años y esta fue la única vez que Judy o Bob le vieron o hablaron con él. Bob soltó el teléfono y le dijo a Judy que tenía una llamada de larga distancia de Reed Erikson.

—¿Eric? -parecía confusa cuando cogió el teléfono, pero Eric fue directamente al grano. ZeIda le había enviado una copia del manuscrito original de *Un curso de milagros* unos meses antes y quería decirle a Judy que su vida no era la misma desde entonces. Continuó hablando sobre la belleza del lenguaje, la verdad de las ideas y lo práctico de las lecciones y dijo que estaba estudiando el Curso con un grupo de amigos. Entonces la apremió para que publicara el material de forma inmediata, *y* encuadernado en tapas duras, con el respeto que merecía. Judy le dijo que ella y sus socios habían llegado a la misma decisión la noche anterior, pero que lamentaba no disponer del dinero necesario para publicarlo en ese tipo de encuadernación.

—No entiendes, Judy -replicó Eric-. Te llamo para decirte que he sido guiado recientemente a vender una propiedad y con esos ingresos quiero financiar la primera edición en tapas duras de cinco mil lotes de *Un curso de milagros.* Debe ser hecho de forma adecuada y tan pronto como sea posible.

Judy se quedó con la boca abierta e inmediatamente llamó a He
len y a Bill para darles la noticia.

—Ya lo ves, Judy -dijo Bill con hilaridad —. Realmente no hay
ninguna clase de dificultad en los milagros.

Cuando Judy volvió a reunirse con Bill, Ken y Helen después del fin de semana, esta comentó que tenía la clara sensación de que como la Fundación iba a editar *Un curso de milagros,* deberían cambiarle el nombre.

«Investigación parasensorial -dijo-, es equívoco e inapropiado para el enfoque del Curso.» Aquella idea no se les había ocurrido a los demás, pero cuando Helen la mencionó todos sintieron que tenía razón. Lo siguiente que hicieron fue preguntar cual debía ser el nuevo nombre de la Fundación.

Aquella tarde, cuando se sentaron en silencio y preguntaron, no recibieron respuesta. Judy y Bill coincidían en que habían oído que

el nombre debía cambiar, pero ni ellos ni Ken habían recibido respuesta directa a la pregunta. Decidieron que volverían a intentado en otro momento.

Al día siguiente, Bill llamó a Judy para decide que Helen había recibido un nombre la noche anterior. Sin preguntar nada, le había venido la imagen de una puerta de hierro forjado con una placa sobre ella. Cuando se acercó a mirar, pudo leer: «Fundación para...», y luego venía un espacio en el que había escrito algo ilegible, aunque después se podía leer la palabra «Paz». «No se cual es el significado de las puertas de hierro -dijo Bill- y tampoco lo sabe Helen, pero los dos creemos que lo que vio está relacionado con el nuevo nombre de la Fundación.»

Aquella tarde, el grupo se reunió para comentar la información recibida por Helen. Todos tenían claro que el nombre no debía ser «Fundación para la Paz» ya que no les parecía suficientemente específico. «El propósito del Curso -dijo Helen-, es ayudar a encontrar la paz interior.» De forma casi simultánea, Ken, Bill y Judy, cada uno de ellos, dijeron: «Paz Interior». Desde ese momento quedó claro que el nuevo nombre debía ser *Fundación para la Paz Interior.*

Los primeros juegos de la primera edición encuadernada en tapas duras de *Un curso de milagros* se sirvieron el 22 de junio. Aquella noche hubo una fiesta en casa de Judy y Bob; celebraron simultáneamente la primera edición del libro y el cumpleaños de Douglas Dean, el profesor responsable de que Judy llegara a conocer a Helen, **Bill y** Ken. Todos se sintieron sorprendidos por lo rápido que se había realizado la impresión y en uno u otro momento de la noche, cada uno de ellos cogió los libros para acariciados suavemente, como si quisieran asegurarse de que realmente estaban impresos. Cuando trajeron el pastel de cumpleaños, Judy hizo un pequeño discurso para agradecer todos los milagros que habían permitido que los libros nacieran de aquella forma. Comenzó con las imágenes de Helen y la Voz, y siguió con toda la lista de milagros hasta el de cómo se había financiado aquella edición. Y cuando tomó los libros en sus manos, supo sin sombra de duda, como todas las demás personas en la habitación, que escuchando a

sus voces internas, *Un curso de milagros* había sido hermosamente guiado hasta su perfecto nacimiento.

* * *

Reed Erikson, de la Fundación Educativa Erikson, regaló las primeras copias del libro a más de doscientos de sus amigos personales y conocidos, aquellos que él sintió que se podrían beneficiar. Estas personas vivían por todo el país y muchos de ellos eran líderes en sus respectivas profesiones. Como resultado, el Curso comenzó a tener una excelente difusión de forma casi inmediata.

Otros miembros del grupo enviaron asimismo copias de regalo, y Bill envió una a Hugh Lynn Cayce, que les había ayudado tanto años atrás.

Y además, la Fundación había acumulado una lista con más de doscientos nombres de gente que solicitaba información sobre el curso. Fueron informados de que ahora podían adquirido en el nuevo formato.

Los planes de Judy incluían un viaje a California aquel verano. Al irse se llevó sesenta y cuatro juegos, e hizo enviar otros tantos para poder proporcionárselos a quienes lo pidiesen. No tenía ni idea de cómo se venderían ni a quién, pero sabía que si estaban disponibles, la gente que debía tenerlos sería guiada hasta ellos.

Cuando Judy llegó a California, inmediatamente se puso en contacto con Jim Bolen, el editor de Psíquica, quien le insistió para que dirigiese un grupo de trabajo sobre el Curso una de las noches siguientes. Bill, Helen y Ken habían acordado pasar algún tiempo en California con Judy, y como iban a hacer el viaje al cabo de unos pocos días, Judy y Jim reunió un grupo de unas veinticinco personas que habían estado trabajando con el material. Existía en general una gran sensación de dedicación al Curso, y las historias que se contaron aquella noche sobre las transformaciones de tantas relaciones eran el testimonio del incuestionable valor práctico de los principios en los que estaba basado. Naturalmente, este fue el aspecto que más les gustó a Helen y a Bill de la reunión de aquella noche y de las otras que siguieron a lo largo de aquel mes de estancia en el área de San Francisco. Les resultó también muy gratificante tener la oportunidad de conocer a Reed Erikson, que estaba de visita en esa ciudad en aquel momento. El 14 de julio se les presentó la oportunidad de celebrar el cumpleaños de Helen y hacer los honores a Eric por su especialísima

intervención en la publicación del Curso.

A partir de la primera reunión, todo el mundo deseaba adquirir para sí ejemplares de la nueva edición. Judy se dio cuenta de inmediato de que los ciento veintiocho lotes que había traído consigo no iban a ser suficientes para todos los que querían libros. A la mañana siguiente llamó a Nueva York y pidió que le enviaran otros cien juegos.

A mediados de julio comenzaron a llegar pedidos por correo solicitando el Curso, de modo que cada día Bob abría tres o cuatro sobres con peticiones de libros. Entonces se autoproclamó presidente del "Departamento de Atención Postal» de la Fundación, lo que significaba que cada día cuando llegaba a casa después de trabajar todo el día en la agencia de inversiones, abría el correo, escribía las etiquetas de envío y las fichas para el archivo, y mandaba las primeras a Long Island, que era el lugar donde estaban almacenados los libros y desde donde se enviaban.

A Bob le resultaba desconcertante comprobar que gente de zonas donde el Curso no había sido «introducido» pudiera haber oído hablar de los libros con tanta rapidez. Durante las primeras seis semanas llegaron encargos desde veintitrés estados, entre los que se encontraban Florida, Texas, Louisiana, Minnesota y Washington, y también desde algunas localidades de Canadá.

Entretanto, Jim Bolen que había estado trabajando con el material durante casi un año, reconoció lo profundamente que el Curso había afectado su vida y la de las personas a su alrededor, y decidió que se debería escribir un artículo especial para la revista Psíquica.

Cuando conoció a Helen y a Bill el verano anterior, se habían establecido entre ellos una conexión y un respeto mutuo inmediatos. Especialmente Helen mostraba un cariño particular por Jim y le gustaba estar con él. Sin embargo, cuando les dijo a Helen y a Bill que quería hacer un artículo sobre el Curso, y que le gustaría que ellos fuesen parte del artículo, Helen se resistió de forma inmediata. Bill reconoció que ella reaccionaba así debido al miedo, pero tuvo que reconocer que él tampoco tenía una sensación muy positiva hacia aquella idea. Judy, por otro lado, sentía que los lectores de Jim eran justo el tipo de gente a la que interesaría mucho leer sobre el Curso.

Así que hicieron lo que el Curso pide que se haga constantemente, se sentaron en silencio y preguntaron a su ser interno si debería hacerse el artículo. Para sorpresa de Judy, su propia respuesta fue «no», y sin preguntar siquiera supo que los demás habían recibido la misma contestación.

A Judy no le gustó aquella respuesta porque Jim era

su amigo, y su mente "lógica» le decía que debía tener el artículo para su Revista Psíquica. Sugirió a los demás que sería bueno volver a preguntar, sólo que esta vez preguntarían porqué el artículo no debía escribirse. La respuesta fue clara y Helen la expresó de forma concisa:

—He oído que el Curso no debe ser asociado de forma alguna con lo psíquico —dijo—. Su impulso es espiritual, metafísico y psicológico, y no debe confundirse con lo psíquico.

La claridad del mensaje no dejaba lugar a dudas, y aunque tanto Judy como Jim se sentían decepcionados, ambos sabían que la respuesta recibida era correcta.

A lo largo de las cinco semanas siguientes, Judy fue invitada a hablar sobre el Curso en una serie de reuniones en la zona de la bahía de San Francisco. Las solicitudes provenían de grupos de educación para adultos, grupos de psicología, organizaciones espirituales o de estudiantes del Curso que habían formado sus propios grupos de estudio. En todas estas charlas, al igual que en las organizadas por Jim Bolen a principios del verano, destacaban la dedicación y la firmeza de propósito de una forma que Judy nunca había visto antes cuando daba conferencias sobre temas relacionados con parapsicología.

Cuando Judy regresó a Nueva York a finales de agosto, casi cuatrocientos juegos de libros habían sido pedidos por correo; llegaban tres o cuatro solicitudes diarias y aunque seguían llegando más de California, donde Judy, Bill, Helen y Ken habían estado aquel ve rano, era evidente que la información se estaba extendiendo por todo el país de boca en boca. Por ejemplo, llegaba una orden de envío de una ciudad de Oregon ya las pocas semanas comenzaban a llegar más desde la misma ciudad.

Entretanto comenzaron a surgir espontáneamente grupos de estudio sobre *Un curso de milagros* en muchos puntos del país como Nueva York, Long Island, Chapel Hill, Houston, Washington D.C., Chicago, y en el Norte y Sur de California. En estos grupos, los estudiantes se reunían para compartir experiencias y ayudarse mutuamente a aprender a vivir según los principios del Curso.

En aquel tiempo, Judy recibió invitaciones de diversos grupos de Nueva York para introducirlo. Cada vez que recibía una invitación, preguntaba a Bill y a Helen si querían acompañarle y cada vez obtenía de ambos el mismo previsible «no, gracias» por respuesta.

Sin embargo, en noviembre, cuando pidieron a Judy que diera una charla sobre el Curso en el club de parapsicología de las Naciones Unidas, Bill finalmente decidió ir con ella. No le importaba mientras se tratara de un grupo reducido de gente, ya que no creía que ningún miembro de la ONU tuviera algo que ver con el

hospital en el que trabajaba.

En aquel mismo mes Bill recibió una llamada de Hugh Lynn Cayce agradeciéndole mucho los ejemplares que había recibido como regalo, y le dijo que creía que realmente era uno de los documentos metafísicos más importantes que conocía. Continuó diciendo que a la librería de la Asociación para la Investigación y la Iluminación le gustaría poner los libros a la venta y pidió a Bill si

podía encargarse de que fueran enviados en depósito diez lotes de libros a Virginia Beach.

Esta fue la primera librería en la que *Un curso de milagros* se puso a la venta.

* * *

* ** * *

Para Bob, uno de los aspectos más satisfactorios del cargo de «Presidente del Departamento de Correos» en la Fundación era el de leer y contestar el continuo flujo de cartas de todos aquellos a quienes el trabajo con el Curso había afectado profundamente. Llegaban cartas de gentes procedentes de cualquier tipo de fe o tradición, quienes en su mayoría relataban cómo aplicando los principios del Curso, diversas relaciones inarmónicas habían comenzado a sanar. Muchas de las cartas hacían referencia a los milagros ocurridos cuando quienes las escribían comenzaron a aplicar los principios del Curso; milagros que les ayudaron a cambiar radicalmente la dirección de sus vidas... milagros que siempre tenían como base la percepción recientemente adquirida de que el amor está siempre presente.

A veces las cartas contenían relatos muy inspirados de cómo había ocurrido lo «imposible», mientras que otras simplemente expresaban su agradecimiento a la Fundación por «poner a disposición del público estos libros tan prácticos».

Las cartas comenzaron a llegar a finales de otoño de 1976, y hasta el día de hoy continúan llegando regularmente.

Mientras Bob tomaba a su cargo el trabajo administrativo, Judy pasaba mucho tiempo viendo a gente que había oído hablar de *Un curso de milagros,* y que quería saber algo más sobre él. Aunque recibía solicitudes de personas con todo tipo de formación, las más habituales eran de educadores, psicólogos, y gente orientada espiritualmente. Estas personas no sólo estaban interesadas en los libros para sí mismas sino también en relación con sus prácticas profesionales.

La atracción hacia los libros por parte este tipo de gente fue precursora de cómo serían las cosas en el futuro porque, a medida que el Curso se extendía por el país, habría muchas solicitudes de practicantes de

esas profesiones.

Helen, Bill, Ken y Judy siguieron dedicando tres tardes a la semana a reunirse; algo que ellos consideraban un deber sagrado. Uno de los temas que trataban con regularidad era el miedo de Helen a que alguien del hospital se enterase de lo que había hecho,

porque a pesar de saber muy bien lo que decían las lecciones del Curso, incluida la cuarenta y ocho en la que se afirma que «no hay nada que temer», seguía sintiéndose muy amenazada por la idea de que alguien lo descubriera. De hecho el que fuera cada día al hospital y funcionara de forma muy productiva a pesar de sus miedos, era un mérito de su capacidad profesional.

Una tarde, en una de aquellas reuniones, Judy recibió una llamada de Jim Bolen que estaba rebosante de entusiasmo. Relató a Judy cómo el Curso le había ayudado a abrirse a muchas ideas que antes le producían mucho temor y que quería compartir este nuevo mundo lleno de dones con sus lectores. Por lo tanto, estaba examinando con su socio la posibilidad de ampliar el ámbito de intereses de la revista para incluir otros temas además de lo psíquico y quería contarles que la idea que habían comentado en el pasado de cambiar el nombre a la revista, ahora era más que probable. «Dile a Bill —añadió— que el nombre que el sugirió espontáneamente cuando hablábamos del tema es el que hemos elegido para la nueva revista ampliada. »

—¿Quieres decir Nuevas Realidades? —preguntó Judy.

—Eso es -contestó Jim— que nos gustaría inaugurar el nuevo formato con la primera presentación pública de *Un curso de milagros.*

Cuando Judy, Helen, Bill y Ken se reunieron para preguntar sobre la idea de sacar un artículo en Nuevas Realidades, la respuesta que todos recibieron fue afirmativa. Helen, sin embargo, no se sentía muy alegre y comenzó a repasar su letanía de objeciones. Bill le aseguró que permanecería en el anonimato, que Jim no imprimiría nada que ellos no aprobasen y que el Curso iba a acabar estando expuesto al público muy pronto en cualquier caso. «De esta forma —dijo —, sabremos que lo que se escriba será exacto y no sensacionalista.»

* * *

Una de las personas que había comenzado a trabajar con el Curso en otoño de 1975 era un periodista de treinta años, amigo de Judy, llamado

Brian Van der Horst. Brian era columnista del Village Voice, un popular semanario neoyorquino especializado en noticias curiosas e informes de investigación. Judy y Brian se conocieron a principios de 1975 cuando él la había entrevistado mientras reunía material para una historia que estaba preparando sobre los fenómenos psíquicos. Aunque después de aquello no se vieron con frecuencia, hablaban por teléfono de vez en cuando y se habían hecho amigos.

Cuando Jim Bolen preguntó a Judy si tenía alguna sugerencia respecto a un posible autor para el artículo sobre *Un curso de milagros* en Nuevas Realidades, ella inmediatamente pensó en Brian. Sabía que había estado trabajando seriamente con el Curso y que había experimentado muchos cambios positivos en sus relaciones. Aunque Jim no conocía a Brian personalmente, conocía su excelente reputación de reportero por lo que decidió llamarle y hacerle la propuesta. La reacción de Brian a la sugerencia de Jim fue inmediata y entusiasta; un artículo sobre el Curso era algo en lo que realmente se podía meter a fondo y disfrutar.

Con la ayuda de Judy, Brian hizo una larga lista de veinte personas, cada una de las cuales tenía una destacada reputación en su área de actividad. Entre ellas había educadores, psicólogos, hombres de negocios, escritores y un médico. El artículo se escribiría sobre algunos de aquellos personajes y su contenido trataría de cómo el Curso había afectado sus vidas hasta aquel momento.

Mientras Brian comenzaba a preparar su artículo, Jim Bolen llamó a Judy y le dijo que habían decidido que querían incluir una extensa entrevista con ella en el primer número de la revista Nuevas Realidades.

—¡Venga ya!, Jim, tu revista entrevista a gente como Richard Bach, no a Judy Skutch.

Jim le explicó que aunque no lo reconociera, su trabajo en papapsicología había hecho que su nombre resultara muy familiar a los lectores de la revista y que un relato aparte acerca de su papel en la publicación del libro sería muy apreciado por los lectores de la revista. Dijo también que una entrevista de este tipo añadiría impacto al artículo que Brian estaba escribiendo.

Jim tardó casi una hora y tuvo que utilizar su lógica más persuasiva para que Judy consintiera en preguntar a su voz interna qué debía hacer. Asimismo, Judy contó a Helen y a Bill el proyecto de Jim y ellos acordaron preguntar también. Para su sorpresa, la respuesta que recibió Judy fue un enfático «sí», mientras que Helen y Bill escucharon una respuesta igualmente afirmativa.

Entretanto, a primeros de mayo, la organización de Hugh Lynn Cayce, la Asociación para la Investigación y la Iluminación, envió el número de marzo de su periódico. En él iba impreso el primer comentario

sobre el Curso. Esto es un extracto:

> *Los tres libros constituyen uno de los sistemas de verdad espiritual más destacables a los que se puede acceder hoy en día en el mundo de la metafísica. Es una obra de revelación del siglo xx, cuyo ámbito*

virtualmente no tiene límites. Quienquiera que busque a Dios y que haya estudiado la literatura metafísica, el nuevo pensamiento o *los misterios de las religiones de Oriente u Occidente, debería leer* Un curso de milagros.

Poco después de la aparición del comentario, la librería de la Asociación pidió cincuenta juegos. Para Bill esta era una de las señales por las que deberían tratar el tema de una nueva reimpresión del Curso. De los cinco mil juegos que fueron impresos, quedaban unos dos mil quinientos, los cuales bastarían para los seis meses siguientes si se mantenía el ritmo de la demanda. Pero teniendo en cuenta la revista de la Asociación y suponiendo que el artículo en Nuevas Realidades tendría algún efecto sobre los pedidos, Bill sentía con claridad que debían encargar otra impresión.

Una vez más los pros y contras «lógicos» fueron estudiados. Obviamente nadie tenía una idea exacta del efecto que tendrían el artículo y la entrevista en las órdenes de compra pero Bill sintió que se podía esperar que fueran «unos mil» los pedidos de los lectores de la revista Nuevas Realidades. Bob pensó que aquella era una estimación muy optimista para una revista con una tirada de catorce mil ejemplares, y después de la típica discusión infructuosa preguntaron en su interior.

Cada uno de ellos escuchó que se debían encargar otros cinco mil ejemplares, pero Bill escuchó además que debían ser encargados de forma inmediata.

Cuando Bob llamó para encargados, le contestaron que tardarían tres meses en servir los libros.

—Es perfecto —dijo Bob— Esto nos pone a mediados de junio.
No los necesitaremos hasta dos meses después.

¡Qué poco sabía entonces!

Al final del artículo de Brian, la revista imprimió un recuadro con la información de cómo obtener el Curso, y cinco días después de que el número fuera enviado por correo, la Fundación comenzó a estar abarrotada de pedidos.

Para Bob esta fue la señal de que debía renunciar a

su puesto de «Presidente de la Sección de Envíos Postales» y la Fundación contrató a una secretaria para gestionar los pedidos y la correspondencia, ya que ambos parecían ir en aumento.

A mediados de junio, Bob vio que escaseaban los libros: el encuadernador estaba teniendo algún problema y los envíos se retrasarían de cuatro a seis semanas. No había otra cosa que hacer que

procesar el correo y preparar las etiquetas hasta que fuera servida la segunda remesa de libros. Cuando los nuevos libros estuvieron listos, a finales de junio, ya había más de mil pedidos acumulados. Nadie podía creérselo. Una revista que tenía una tirada de catorce mil ejemplares era responsable de tres mil quinientos pedidos en un período de cuatro meses.

Otra reimpresión de 7,500 juegos de libros, que fue encargada tan pronto como se recibió la segunda, llegó en octubre. Por entonces los pedidos llegaban a un ritmo de unos veinticinco diarios y había una serie de librerías que habían solicitado poner el libro a la venta. La cuarta reimpresión de diez mil juegos se sirvió en enero de 1978 y entonces se pudo abastecer a los libreros especializados en temas metafísicos.

Evidentemente, la información sobre el Curso se transmitía de boca en boca. Tres meses después de la edición de los artículos en Nuevas Realidades, se habían recibido pedidos de los cincuenta estados así como de numerosos países del extranjero entre los que se contaban Australia, India y Sudáfrica. Además todos los días llegaban cartas de agradecimiento de gente que contaba como el Curso «ya» les había ayudado a sanar relaciones que antes daban por perdidas. Para Helen y Bill ese fue el momento de «tocar fondo». Las cartas eran un premio a los diez años que habían pasado recibiendo, transcribiendo y cuidando el material.

Hasta el día de hoy aún no se ha hecho ninguna publicidad remunerada del Curso. Sin embargo, hay muchos profesionales que trabajan con él y le comentan en muchas de las conferencias que realizan regularmente. Así, un psiquiatra puede dirigirse a un grupo de salud holística, o un psicólogo puede dar un seminario de transformación personal, describiendo cada uno de ellos la forma en que el Curso ha influido en su vida. De esta manera cada uno ayuda a extender el conocimiento del Curso, que tal como uno de los conferenciantes afirma, es «uno de los documentos más importantes del siglo».

CAPÍTULO 9

LA historia detrás de *Un curso de milagros,* ¿tiene algún significado especial por sí misma, *o* es simplemente el sensacional relato de algo extraordinario que ocurrió a dos personas que de alguna manera pueden haber sido «diferentes» al resto de nosotros? El nacimiento del Curso realmente puede ser considerado como un milagro tal como los describe el Curso mismo, ya fue traído a la vida a través de dos personas que parecían estar atrapadas en una relación insoportable, que pidieron «otra forma mejor» de relacionarse y, unidos por ese propósito, trabajaron en completa armonía. El nacimiento del Curso ilustra de forma conmovedora uno de los «cincuenta principios de los milagros» del Texto que afirma: «Los milagros ocurren de forma natural como expresión del amor... todo lo que viene del amor es un milagro».

y no cabe duda de que el amor total fue la base de esa faceta de la relación entre Helen y Bill. La Fundación para la Paz Interior ha recibido cientos de cartas de gente que describe cómo han cambiado sus vidas cuando empezaron a vivir según los principios del Curso, es decir, cuando comenzaron a actuar desde el amor en vez de reaccionar desde el miedo. Cada carta es distinta y sin embargo es la misma.

¿Cómo funciona?

Si describimos un incidente en la vida de una persona que intenta vivir de acuerdo a los principios del Curso, podremos tener una idea de lo que significan los milagros y del tipo de ellos que se

pueden esperar cuando uno realmente cree la explicación de la lección 77 del Libro de Ejercicios: «Tengo derecho a los milagros».

* * *

En 1975, el doctor Gerald G. Jampolsky, de Tiburón, California, tenía cincuenta años y era un psiquiatra de prácticas eclécticas y gran éxito profesional. Por ser amigo íntimo y socio de Judy, fue uno de los primeros que recibieron las fotocopias del manuscrito; le llegaron en un momento especialmente apropiado pues acababa de pasar por un traumático divorcio y estaba dándose a la bebida. En medio de todo ello, había empezado a preguntarse cuál era su propósito en la vida y estaba reevaluando seriamente su forma de vivir y sus valores. Reconoció inmediatamente que este material podría suponer una alternativa mejor que el camino que había emprendido y en consecuencia ha estado trabajando con el Curso desde 1975, con lo que su vida personal y profesional refleja su espectacular cambio.

Jeny, tal como le conocen sus pacientes y amigos, es sin duda el más conocido de los médicos que han hecho una exposición pública del Curso y usado sus principios sistemáticamente en su práctica profesional.

Poco después de recibir el Curso, Jeny fundó una organización no lucrativa llamada «Centro para la curación a través de la correcta actitud». En el Centro se utilizan los principios de *Un curso de milagros* para ayudar a los niños convalecientes de accidentes a cambiar la percepción sobre su enfermedad. Gran parte de los cuidados y terapias están basados en las lecciones del Libro de Ejercicios y, casi a diario, los niños se sientan juntos y hablan de cómo librarse de sus miedos para encontrar la paz.

Un día, Jeny recibió una llamada de una madre cuyo hijo había sido víctima de un terrible accidente. Le contó que su hijo había sido atropellado por un tractor, había estado en coma durante cuarenta y un días, y ahora, aunque estaba fuera de peligro, estaba ciego y tenía el cuerpo totalmente paralizado excepto el brazo izquierdo. «Joey está terriblemente deprimido -dijo-. No sabemos qué hacer, ¿nos puede ayudar?»

—¿Dónde está ahora? —preguntó Jeny.

—En casa con nosotros —contestó la madre—, pero le van a trasladar a un hospital de Los Angeles para intentar con él una terapia diferente.

Aunque aquella familia vivía a quinientos kilómetros al norte, Jeny escuchó que su voz interna le decía que

debía ver a esta familia, por lo que voló a Eureka, alquiló un coche en el aeropuerto y condujo los restantes cien kilómetros para poder estar con Joey y sus padres... sólo para saber si podía ayudarles.

Jeny, que sabía bien que el cambio vivido en su práctica médica y en toda su vida se debía a su compromiso con el Curso, comenzó

a compartir con la familia algunos de los conceptos del material. Explicó en detalle el significado de la lección 108: «Dar y recibir son en verdad una sóla cosa», e intentó grabar en ellos el concepto de que ayudar a los demás es ayudarse a sí mismo.

—Aunque todo te pueda parecer terriblemente desolador —le dijo a Joey—, siempre es posible encontrar a otros a quienes ayudar.
Y descubrirás cómo ayudarte a ti mismo cuando encuentres gente a la que puedas ayudar.

Al día siguiente, Joey fue trasladado a un hospital de Los Angeles y cuando Jerry telefoneó a su madre para seguir el caso, ella le dijo que los pronósticos no eran favorables. Sin embargo, unos diez días más tarde, Jerry recibió una llamada de la madre de Joey.

«Tengo que contarle un milagro» —dijo, y comenzó a describirle como Joey se sentía tan deprimido a su llegada al hospital que pensaban que simplemente se iba a dejar morir.

«Estaba en un estado terrible y nada le podía animar. Yo no sabía que hacer —continuó—. Me quedé junto a su cama totalmente desesperada, intentando pensar cómo podía ayudarle. Y entonces, de repente, me acordé lo que usted comentó sobre ayudar a otros. Lo único que se me ocurrió fue pensar en un niño de dos años que estaba cinco camas más allá de J oey y que se había pasado llorando toda la mañana. Evidentemente estaba muy enfermo y las enfermeras no parecían poder ayudarle. De hecho, el niño parecía - sufrir una regresión porque se asemejaba más a un recién nacido que a un niño de dos años. Las enfermeras lo intentaban todo con él: lo llevaban a caminar, le daban palmaditas... pero no conseguían nada y los lloros molestaban a toda la sala.

«Bien, sin pensarlo, fui a la cuna del niño y sin saber casi lo que hacía, lo cogí en brazos, lo llevé a la cama de Joey y lo deposité sobre el pecho de mi hijo, con la cara hacia abajo mientras seguía gritando y llorando. Por un instante Joey se asustó y se agazapó, pero de forma inmediata levantó la única parte de su cuerpo que podía mover, su brazo izquierdo, y puso su mano en la espalda del niño comenzando a acariciarle y calmarle hasta que. cesó el llanto y el niño quedó dormido.

«Joey sonreía y el niño también parecía sonreír. Las enfermeras vinieron y contemplaron a los dos allí juntos y dijeron: "Es un milagro. ¿Por qué no se nos ha

ocurrido antes?". En unos días pusieron en marcha un nuevo programa en aquella misma sala, permitiendo que los niños se ayudaran entre sí. Toda la sala se volvió un lugar alegre».

¿Inesperado? En absoluto, pues como el Curso afirma: «Los milagros ocurren naturalmente como expresiones del amor». Los detalles, el hecho de que Joey recuperara finalmente el habla y las habi-

lidades motoras, puede que no fueran previsibles pero el desarrollo general de los acontecimientos no les pareció extrañó a quienes estudian y practican las lecciones de *Un curso de milagros.* El sistema de creencias del Curso produce un estado mental en el que se espera que ocurran milagros, porque los milagros son naturales.

Uno se puede preguntar: «¿Qué es un milagro exactamente en el contexto del curso?».

Los comentarios de Bill Thetford han sido muy valiosos para muchos estudiantes, en ellos afirma: «Los cincuenta principios a comienzos del Texto son pistas para tener la sensación de lo que es un milagro. Los cincuenta principios son un resumen de lo que dice el Texto completo. Para mí, un milagro es simplemente la salida creativa a un problema. Cuando el Curso dice: "No hay ninguna clase de dificultad en los milagros", quiere decir que no existe ningún orden de dificultad en la resolución de los problemas, y como todos los problemas son el resultado de negar la existencia del amor, entonces la mejor definición de milagro es: «Un cambio en la percepción que permite apartar los bloqueos a la conciencia de la presencia del amor».

Quienes estudian el Curso concluyen que lo que realmente están haciendo es aprender a percibir de otra forma. Deben desaprender un sistema basado en la creencia en la realidad física, pues el Curso afirma que nuestra única realidad es el espíritu y nuestro conflicto viene de vacilar entre los dos sistemas de pensamiento. Una creencia mantiene que nacemos en cuerpos durante un breve tiempo para experimentar ciertas alegrías, dolores, felicidad o pena y finalmente morir. La otra creencia, la del Curso, es que somos creados a imagen de nuestro creador, que es el Espíritu. En realidad no somos cuerpos sino extensiones del pensamiento de Dios. Aunque nuestra herencia natural es un estado de amor, hemos elegido soñar que estamos separados de nuestro Origen, y al hacerlo pensamos que hemos pecado. Nuestra culpa está basada en esa percepción errónea y de ella proviene el miedo. Podemos aprender a liberarnos de ese miedo y deshacer nuestro equivocado sentido del pecado y la culpa sólo a través de la práctica del perdón, porque perdonando a otros es como

aprendemos a perdonamos a nosotros mismos y así nuestras ilusiones de separación pueden ser curadas. Como dice el Curso: «Toda curación implica reemplazar el miedo por el amor».

* * *

La Voz que Helen oía dictando el Curso, ¿era realmente Jesucristo? Tanto Helen como Bill creen que el material debe ser presen-

tado por sí mismo, sin tener en cuenta su supuesta autoría. En lo más profundo de ella, Helen estaba segura de que la Voz era la de Jesús, y sin embargo, seguía teniendo sensaciones ambivalentes sobre el tema:

Por mi falta de fe en Dios, no me gustaba lo que estaba copiando, y me sentía impulsada a atacarlo y probar que no era cierto. Por otro lado, pasé mucho tiempo no sólo copiándolo sino también dictándoselo a Bill lo que demuestra que me lo tomaba en serio. Llegué a llamarlo el trabajo de mi vida, aunque seguía convencida de su falta de autenticidad y me daba mucho miedo. Como señaló Bill, debo haber creído en él aunque sólo fuera por lo que me peleaba con él. Aunque sea verdad, esto no me aliviaba y me encontraba en la situación imposible de no creer en el trabajo de mi vida. La situación era ridícula y dolorosa.

¿Pero, de dónde vino la inspiración? Evidentemente, aquel tema era el último sobre el que yo hubiera esperado escribir porque no conocía nada al respecto. Después de haber hecho la transcripción, supe que muchos de los conceptos e incluso algunos de los términos del escrito se encuentran en el pensamiento místico tanto oriental como occidental, pero en aquel momento no tenía conocimiento de ellos. Tampoco entendía la tranquila pero impresionante autoridad con que la Voz dictaba. Debido a la extraña e imponente naturaleza de su autoridad, me refiero a la Voz con « V» mayúscula. No comprendo la autoría real del escrito pero la combinación de certeza, sabiduría, suavidad, claridad y paciencia que caracterizaba a la Voz hace que esa forma de referencia parezca la más apropiada.

En distintos puntos del escrito, la Voz misma habla de forma clara sobre el Autor. Mis propias reacciones a esas referencias, que literalmente me dejaron asombrada entonces, fueron perdiendo en intensidad hasta llegar a un nivel de mera indecisión. No comprendo los hechos que condujeron a realizar el escrito, no comprendo el proceso y, desde luego, tampoco comprendo la autoría. Para mí no tendría sentido intentar explicarlo.

* * *

* * *

Cuando *Un curso de milagros* comenzó a ser transcrito por Helen, nadie podía prever el efecto que tendría en el mundo, pero parece claro que el material les fue dado a Helen y a Bill para un propósito más amplio que el de simplemente ayudarles a encontrar «una forma mejor» de vivir en el Universo; ha afectado ya a un número demasiado grande de vidas de una forma positiva para que hubiera sido dado por un motivo tan limitado. Y parece ser que a su tiempo, y a su manera, se extenderá allí donde sea necesario.

Los conceptos del Curso son tales que cualquiera que estudie el material seriamente debe encontrar que sus percepciones cambian... que cuando uno cree y sigue la realidad espiritual que propone, el único resultado posible es la paz mental. Porque cuando nos liberemos de todos nuestros miedos, seremos y sentiremos lo que en realidad somos, que es amor total. Entonces sabremos que realmente el viaje hacia Dios ha sido un viaje sin distancia.

EPÍLOGO

En 1977, a la edad de sesenta y ocho años, Helen tuvo que dejar el hospital después de haber trabajado dos años más que la edad normal de jubilación. El 9 de febrero de 1981, casi cuatro años más tarde, murió en la ciudad de Nueva York.

Al año siguiente, en memoria de Helen, la Fundación para la Paz Interior publicó *Los regalos de Dios,* la colección completa de la poesía de Helen, escrita entre 1971 y 1978. Aunque la poesía no fue escrita exactamente de la misma manera que el Curso, muchos de los poemas tienen la misma cualidad de inspiración que éste.

En 1978, Bill se jubiló anticipadamente y se trasladó a California donde trabajó en una consulta privada y ayudó a escribir y editar algunos libros con Jerry Jampolsky. Murió de un repentino ataque al corazón el 4 de julio de 1988.

Judy se trasladó a California en 1978. En la actualidad dedica la mayor parte de su tiempo a supervisar las diferentes traducciones del Curso.

En 1983, Ken creó la Fundación para Un Curso de Milagros que se dedica a enseñar los principios del Curso y tiene su base en Roscoe, Nueva York.

Los estudiantes del Curso siguen formando grupos espontáneos y autónomos que se reúnen

regularmente para comentar y estudiar el material. La Fundación para la Paz Interior no tiene forma de saber cuántos grupos de este tipo existen, pero se cree que hay más de dos mil en todo el mundo.

En febrero de 1993, la primera traducción al castellano fue publicada por la Fundación para la Paz Interior. En diciembre de ese mismo año había otras catorce traducciones en marcha y las ediciones en lengua alemana, portuguesa y francesa listas para distribuirse durante 1994 y 1995.